

HQN™

EN LA MÁS ALTA TORRE

Marisa Ayesta



**EN LA MÁS
ALTA TORRE**

Marisa Ayesta

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 María Luisa Ayesta Fernández-Pacheco
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
En la más alta torre, n.º 188 - marzo 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-862-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Dedicatoria

Prólogo

Primera parte

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Segunda parte

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

*A Zulima,
mi prima y hermana, porque siempre estás ahí;
y a su marido, Luis, por quien tantos veranos
he metido un camisón bonito para “El Velo”
y una cerveza en la nevera de Ruidera.*

Prólogo

–En este mundo hay mucho que se puede hacer rompiendo las reglas, chico. Déjame que te lo explique. Tú me ves ahora aquí, pero no tengo nada que ver con el resto de los presos y ¿sabes por qué? Porque yo sé algo que ellos no saben y es por qué estoy aquí. Yo he dejado que me encerraran porque ya sabía de antemano que podía pasar y aun sabiéndolo, seguí haciendo lo que debía para conseguir llenarme los bolsillos y ¿sabes por qué? Porque cuando salga de aquí voy a seguir teniendo los bolsillos llenos y eso, al final, es lo único que importa. El dinero. ¿Que dicen que la felicidad no se compra con dinero? Eso son fanfarronadas de gente que siempre lo ha tenido. ¡Y encima de tenerlo no saben ser felices!

»Vístete un buen traje, cómprate un buen coche e invítales a un buen whisky en una lujosa casa y se olvidarán de que has estado en Soto del Real. Y si todo lo acompañas con unas cuantas mujeres de buena sociedad, los tendrás en el bote.

»Mi mujer es de muy buena familia. De esas de arraigo. Con título nobiliario y todo. ¿Sabes por qué acabamos juntos? Porque les engañé a todos. Te pones a hablar como ellos, como si tuvieras una patata en la boca, nunca dices nada inoportuno a ninguno, sino al contrario, los haces sentir bien, les ríes las gracias, y se olvidan de que no eres como ellos. Les enseñas los fajos de billetes –discretamente, eso sí, que de dinero no se habla expresamente–, y son tuyos, ellos y sus mujeres. Y una vez que tienes a la mujer correcta al lado: cenas, actos sociales... incluso al rey he tenido yo comiendo en mi mano.

»Y no, no me mires así. Cuando salga otra vez, los volveré a tener doblegados ante mí. Un par de gracias, un par de cenas con caviar y todos habremos olvidado que todos los fajos de billetes que he hecho han sido robando a los demás, incluso a ellos.

»En esta vida, hijo mío, ganarse a la gente es bastante fácil si no eres imbécil. Lo difícil es hacer mucho dinero. Pero para eso, te voy a enseñar yo. Y cuando vuelvas a estar fuera y llegues a lo más alto, te acordarás de mí y sabrás que estás ahí arriba, codeándote con políticos y bancarios gracias a mí.

No te olvides, hijo. Te voy a dar la receta que muy pocos saben sobre cómo plantar un árbol que dé frutos de dinero.

»Hay más gente que se ha dado cuenta, pero no todos tienen las agallas de llevarlo a cabo. No todos lo desean tanto como tú y como yo, chico. A ti, como a mí, se nos nota en la mirada. Tú lo conseguirás. Porque esta vida, contrariamente a lo que la gente piensa, es muy justa y te da aquello que de verdad, de verdad quieres. Y, si no te lo ha dado, es porque no lo querías demasiado.

»Cuando salgas de esta cárcel, se van a cumplir todos tus sueños de grandeza. Escúchame. Y ya me dirás si te han servido de algo o no mis consejos. Pronto nos veremos tú y yo las caras en algún restaurante caro y no hará falta ni que me des las gracias. He visto en ti que eres como yo, como un hijo mío, un alma gemela.

»Escúchame. Presta atención.

Primera parte

Mantén cerca a tus amigos, pero aún más cerca a tus enemigos.

Sun Tzu, 500 a. C.

Capítulo uno

En el barrio de La Paz de la capital de España, las cuatro torres se alzaban con su majestuosa mezcla de acero y cristal, impertérritas ante el voluminoso tráfico madrileño de las ocho y media de la mañana e indiferentes a la velocidad de pensamientos que bullían en la siempre activa mente del dueño de uno de ellas, Manuel Ángel Segarra, quien en esos momentos entraba en la Torre Espacio desde el Paseo de la Castellana como pasajero de un sedán de color azul oscuro. El presidente y creador de Segarrax, la primera empresa española en el ranking de facturación, con más de ochenta millones de euros en ingresos y una plantilla de más de doscientos cincuenta mil trabajadores directos en todo el mundo, sin apenas saborear el café en sus manos y ajeno a la comodidad y al lujo de los asientos de piel posteriores del Mercedes que conducía un chófer, echaba una rápida ojeada a los movimientos de la bolsa en su iPad y bendecía, como ningún otro español podía hacerlo, la crisis económica de la que no se terminaba de salir, que le facilitaba de tal modo su trabajo y el éxito de su día a día. Se dijo con mezquino buen humor, sin apenas notar el ardiente y fuerte líquido pasar por su boca, que cuando uno hace dinero a base de quiebras de otras empresas, no hay nada mejor que la famosa “desaceleración”.

Despreciando la entrada al parking comunitario del rascacielos, el conductor se desvió con destreza hacia un lateral que le condujo a la plaza de aparcamiento privado para el presidente, justo frente al ascensor de cristal que sube diariamente a Manuel Ángel Segarra a la última planta, la cincuenta y seis, donde se encuentran su despacho y sus dependencias privadas.

Segarra caminó por su propiedad con seguridad y aplomo, emanando confianza en sí mismo. El espejo del elevador, que asciende por la fachada dinámica, le ofreció una vertiginosa visión de la céntrica parte de la ciudad mientras mostraba su reflejo de cuerpo entero. Con espíritu crítico evaluó Manuel Ángel su rostro. Aunque había procurado alejarse lo máximo posible de la imagen paterna evitando la raya en medio y cortándose meticulosamente el pelo siempre al estilo militar, no podía eludir reconocer en sus ojos los de

su progenitor, así como en los rasgos duros y afilados de la nariz y la irónica mueca en los labios. ¿Dejaría alguna vez de verse en él?, se preguntó una vez más, tal y como llevaba haciendo desde adolescente.

En escasos segundos, las puertas se abrieron ante un enorme vestíbulo de brillantes suelos de mármol blanco, alfombras persas y plantas de interior que recibían de lleno la luz y el cielo resplandeciente del espacio abierto que producían las paredes de cristal. Estas, gracias a los modernos avances, permitían el paso máximo de la luz sin que llegara a molestar ni siquiera en las horas y días más calurosos del año debido a una filtración radial que realizaba el material con que estaban hechas.

Inmune y acostumbrado al despliegue de elegancia y lujo que se brindaba ante él, Segarra se dirigió con paso firme hasta su despacho, un espacio de más de cincuenta metros cuadrados dividido en dos ambientes: el de su mesa escritorio y el de una sala de estar. En dos habitaciones contiguas había un pequeño apartamento con cocina americana y dormitorio por si Manuel Ángel decidía pasar la noche en la oficina y una sala de juntas a la que también se entraba desde el vestíbulo.

Mecánicamente, se deshizo de la elegante chaqueta de su traje hecho a medida por un prestigioso modisto inglés, pulsó el comunicador con su secretaria mientras ocupaba la silla giratoria de piel marrón frente a su mesa.

–Ya estoy aquí –anunció, y cortó la comunicación sin reparos y sin terminar de escuchar el cortés saludo de su empleada.

Tal y como esperaba, el informe de Sarprise se hallaba preparado ante él. Con la emoción de la caza que siempre le despertaban las nuevas adquisiciones, se dispuso a leerlo y a desentrañar los puntos débiles de su inminente presa. No solo la experiencia, sino un innato don que había desarrollado desde niño para los números, el trapicheo y los negocios, aparte de un profundo conocimiento del mundo financiero y bursátil actual, le permitieron trazar rápidamente el plan a seguir.

Después de dos horas interrumpidas por alguna que otra llamada y sabiendo que tenía una cita a media mañana, se cambió en el dormitorio, con ropa deportiva, y se encaminó al gimnasio.

Había diseñado el interior del edificio, junto con los arquitectos y los decoradores de interiores, un asesor personal y sus directores de recursos humanos, basándose en una idea muy americana y plagiando la estructura empresarial de Google. Así, había conseguido integrar en el espacio físico del

trabajo, otros ambientes, tales como gimnasio, guardería, restaurante, jardines, sala de ideas, capilla, biblioteca, sala de exposiciones, supermercado... y él era el primero en aprovechar esas facilidades.

De nuevo por el ascensor particular, se dirigió a una de las primeras plantas donde además del gimnasio había dos pistas de pádel, una de tenis, una sala de entrenamiento, un ring de boxeo y una plantilla más o menos modesta de entrenadores y preparadores. Pocas veces Segarra hacía deporte con sus empleados. Al igual que para todo lo demás, también allí tenía sus propias dependencias, a las que se sumaban una sauna y un jacuzzi.

Como una mula de carga, dio comienzo exhaustivo a ejercicios de pesas y su rutina de entrenamiento durante más de dos horas, como solía hacer a diario. Se dio una ducha rápida con agua fría y se dirigió, sin que nada denotase en su apostura que acababa de estar forzando sus músculos al máximo, de vuelta al trabajo. Fue una vez en el ascensor, al girarse para encarar la puerta que empezaba a cerrarse, cuando la vio. No importaron los casi quince años pasados. Ni por un momento dudó que era ella.

Vestía un traje chaqueta en color azul azafata y reía mientras escuchaba una conversación entre la mujer y el hombre que la acompañaban. En un gesto que desencadenó toda una fila de tiernos recuerdos en Manuel Ángel, la joven se recogió el pelo, castaño, detrás de la oreja. Las puertas se cerraron ante la mirada estupefacta del dueño de la torre. ¿Qué hacía ella aquí y cómo era posible que él no lo supiera?

Todavía en estado de shock, se sentó ante su escritorio. Descolgó el auricular de su teléfono y marcó una sola tecla.

–Marta Sánchez de Prada, ¿desde cuándo trabaja con nosotros?, ¿en qué puesto?, ¿quién la contrató?

Nuevamente, no esperó contestación. Dio por hecho que antes de una hora tendría la información y colgó.

Acudiendo a la fuerza de voluntad que le caracterizaba, procuró estudiar sus informes. No tardó ni diez minutos en darse cuenta de que no estaba leyendo lo que tenía delante. Con un resoplido, se llevó el dedo índice y el pulgar al puente de la nariz y, admitiendo su derrota, dejó caer la cabeza entre los brazos y, mientras se golpeaba la frente contra el tablero de la mesa, se mesó los cabellos con tanta desesperación que parecía desear arrancárselos.

Los números nunca se le habían dado bien, para qué engañarse. Siempre le habían tirado más las letras. Y ahora estaba allí, fingiendo que entendía qué era lo que tenía que hacer con todas esas columnas de cifras, por no hablar de que la pantalla de su ordenador mostraba la misma infernal columna en una de esas inentendibles, ilegibles y absurdas hojas de Excel que le daba pánico tocar por temor a alterar una sola coma de un sólo céntimo.

Se dijo que era tan buen momento como cualquier otro para confesar a su jefa la verdad. ¿No habían congeniado mucho en los últimos seis meses? ¿No le había dicho María Teresa, el mismo día que le había dado la buena noticia de que le renovaban el contrato, que le recordaba a su hija? ¿No se habían intercambiado regalos de Navidad y alguna que otra confidencia?

Infundiéndose de valor, Marta Sánchez de Prada, ignorante de la curiosidad que había despertado en la planta cincuenta y seis, carraspeó para aclararse la garganta y lanzó un furtivo vistazo en dirección a su superiora. En ese mismo momento, la vio atender el teléfono e inmediatamente mirar en su dirección.

“Mierda”, pensó Marta, y fingió seguir estudiando las cifras. El corazón se le aceleró a un ritmo loco. ¿La habían pillado? ¿Alguien le estaba diciendo a María Teresa que ella era una incompetente, o peor, una impostora?

No hubo tiempo de dejar seguir corriendo su imaginación con suposiciones. En el momento en que su jefa colgó, se levantó de su asiento y la llamó, dirigiéndose hacia ella.

Marta estaba acostumbrada a mirar a la gente levantando la barbilla, pues apenas llegaba al metro sesenta de estatura, pero sentada desde su silla, la imponente figura de María Teresa con su peinado de peluquería, su austera silueta vestida con sobrias prendas conservadoras y su mirada perspicaz le parecieron más intimidantes que nada antes.

—¿Ocurre algo? —preguntó temblorosa mientras trataba de levantarse de la silla dudando si las piernas la sostendrían.

—Cielo —la sonrisa de María Teresa tranquilizó de un plumazo los temores de la joven—, estoy muy orgullosa de ti. ¡Te han ascendido!

—¿A mí? —preguntó Marta sinceramente asombrada.

Como una madre orgullosa de su polluelo, su jefa le sonrió con una amplia y luminosa mirada de triunfo.

—Eran los de Recursos Humanos. Te han destinado a Presidencia, en la última planta —añadió como colofón. La mirada de susto de su pupila solo le provocó más risa, y tocándole tranquilizadamente en el hombro, le explicó:

–No creo que veas ni de lejos a alguien de la Junta Directiva, por no hablar del presidente, cielo. Será como esto. Trabajarás para una de sus secretarías.

–Pero estoy muy bien aquí contigo –consiguió balbucear torpemente Marta.

–Y oírtelo decir me llena de placer, pero tienes que pensar que todavía eres joven y tienes que aprovechar las posibilidades que te brinda la vida. Es una oportunidad para mejorar y para ascender en tu trayectoria profesional. Aunque no creo que te den un aumento de sueldo, sin duda tendrás más responsabilidad y aprenderás mucho más que aquí conmigo. –Y como si acabara de ocurrírsele, siguió–: Tengo algunas antiguas compañeras trabajando por allí arriba. Haré unas llamadas para hacer que te reciban bien.

–Muchas gracias. –Procuró hacer caso omiso de cómo su conciencia le gritaba que a mayor altura, más grande sería la caída. Se recordó que necesitaba el sueldo y que, como siempre había hecho a lo largo de su vida, se aferraría a las cosas buenas mientras estas le dejaran.

Fue un alivio comprobar que no se ocuparía de un solo número. Para eso estaba el Departamento de Contabilidad, le explicó Claudia de Juana, la coordinadora del secretariado de la Junta Directiva. Obedecería órdenes directas de esta mujer, aún más bajita que ella, pero con un aire de competencia y capacidad difícil de imitar. Su mesa, con un ordenador último modelo de pantalla plana, estaba situada en una enorme sala donde había siete mesas más.

Marta miró maravillada por los amplios ventanales el Madrid de afuera y apartó a un lado sus negros pensamientos sobre el 11 S y las posibilidades de que algo remotamente parecido pudiera pasar en ese edificio.

Sabía, porque así lo habían publicado los medios de comunicación, que cuando todavía estaba sin terminar de construirse esa torre, se había producido un aparatoso incendio en la parte de atrás de las plantas cuarenta y dos y cuarenta y tres y que, gracias al buen hacer de los arquitectos y constructores, el fuego no había conseguido dañar la estructura del edificio, ganándose con ello la admiración de los profesionales y del público en general.

Pero apartando los malos augurios de su cabeza, dedicó la mañana a ir poniéndose al día con su labor. Su procesador, en red con el de Claudia, mostraba la agenda diaria del señor presidente y todo un calendario de citas y

reuniones a lo largo de los meses, así como sus vacaciones, idas y venidas, salidas, actos sociales en horario laboral, dietario profesional y personal, sus hábitos de desayuno (café solo bien cargado preparado en la cafetera exprés de su despacho), también un desayuno de reuniones, sus horas de gimnasio, sus horas de pádel, actos de empresas, reuniones con los trabajadores, cuaderno de metas y proyectos... y un largo etcétera que, para una mente despierta como la de Marta y habituada al trabajo duro y a la organización no suponía aparentemente ningún problema controlar. A lo largo de los dos primeros días, pensó que el trabajo le venía como anillo al dedo y en el transcurso de ellos, la sombra del señor presidente no fue más que el hombre invisible al otro lado del despacho continuo donde se encontraba su secretaria personal, con la que apenas coincidió.

Hasta que se le informó de que debía servir un tentempié en la sala de reuniones cercana ya la hora de salir.

Armada con una bandeja delicadamente preparada con los refrescos solicitados (que la propia Claudia le había facilitado y ayudado a disponer), así como una fuente llena de riquísimas tartaletas y canapés, dio un ligero golpe con los nudillos a la puerta de roble y entró sin esperar señal, tal y como le habían enseñado. No fue hasta el momento de depositar la bandeja en una mesita auxiliar a la izquierda del señor presidente que se dio cuenta de que este la miraba. Intrigada, levantó ella también sus ojos hacia él y sintió que el corazón se le salía por la boca. Estuvo a punto de volcar uno de los vasos por no poner atención ante el indiscreto temblor de las manos. Fue él quien la salvó, cogiéndolo con gesto ágil y casual y, tal y como hizo tantos años atrás, le guiñó un ojo, le sonrió y se dirigió hacia sus invitados hablando de porcentajes y gastos sobre los que Marta no entendió absolutamente nada.

Terminó de servir con su cerebro trabajando a toda velocidad. ¿Cómo no se había molestado nunca en saber quién era el dueño de Segarrax? Claro que, ¿qué le importaba a ella? Solo quería un trabajo, ¿por qué se iba a molestar en saber quién había creado la empresa? Y ¿cómo iba ella a imaginar que aquel chico de su infancia era uno de los empresarios más relevantes del panorama español? Siempre que pensaba en el señor presidente se imaginaba un sesentero casi setentero dedicado en alma y cuerpo al trabajo, no al Mángel Segarra que conoció de niña.

Aturdida aún después de abandonar la sala, se sentó ante su monitor. Con el ratón dio un doble clic a la carpeta de “cartas”. Abrió el primer documento de

la fila que apareció ante ella en un segundo. Deslizó el cursor hasta el final. Allí estaba. Firmada por Manuel A. Segarra, presidente.

Manuel A. Segarra, repitió Marta para sí. Mangelito Segarra Landó, repitió ahora con la reminiscencia de la niñez. Y con ese sabor agridulce del pasado sonó en su cabeza la pegadiza canción:

*Mangelito se llama mi amor, uno dos,
Mangelito Segarra Landó,
un chiquito, chico, chico, boom,
con los ojos de color azul.
Mangelito en su moto salió, uno dos,
cuando el cole sus puertas cerró,
y entre calles rodó sin parar
con su rostro angelical.
No esperes más por mí,
le dije yo al salir,
que el cole ha terminado
y contigo voy a ir.
No esperes más por mí,
le dije yo al salir,
sentándome detrás
y haciéndole arrancar.*

Capítulo dos

Ninguna sabía muy bien qué hacía ni de dónde provenía aquel chico algo mayor, con aspecto pendenciero –lo cual añadía aún más atractivo a su ya de por sí apreciable naturaleza–. Era amigo de Tomás, el novio rebelde de Raquel Jironte. Se intuía que tras la cuarta expulsión de Tomás, y esta última de un colegio como el Kotska, que tenía fama en Madrid de aceptar a todas las ovejas negras de las familias bien, había conocido a Mángel en ese extraño mundo que les era tan ajeno a todas de los institutos públicos.

Mángel había causado furor ya desde su primera llegada a la salida del colegio, montado en su Yamaha. Absolutamente todas las niñas del colegio se sabían la matrícula y el modelo, aunque ignoraban lo que una DT 80 significaba. Igualmente, todas habían envidiado al grupo de Raquel por tener el derecho y el acceso a conocerle, a hablarle y, como en el caso de algunas afortunadas, a ir de paquete con él.

Le gustaba salir con un caballito, provocando que la joven a su espalda se aferrara firmemente a su cintura.

Pero lo que terminó por convertirle en el objeto de todos los amores e idealizaciones adolescentes fue la canción. Desde las alumnas de sexto hasta las de bachillerato, todas las estudiantes del selecto colegio Jesús-María tenían escrita en las cartulinas separadoras de sus carpetas clasificadoras la famosa letrilla. Las más pequeñas la coreaban mientras saltaban a la comba y jugaban a las palmas.

Las alumnas de octavo eran las que podían colgarse la medalla al mérito por haberla inventado.

Por ser el catorce cumpleaños de Silvia Burillo, se habían ido a merendar a su casa y a dormir sus siete íntimas para lo que ya era la tradicional fiesta de pijamas. Mientras reían y comentaban, se interrumpían las unas a las otras para recordar historias o inventar nuevas, entre bocado y bocado de sándwich. El televisor de fondo emitía una antigua película española, *Margarita se llama mi amor*, en la que se contaban las venturas y desventuras de la protagonista, un bellezón capaz de conquistar a todos los hombres menos,

precisamente, al distraído profesor universitario del que ella estaba perdidamente enamorada.

Y fue escuchando la tonadillera canción, entre el hazmerreír y el humor compartido, que variaron la original.

Con los brazos cruzados alrededor de sus cuidadas carpetas, que se apoyaban sobre lo que a todas les parecía el horrible peto del uniforme escolar, la salida del colegio en la calle Juan Bravo se convertía en el ansiado momento del día en que le verían llegar, así como marchar, generalmente con una afortunada de último curso de bachillerato.

El hecho de que además los rumores sobre su mala fama se acrecentaran asegurando que participaba en carreras de motos ilegales, que había hecho ingresar en el hospital a dos alumnos del Pilar por una pelea en un bar, que ya ganaba dinero trabajando de mecánico en un taller de coches y que se veía provenía de una clase inferior, del barrio de Vallecas, no hacía sino aumentar el halo de misterio y fantasía que le acompañaba, así como la fascinación que todas sentían por él.

Quizá solo una alumna en todo el colegio observaba con sincera incompreensión el entusiasmo popular por aquel chico desconocido con pinta de chulo de barrio que cada tarde llevaba a una alumna distinta montada en su moto.

Con una madurez impropia de sus trece años, Marta Sánchez de Prada aguardaba con desinterés a que su prima Alejandra, de quince, finalizara su frívola conversación sobre el dichoso Mángel, al que no hacían más que lanzar miradas admirativas.

–¡Oh, Dios mío! ¡La va a besar! –gimió Terete llevándose teatralmente la mano al corazón con morbosa curiosidad. Marta miró en la consabida dirección. Con un rostro arrebolado impropio de la experiencia que alardeaba tener por los pasillos del colegio, Ana Leal, la afortunada de la semana, esperaba con la cabeza alzada mientras Mángel, con su enorme mano deslizándose con delicadeza y seguridad desde la mandíbula de la joven hasta su nuca, le imprimía un beso en los labios. Acto seguido, y como solía suceder, partían los dos en la moto, a toda velocidad, Velázquez arriba, seguidos del ya habitual caballito y ruido ostentoso del tubo de escape.

Aunque no había podido dejar de pensar en qué se sentiría al ser la elegida de la semana, la mente preclara de Marta ironizó con la idea de que aquel Mangelito Segarra había encontrado en el cole de chicas bien a todo un harén

del que ir disfrutando a lo largo del año.

“Como cambio, no estaba mal”, pensó Mángel con indiferencia mientras entraba en el bar de copas del barrio de Salamanca como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Su chica del día le acompañaba con la fascinación del primer momento y, excepto su amigo Tomás Caballero, al que Mángel atribuía un afecto sincero, sabía que todos los demás, chicas incluidas, se preguntaban antes o después qué hacía allí, si no lo hacían ya, y deseaban que se marchara por donde había venido mientras lo estudiaban con la curiosidad propia de las novedades, razón esta última por la que le toleraban con mayor o menor pasividad.

Dos chicos de su edad, espigados y con camisas de Ralph Lauren informalmente fuera de sus pantalones chinos, se acercaron y aunque le miraron a él, saludaron a su compañera:

–¿Qué haces aquí con este?

–¡Ah sí!”, Mángel recordó con regocijo. Leticia, la chica, tenía un hermano en el Pilar y por la similitud en el tono de pelo y el color verde de los ojos, dedujo que lo tenía delante de las narices y con ganas de pelea. Desde luego no pensaba darle el gusto. Aunque sabía que podía de sobra con los dos *culipitris* que bebían vodka con naranja y baileys con chocolate, estaba cansado del juego. Y aunque era verdad que se había liado a puñetazos con alguno que otro de los pijos del colegio de Castelló, no había tenido más remedio, y la pelea le había venido de perlas para discutir sobre su ojo morado y sus nudillos destrozados con su padre.

–He venido a tomar una copa, como tú –contestó Leticia a su hermano.

–Pues si no quieres que le diga a mamá en qué nuevos círculos te mueves, harías mejor viniéndote conmigo. –Y con un movimiento de cabeza señaló al grupito de amigos que había dejado atrás y que les contemplaban curiosos.

La joven miró a su hermano y miró a Mángel, por si este tenía algo que añadir. Segarra optó por encogerse de hombros. Tenía claro que no se iba a matar por ella.

Al ver que su hermana se levantaba con reacia sumisión mientras su mirada prometía la cólera de los dioses, los dos amigos se miraron defraudados. Habían oído hablar tanto del maldito Mángel Segarra y tenían tantas ganas de pillarle...

–¡Cobarde! –le espetaron antes de darse la vuelta.

La ira y las ganas de desquitarse, así como de apagar la suficiencia de sus rostros, le invadió con un familiar torrente de adrenalina y falta de juicio. Esta vez fue Tomás el que le detuvo.

–Déjalo, Mángel, no merece la pena.

Mángel le miró fijamente a los ojos. En los de su amigo solo encontró la llaneza a la que le tenía acostumbrado.

–Tienes razón –consintió–. Pero me daría mucho gusto cerrarles ese piquito de oro que tienen.

–Si es lo que quieres, te acompaño.

–¡No! –intervino Raquel sujetando a su novio por la cintura y apoyándose en él–. A ver si es posible que pasemos una noche sin que os metáis con alguien. Si hubiera querido salir con un boxeador, me habría ido a otro lado a buscarlo, Tomás. Ya estoy harta de peleas.

Mángel la miró y el asco que le provocaba su hablar de niña pija sin problemas se reflejó en su gesto de superioridad. Todavía no entendía cómo su amigo podía estar con una chica así, tan cabeza hueca. Desde el punto de vista de Mángel, simulaba escandalizarse por peleas, borracheras y demás, pero en su clase bebían y se pegaban como los que más. Lo único que les diferenciaba era que no hablaban de ello, como si el hecho de no mencionarlos hiciera que no existieran y así pudieran sentirse por encima de los demás.

No podía negar que le gustaba que las chicas se hicieran las frías, las duras, pero al final se dejaban conquistar con la misma facilidad que las de su barrio. Cierto que eran un poco más sofisticadas y no permitían que las magrearan en un callejón oscuro. Había que esperar a que sus padres no estuvieran en casa para hacerlo. Pero poseían un innato sentido de la oportunidad y los padres viajaban y tenían una vida social tan activa como para haberle permitido a Mángel echar más de un vistazo a alguna que otra de sus hermosas casas, tanto de los antiguos pisos, unos reformados y otros no, del barrio Salamanca, como de las casas con parcela ajardinada a las afueras de Madrid en La Moraleja, Majadahonda y Pozuelo.

Por si no lo tenía claro de antes, que no era el caso, Mángel se había reafirmado en sus deseos de ser rico, de ser alguien y de vivir en una casa como las que había estado visitando. No seguiría los pasos del don nadie de su padre y como que hay Dios que no se quedaría de mecánico en un taller. Emplearía cualquier medio a su alcance para salir de la inmundicia en que

vivía y no había nada ni nadie que pudiera impedirselo.

Capítulo tres

Uno de los muchos frenos con los que Mángel Segarra se tuvo que enfrentar en su vida para salir de la pobreza y alcanzar la tan ansiada riqueza y el anhelado estatus social acababa de salir de su despacho todavía con el impacto de haberle reconocido. Con un deje de desprecio, el dueño de Segarrax pensó que solo a una niña pija proveniente del privilegiado mundo del que sabía que ella venía trabajaría en una empresa sin saber que el dueño era un antiguo conocido. Mientras escuchaba a medias el pomposo discurso de su jefe de marketing, Mángel decidió que una joven así ni siquiera constituía un digno adversario con el que saciar sus ansias de venganza.

La pequeña Sánchez de Prada no merecía su ira, ni el desprecio y el esfuerzo de las apenas dos llamadas que tuvo que hacer para subirla a planta. Seguía igual de mosquita muerta que cuando era niña. Aunque, se recordó, esa maldita mosquita muerta le había mordido donde más dolía, y precisamente porque no se lo esperaba.

Con gesto indiferente aceptó el hecho de que tendría que conformarse con escuchar sus disculpas al día siguiente. No era que le importase, pero después de tantos años, carecía de valor lo que los buenos modales y el ansia de hacer méritos profesionales provocasen en Marta. No le interesaba. No ahora que él era alguien y que tenía en sus manos el futuro laboral de ella.

Su publicista se incorporó en esos momentos y tomó la palabra mientras le tendía unos informes llenos de gráficos. Le bastó un vistazo para confirmar que la imagen de Segarrax, tanto en el mercado como en la sociedad, era la adecuada. Sus dos empleados volvieron a sugerirle, como ya había hecho el jefe de prensa, la conveniencia de conceder alguna entrevista recalcando que el empresario español del año, uno de los más ricos de Europa, un soltero joven y atractivo, debía mostrar su cara aun a riesgo de la falta de privacidad que eso implicaba.

Pero era esa falta de privacidad lo que Mángel se negaba a perder. Valoraba demasiado su vida y su libertad, desde acudir a actos públicos o incluso un simple paseo por la calle, sin que nadie le reconociese, hasta entrar en

cualquier tienda o cafetería, como para perderlas. Y, para qué negarlo, muy en el fondo, le preocupaba que algún medio sensacionalista se hiciera eco de su turbio pasado.

No es que él hubiera tratado nunca de esconderlo, es más, le hacía sentirse aún más orgulloso de adónde había llegado, no tenía ningún interés en olvidarlo, y poco le importaba lo que la gente que lo sabía pudiera pensar de él. Hacía tiempo, demasiado quizá, que se encontraba por encima del qué dirán. Sin embargo, no andaba entre sus planes soportar las miradas y risitas entre sus propios empleados porque algún bocazas con el que había compartido celda decidiese inventarse cosas sobre su compañero de presidio. Le erizaba los pelos la posibilidad de estar día tras día en las páginas de papel cuché o en los programas de televisión amarillistas y que, a raíz de eso, ni su madre –sobre todo su madre– ni él pudieran estar tranquilos.

Y es que para Mángel no había nada mejor que el anonimato. No le gustaba que hablaran de él, ni para bien ni para mal. Sabía que la gente lo hacía, es inevitable cuando destacas en algo, pero no le interesaba en absoluto ser famoso.

Además, uno de sus mayores placeres, que era andar sin rumbo con una buena moto, ya fuera a toda velocidad por una autopista parando en cualquier restaurante desconocido a tomarse un menú del día con una buena cerveza, ya fuera regateando entre las calles, no podría ser llevado a cabo si su cara era conocida. Desde que tenía quince años y había descubierto el placer de montar en moto, no había encontrado nada que lo igualase.

Pensar en sus quince años le hizo volver a acordarse de su nueva secretaria. ¿Qué iba a hacer con ella? Por primera vez en su vida no tenía claro cómo actuar respecto a algo. Su madre, ya que no su padre, se había molestado en inculcarle respeto por las mujeres, no había necesitado más que el ejemplo de su cuerpo débil frente al más fuerte de su esposo para convencerle de que eran delicadas y frágiles, al menos físicamente. Por el tamaño de Marta, que no debía pesar más de cincuenta kilos, aun si no fuera mujer, quedaba descartado usarla como saco de boxeo. Pero si encima no tenía madera de gran “conspiradora”, era a todas luces evidente que no podría proporcionarle ningún placer vengarse de ella.

Mientras sus dos directores de imagen seguían debatiendo sobre el acierto o no de que Segarrax hiciera una donación a una obra social promovida por una de las instituciones de la Iglesia, Javier recordó las imágenes con las que

había fantaseado al descubrir que su antigua amiga trabajaba para él: la cantidad de horas extra que le haría trabajar, los informes más tediosos, las tareas más ingratas... y todo ello después de haber recibido sus hipócritas disculpas por lo sucedido en el pasado.

Apesadumbrado, se llevó una mano a su hermoso y fiero rostro y la restregó con cansancio, provocando que los presentes en la reunión enmudeciesen y se quedasen mirándolo. ¿Cuánto tiempo había pasado ya de aquello? Y si él había experimentado tantos cambios en su vida, ¿qué cambios no se habrían producido en la de Marta? ¿Podría aferrarse al deseo que le impulsaba constantemente, llevado por el menosprecio y un antiguo sentido de inferioridad que había padecido de joven ante las clases altas, de decir la última palabra, de no dejarse pisar, de vengarse incluso?

¡A la mierda con todo! ¡Sí! Quería verla arrodillada ante él, consciente del poder que él ostentaba ahora, sabedora de que una sola orden de él podría arruinarle su pobre carrera de secretaria no solo en Segarrax, sino en cualquier otra empresa nacional.

Aunque solo fuera eso, quería darse el gustazo de ver a esa niña pija, inconsciente y mentirosa, rogándole perdón.

Y tomada esa resolución, se disculpó de la reunión, dejándolos con la palabra en la boca y delegando las decisiones en su director general. Por su línea personal llamó a un experto en seguridad con quien ya había trabajado en varias ocasiones y en quien había delegado varios asuntos de sus sucursales.

—Nacho —dijo cuando Rullatis se puso al otro lado—. Necesito que me investigues a Marta Sánchez de Prada, una empleada mía. Secretaria.

Directos al grano, ninguno de los hombres perdió el tiempo en nada más. Colgaron y Mángel decidió que la mejor manera de sacarse a Marta de la cabeza era marchándose de allí. Le daba rabia que uno de los lugares donde más le gustaba estar, solo porque ahora ella estaba también, le provocaba tal irritación que había terminado por echarle. Pero aun así, se fue, por primera vez y ante una atónica Claudia, más pronto que nunca.

Solo hicieron falta dos encuentros cara a cara con la joven para darse cuenta de que ella no iba a hacer el primer movimiento y, a pesar de su inestable situación, no iba adquirir una pose más sumisa del correcto trato que ya tenía como empleada a sus órdenes.

Cuando a la mañana siguiente la citó para dictarle unas cartas y encargarle una documentación, la joven entró con aire solemne, saludó con voz firme y ocupó, sin molestarse en pedir permiso antes, una silla frente a su escritorio adoptando una postura dispuesta con las piernas elegantemente cruzadas y una libreta y un boli en su regazo. Mángel se maldijo al darse cuenta de que la inesperada indiferencia de ella, el hecho de ser obvio que no iba a hacer ninguna mención a su pasado en común, le produjo malestar y le distrajo de la tarea que quería encomendarle.

Abrumado, tosió para ocultar su turbación y se centró en tratar de leer los papeles que tenía delante. ¡Maldita fuera aquella mujer por su calma y por lo malditamente hermosa e inocente que parecía! ¡Al infierno con ella y con sus grandes ojos marrones que le miraban con aparente sinceridad! ¡Por Dios que no iba a consentir que le quitase la paz ni le sumergiese una y otra vez en sus recuerdos!

Por su parte, Marta se había pasado la noche en vela. En el incómodo sofá cama de la única habitación del diminuto apartamento donde vivía en el barrio de La Ventilla, relativamente cercano a Plaza de Castilla, la secretaria había pasado la noche dando sonoras vueltas sobre sí misma acompañada del ritmo desacompañado de los muelles y el viejo colchón.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Segarrax, no una de las principales, sino la principal empresa nacional, pertenecía a Mángel. ¡Era su empresa, por el amor de Dios! ¿Cuántas veces no había pronunciado el nombre completo de Manuel Segarra y no se le había ocurrido relacionarlo con aquel joven motero de su niñez? ¡Tonta, más que tonta!

Así le iba la vida, suspiró cansada, de sorpresa en sorpresa. Al menos, se consoló, esta no había sido desagradable del todo. ¿Se habría sorprendido él tanto como ella? Desde luego, parecía haberla reconocido. ¿Le había guiñado el ojo, no? ¿O simplemente ella lo había imaginado trasladando un gesto que tantas veces él le había dedicado en el pasado? Porque, ¿cómo se iba a acordar un hombre como él de aquella niña ñoña que le miraba con ojos de adoración?

Había sido su primer amor, suspiró abrazándose a la almohada. Y claro, el primer amor nunca se olvida. A pesar de que ella era solo una niña, Mángel Segarra había despertado su corazón de mujer. ¡Qué ingenua había sido! Aquellos maravillosos e inolvidables días había creído que ella podía ser la que le centrara, que ella le haría olvidar su veta rebelde, que por ella dejaría

de mirar a las demás... ¿Se podía ser más incauta? ¿Qué poco sabía entonces de él! Ella que creía que era para él al menos una amiga... Pero ¿qué sabía en realidad ella entonces del mundo?

La mañana siguiente había tenido que usar, por primera vez en su vida, una base maquilladora sobre la ya de por sí aceitunada piel para ocultar las ojeras. ¿Le diría él algo sobre su pasado en común hoy? ¿Qué debía hacer ella si él no la recordaba? ¿Entrar en su despacho tarareando “Mangelito se llama mi amor, uno, dos”? La simple idea la hizo reír y detuvo un tanto los nervios que le atenazaban el estómago. Una vez de pie en el veintinueve, haciendo equilibrios mientras procuraba evitar la axila engabardinada del hombre de delante y el paraguas puntiagudo de la señora de atrás, decidió que si él no decía nada, ella tampoco lo haría. Después de todo, seguramente ella no había sido tan importante en la vida de él como él lo había sido en la suya. ¿Por qué debía Mángel acordarse de aquella niña para la que tanto significó en una etapa tan crucial de su vida?

Estuvo toda la mañana inquieta procurando dedicarse a trabajos manuales como el de envolver unas cajas con agendas de piel y plumas, todas con el logotipo de Segarrax, que había que preparar y guardar en una pequeña habitación que se usaba de almacén, y conservarlos como regalos, ya que se encontraba incapaz de centrarse en actividades que requirieran más cabeza de su parte.

Cerca del mediodía recibió la orden de Claudia de entrar en el despacho del presidente para tomar algunas notas para cartas.

Sintió que el estómago se le subía a la garganta y que el corazón le golpeaba con la fuerza de una bola de demolición. Procuró calmarse mientras cogía de su escritorio el Pilot y la libreta. Golpeó suavemente la puerta que comunicaba con el despacho de Mángel, tragó saliva, suspiró y entró sin esperar confirmación.

Mángel estaba sentado ante su mesa de escritorio, con el cuerpo ligeramente echado hacia delante, la cabeza apoyada en una mano y el codo sobre la mesa. Firmaba con la mano izquierda los documentos ante él mientras los iba pasando descuidadamente y con aire distraído se rascaba la cabeza.

Marta tosió al acercarse a él, pero no produjo ningún efecto, por lo que con fluida elegancia ocupó una de las sillas de cuero frente a él y fingió mirarse las uñas mientras esperaba.

Por fin, el gran hombre levantó sus ojos del papel. Cerró con un golpe sordo

la carpeta de piel con los documentos y se la quedó mirando.

Marta le sostuvo la mirada con expresión interrogadora y un principio de sonrisa. Los ojos de Mángel le atravesaban y, a pesar de quedarse fijos en ella, o precisamente por ello, la joven sintió que le atravesaban el alma. Estuvo a punto de preguntarle si se acordaba de ella cuando, tomando la iniciativa, él abrió un cuaderno de ante y comenzó a dictarle nombres. Marta tardó menos de diez segundos en olvidarse de todo y dedicarse a copiar como una loca. Era incapaz de pedir que repitiera si no había entendido algo. Ni por asomo quería que nadie se diera cuenta de que por supuesto no tenía ni idea de taquigrafía. Confiaba en que esos nombres estuvieran luego en alguno de los listados de directorios que tenía almacenados en el ordenador.

Con una voz grave y profunda que a Marta le resonaba por todo su cuerpo, Mángel dictó las dos cartas y le pidió que mandara otras dos de los modelos habituales de recibo para sendos consejeros delegados de fundaciones bancarias.

–Eso es todo –terminó, obligando a Marta a poner el punto final en sus desastrosas notas.

Con rápida elegancia, la secretaria descruzó sus finas piernas, cerró la libreta y se puso en pie. Estaba ya a la altura de la puerta de salida cuando esta se abrió bruscamente de tal modo que solo su rapidez de reflejos impidió que le diera un golpe en la cara.

–¡Cerdo, engreído de mierda! –Como un jugador de fútbol americano detrás de la pelota, una rubia teñida con peinado de peluquería de casi metro ochenta de altura, anchas caderas cubiertas por una falda de Chanel y zapatos altos de Manolo Blahnik irrumpió en la estancia gozando de la amplia ventaja que le sacaba a una Claudia jadeante que trataba en vano, con solo palabras y corriendo detrás de ella, de convencerla de que no entrara.

–Lo lamento, don Manuel –se excusó en su perfecto tono de superioridad–. No ha querido...

–No se preocupe, Claudia –le contestó él mientras con un gesto leve empujaba a Marta suavemente hacia fuera y con la mano levantada como un guardia de tráfico ordenaba callar a la glamurosa intrusa.

Con ávida mirada de curiosidad, Marta vio defraudada cómo se cerraba la puerta a sus espaldas. Con aire interrogador se volvió hacia Claudia, esperando con ansia algún tipo de explicación. Pero la correcta mujer hizo caso omiso de ella y se sentó como si no hubiera pasado nada.

Sin embargo, notó con alegría, que Mari Ángeles, otra de las secretarias, una rubia de pelo rizado y ojos de gato, la miraba con aire de complicidad y se marchaba con un gesto claro de invitación al cuarto de baño, adonde, fingiendo una indiferencia que no sentía, Marta la siguió.

—¡Eres un cerdo arrogante, un mamón egoísta, no me puedo creer que hayas hecho esto! —En cuanto se cerró la puerta tras ella, Verónica Solís, hija y nieta de los empresarios Solís, dueños de la mayor productora de aceitunas y aceite de oliva de España, dio un nuevo comienzo a sus amargas acusaciones—. ¡Tenía que haber hecho caso cuando todos me decían que tú eras de la más pura escoria, un pedazo de mierda enorme sin corazón! Aparentando una despreocupación que por dentro no sentía, Mángel se dirigió con pasos calculados a su silla de despacho, donde se sentó, cruzó las piernas a la altura de los tobillos, se echó ligeramente hacia atrás, y como si su visitante en lugar de ordinarièces estuviera contando una entretenida película, le dedicó toda su atención, ocultando el filo de ira y rabia que asomaba a sus ojos.

Verónica lo miró. Aun en su enfado, la mujer que había en ella no pudo dejar de apreciar el hombre que tenía delante. El perfecto traje de chaqueta, que sabía que, como todo lo que vestía, estaba hecho a medida en Gieves and Hawkes, en Savile Road, en Londres, no conseguía dar una apariencia domesticada a la rudeza y fuerza que despedían sus andares y su pose. Pero venciendo su admiración continuó:

—¿Cómo has podido hacerme esto? —La alta figura de la mujer se inclinó sobre la mesa—. Llegué a creer que podías sentir algo por mí.

Eso, pensó Segarra para sus adentro, fue tu problema, no el mío.

—¿Y qué es lo que te he hecho a ti? —le preguntó, sin embargo, con aire cansino.

—Has hundido la empresa de mi abuelo mientras me seducías a mí y me metías en tu cama para sacarme información.

—¿De verdad? —El tono de Mángel indicaba un hiriente tono de burla.

Por un momento, la joven mostró incertidumbre. De un solo movimiento dejó su bolso de Loewe en la mesa y se sentó ante Javier.

—Dime que no has utilizado nada de lo que hablamos mientras estuvimos juntos para absorber la compañía de mi familia y entonces me marcharé de aquí pidiendo perdón.

–Dime tú que alguna de esas informaciones que me diste me las contaste porque yo te sonsaqué y entonces seré yo el que pida perdón.

Darse cuenta de que, efectivamente, había sido su carácter hablador e impulsivo el que le había hecho comentar información corporativa con el dueño de la principal compañía española en fusiones y adquisiciones, simplemente por su habitual necesidad de desahogarse, solo enfureció aún más a la muchacha.

–Eres un cerdo. Sabías que era privado.

Él se encogió de hombros.

–Entonces no habérmelo contado. No ignorabas a qué me dedico y cómo trabajo. Ni un santo hubiera desaprovechado la ocasión, y como consejera del grupo deberías saber que Segarrax era una de las principales amenazas.

–Y a pesar de eso me metiste en tu cama.

Mángel alzó una ceja. Desde luego, ninguno de sus encuentros se había dado en su cama, y si alguien había sido seducido, en ningún caso había sido ella.

–¡A la mierda! –le chilló Verónica, incapaz de aceptar que había sido una tonta y temiendo que él tenía razón.

Había sido ella la que se le había acercado a él tras una reunión. La leyenda de Manuel Segarra era lo suficientemente apetitosa como para desaprovechar una ocasión de coincidir con él. Y ahora –pensó la fracasada heredera– había podido comprobar que todos los rumores sobre su frialdad, su desprecio por las convenciones, su indiferencia por las mujeres –a pesar de su maestría con ellas y su dominio y control– eran ciertos. Se sentía usada y traicionada y, a pesar de ello, cuando echaba la vista atrás, no podía más que darse de cabezazos y admitir que ella solita se lo había buscado. El enfado contra sí misma, el orgullo herido y, sobre todo, ser consciente de lo poco que le importaba al hombre arrogantemente sentado ante ella, le hicieron volver a estallar.

–¡Eres un hijo de puta! Me lo habían dicho: que desconocías la más mínima cortesía, un nuevo rico nacido en la inmundicia y sin la educación elemental para comportarte como es debido. No me extraña que sea verdad lo que dicen de que hasta has estado en la cárcel.

–¿Puedo hacer algo más por ti? –la interrumpió Mángel cuando la joven tomó aire para respirar–. Porque has irrumpido en mi lugar de trabajo y estoy demasiado ocupado para tener que estar aquí perdiendo el tiempo escuchando a una niña mimada quejarse porque la vida no es justa.

Sus palabras tuvieron el efecto de enmudecer momentáneamente a Verónica. Su expresión de acaloramiento se mudó por una fría y pálida y reaccionó como si acabase de recibir una bofetada.

–Te odio. Ojalá te mueras después de haberte hundido en la miseria. – Tirando de la correa de su bolso con una fuerza que le hizo daño en las manos, Verónica se lo colgó al hombro y, tan rápido como había llegado, salió del despacho. Un segundo antes de desaparecer se volvió para decirle–: Que te jodan. Ojalá alguien te haga lo mismo que tú a mí.

–Lo veo difícil –murmuró para sí cuando el portazo dejó de sonar en el aire–. Yo no hablo jamás de mi negocio con nadie –añadió con la lógica y seguridad del que lo ve todo claro y se conoce a sí mismo lo suficiente como para garantizar que no cometerá un error de ese tipo.

Ni un solo remordimiento le asaltó después de ese encuentro. Con mano y voz firmes se dirigió al intercomunicador.

–Asegúrese de la que señorita Solís abandona por completo el edificio y que no vuelve a entrar jamás.

No es que no tuviera ética, se dijo a sí mismo Mángel, es que tenía clarísimo que en este caso él no había hecho nada condenable. Había sido ella, la nieta de Solís, la que se había acercado tras una de las reuniones que habían mantenido con todo el equipo directivo y había sido ella la que le había invitado a su casa a tomar una copa. ¿Pretendía de verdad que por haber echado un par de polvos se iba a echar atrás en la fusión?

Tampoco creía que la hubiera roto el corazón. Como el resto de niñas bien, Verónica había sentido por él esa atracción por hacer algo novedoso, por estar con alguien diferente. Le había tirado los tejos simplemente por transgredir de alguna manera sus aburridas normas.

¿Que la muy tonta encima le había hablado de las medidas que estaban tomando para tapar agujeros? ¿Qué culpa tenía él? ¡Por amor de Dios! Si hasta él había llegado a pensar que hubiera alguna trampa en todo aquello. Era inconcebible que la muy estúpida le sirviese en bandeja el camino para ganar la mano.

Y no se engañaba. Ninguno de los dos había sentido el más mínimo aprecio por el otro. A pesar de que Mángel procuraba tratar con respeto a todas las mujeres, incluso cuando estas no lo querían, eso no incluía hacer caso omiso de toda la valiosa información que facilitaba tras cada cita que tenían.

¿Que ahora a ella le dolía el orgullo? Seguramente. ¿Que se sentía tan tonta

como había sido e incluso culpable? Bienvenida al mundo, pequeña. ¿No se lo había buscado?

Y ejerciendo un imperioso control sobre su voluntad, decidió no dedicarle a la anterior amante ni un solo pensamiento más.

Ahora mismo tenía otro objetivo en mente: quería que Claudia llevase a Marta Sánchez de Prada al límite. De momento era lo que se le ocurría para devolverle el mal que le había hecho.

Capítulo cuatro

Aquella Claudia era una déspota insufrible, era la madrastra del cuento disfrazada de dulce hada madrina. Con una sonrisa en los labios, unos modales impecables y una autoridad incuestionable, le soltaba un taco impresionante de folios mecanografiados –a Dios gracias, pensaba Marta, no eran en taquigrafía que no hubiera podido entender– con la orden de pasarlos a ordenador en ese mismo día, le pedía actualizar los asientos de la tabla de Excel de un arqueo de caja anual o digitalizar los datos apuntados a mano en una agenda de piel del año anterior. Y tenía que hacerlo, siempre con carácter urgente, además de cumplir con la rutina del día, que ya de por sí era agotadora.

Durante aquellas interminables semanas, prescindió del ratito del café donde se reunía habitualmente desde su llegada a la compañía con otros compañeros, comió el sándwich que se traía siempre de casa sin moverse de su asiento, no encontró un momento para abrir sus correos personales, ni comprobar los mensajes de *whatsapp*, ni entrar cinco minutos en Facebook, y aun así era la última en abandonar el último piso de la alta torre.

Y aunque las ojeras prácticamente le llegaban al suelo y probablemente había adelgazado no un kilo, sino dos, y volvía a casa tras cuarenta minutos de metro ya que no había autobuses de línea después de las doce de la noche, se sintió enormemente orgullosa cuando Claudia le dirigió el primer piropo desde que la habían trasladado a la presidencia.

–No dudes –añadió la jefa tras decirle que estaba muy contenta con ella– que este esfuerzo tan positivo y tu dedicación quedarán reflejados en tu expediente laboral.

La sonrisa agradecida de Marta casi hizo a la secretaria claudicar de continuar como instrumento de tortura de su empleador. En aquellos quince días en los que la joven recién llegada había sido sometida innecesariamente a largas y tediosas horas de trabajo, no había expresado su desacuerdo ni una sola vez ante Manuel. Tenía fe ciega en Segarra. No en balde llevaba trabajando con él desde que el joven, un emprendedor visionario con escaso capital, creó su primera oficina en un pequeño apartamento de tres

habitaciones en la calle Espronceda del barrio de Chamberí.

Aunque Manuel podría ser juzgado y condenado por personas de moral más fina, su comportamiento agresivo era el habitual en el competitivo mundo de los negocios, si bien más de una vez había rozado la irregularidad y sus métodos podían ser algo cuestionados, jamás había hecho nada ilegal y, para los que él consideraba “suyos” –amigos, empleados, o familia– tenía un trato inmejorable.

Era esta la primera vez que Claudia era testigo de cómo Manuel intencionadamente explotaba a una de sus empleadas.

¿Qué había unido a aquellos dos en el pasado? ¿Qué podía haber hecho aquella joven gentil e ingenua, responsable y trabajadora, alegre y buena compañera para despertar tal sed de venganza en su jefe? ¿Por qué, si en verdad Manuel la odiaba, le había descubierto mirando a la joven, cuando creía que nadie le veía, con una indescifrable expresión de anhelo mientras ella, ajena, continuaba sumergida entre papeles y el teclado de su ordenador, mordiéndose inconscientemente los labios?

Aunque sabía de sobra quién era Mangelito Segarra, aunque como quien más quien menos, en el colegio había tarareado la pegadiza cancioncilla y aunque fingiendo indiferencia había observado de reojo todas las cabriolas del atractivo joven en su moto, Marta nunca había hablado con él ni soñado con que alguien tan ajeno a su edad, su mundo y sus amistades, le dirigiera la palabra, ni siquiera que supiera de su existencia.

Había estado Marta haciendo de canguro en casa del matrimonio Bronzal y, como ya se conocía el percal, y Felipe, el dueño de la casa, regresaba siempre bastante borracho, a pesar de que se ofrecía con lengua torpe a acompañarle a casa de vuelta, Marta prefería evitar que se repitieran los indecorosos avances que, a su temprana edad de doce años, solo había sabido clasificar de guarrerías y había inocentemente achacado a su estado de embriaguez. Desde entonces, y a pesar del respeto que le infundía el relativo corto trayecto desde Castelló hasta Jorge Juan a esas horas de la noche, prefería arriesgarse y hacerlo sola.

Fue al cruzar Velázquez, en un soportal, un grupo de chicos de unos dieciséis años fumaba. Dos de ellos estaban sentados en sendas Vespinos; un tercero, de pie; y el cuarto, apoyando su cazadora vaquera atada a la cintura

sobre un coche aparcado.

El corazón a Marta comenzó a latirle apresuradamente cuando a sus oídos hipertensos llegó el comentario:

–¡Mirad lo que viene por ahí!

Con más decisión de la que sentía, dudó entre regresar por donde venía, arriesgándose así a demostrarles su miedo y que, como un trapo rojo a un toro, los chavales encima la persiguieran o, lo que al final hizo, seguir adelante como si tal cosa.

Abrazando su carpeta clasificadora decorada con fotos de Kevin Costner contra su anorak sin mangas, Marta apretó los dientes y se aseguró de andar con la cabeza alzada y piernas firmes.

–¿Adónde vas tan deprisa, nena?

Las esperanzas de la canguro nocturna cayeron al suelo en picado cuando el más delgado de los cuatro, con ojos enrojecidos seguramente por el alcohol y risita maliciosa, se interpuso en su camino.

–¿De dónde vienes? De estudiar a estas horas de la noche, no será. ¿O sí? – insistió mientras sus compañeros se reían y Marta trataba de esquivarle.

Pero no tuvo posibilidad.

En un movimiento del que no se apercibió, su confrontador le tiró de la carpeta para quitársela provocando que se cayera y se desparramara su contenido por la grisácea acera.

La ira se mezcló en Marta con el miedo y la impotencia. Las carcajadas de los que le rodeaban, parecidas a los cacareos de los gallos de corral, le hicieron brotar las lágrimas.

Humillada y avergonzada de sí misma, se agachó para recoger los papeles. Una patada de una Nike desperdigó aún más las cosas, lo que provocó más hilaridad en el estúpido cuarteto. Una nueva patada la siguió, y esta vez, voluntariamente o no, la mayor parte del golpe lo recibieron las manos de Marta. Inmediatamente después recibió un fuerte golpe en la barbilla que, en cuclillas como estaba, le hizo caer para atrás. Tenía tanto miedo que ni siquiera sintió dolor, y era tan lamentablemente consciente del peligro en que se encontraba y hasta dónde podían ser capaces de llegar que no oyó ni asimiló la llegada de alguien más. Sintió entonces ruidos de una pelea, de huesos al romperse y, finalmente, de cómo sus atacantes se fueron, arrancando sus motos a toda prisa.

Todavía sentada en el asfalto, tratando de acomodar la falda del uniforme

que se le había subido por las piernas, Marta se dio cuenta de que tenía ante sí a Mángel Segarra nada más y nada menos. Si en veces anteriores le había parecido, a su cándida mirada de preadolescente que no había podido estudiarle detenidamente entre la alegre multitud de la salida del colegio, que tenía una estupenda apariencia física, ahora, inclinado ante ella su hermoso rostro amigable de un favorecedor moreno, mostrando evidente preocupación, le pareció el de un príncipe encantado.

Mángel le tendió una mano que Marta no supo coger, impactada como estaba por sus entrañables ojos claros y su presencia.

—¿Te encuentras bien?

Incapaz de hablar, la niña, con sus primeros sentimientos de mujer, solo asintió llena de agradecimiento y alivio ante su salvador, ya que no conseguía verbalizar la cantidad de sensaciones que estaba experimentando.

—Eso no tiene buena pinta. —Con extremo cuidado, le giró el rostro hacia la luz de la farola y le observó el moratón que empezaba a aparecer ya en la barbilla—. ¿Qué haces tú aquí a estas horas?

—Vo-voy a casa.

—¿Tú sola?

—Vengo de ahí al lado. —Señaló las calles que había recorrido.

—No son horas para que andes sola.

Como estaba de acuerdo, pero no podía explicar sus motivos, Marta asintió con seriedad.

—Vamos, te llevaré. —Y ayudándole a ponerse en pie, Mángel dio la espalda a la niña para ponerse a recoger los folios, ahora arrugados y sucios, desperdigados por el suelo junto a la maltratada carpeta.

Marta se sumó al trabajo de recogida. No pudo evitar sentirse expuesta a medida que desfilaban ante ellos sus dibujos para clase de plástica, retratos ñoños de sus compañeras de colegio o apuntes de matemáticas con coloridos círculos, cuadrados y circunferencias de los que se había sentido tan orgullosa por su limpieza y ahora le parecieron absurdamente infantiles.

No se acordó, en ese momento de bochorno, que su carpeta, como la de toda estudiante que se preciaba, estaba plagada de dedicatorias, letras de canciones, fotos de revistas de actores de cine y cantantes en todas y cada una de las cartulinas separadoras para la clasificación que, por la caída al suelo, se habían descosido y yacían esparcidas en el suelo hasta que se dio cuenta, cuando ya era tarde, de que Mángel había parado de recoger y leía,

precisamente, la letra de la canción que habían inventado sobre él.

Una vergüenza aún más profunda embargó a Marta. Si no fuera porque estaba prácticamente de rodillas en el asfalto, habría caído de bruces contra el suelo.

–Es... es la canción de una película española.

–Sí, ya sé, la de *Margarita se llama mi amor*, ¿verdad? Más de una vez he oído a mi madre tararearla en casa. –Y recordó que una de las aficiones preferidas de su progenitora era la tarde de sábado con Cine de Barrio y que él la había visto planchar cantando canciones de Concha Velasco en *Las chicas de la Cruz Roja*; de Rocío Dúrcal en cualquiera de sus largometrajes; de Raphael y hasta de Marisol en *Un rayo de sol* o *La vida es una tómbola*. Si le contara que le habían hecho una letra a él con la de *Margarita*, se mondaría de la risa.

Divertido como estaba, no notó el bochorno que padecía la niña a su lado.

–Cuando se lo cuente a mi madre, le va a encantar. Bueno, ¿nos vamos? –preguntó al fin.

Marta se incorporó y creyó que soñaba cuando, tras subirse él en la motaza en la que tantas veces había visto montarse a otras afortunadas del colegio, le alargó la mano y le ayudó a hacerlo ella.

Las escasas tres manzanas que hubo que recorrer hasta el antiguo portal de puerta de hierro de su casa fueron un placer tan inmenso para Marta que le hizo olvidarse del desagradable episodio de diez minutos atrás.

–Muchísimas gracias por todo –balbuceó cuando se apeó de las dos ruedas y procuraba no quedarse atontada mirando aquel maravilloso y enérgico rostro masculino.

–No hay de qué, enana. –Aunque el término podría haber desinflado a Marta recordándole que para él solo era una niña, hubo tal tono de dulzura en el apelativo, que la estudiante sintió el calor henchir su falto de cariño corazoncito—. Ten cuidado y no vuelvas a ir sola a estas horas –le recordó él.

Ninguno de los dos se percató de la cortina abierta del tercer piso y del rostro estupefacto que la observaba despedirse a través del cristal.

Para cuando la moto de Mángel desapareció, Marta ya estaba en el interior del amplio portal.

Capítulo cinco

Mángel no había cambiado nada, pensaba incomprensiblemente apenada Marta mientras recogía su mesa y se disponía a marcharse para casa a última hora de la tarde. Su nuevo jefe seguía siendo un ligón y un faltón. Mari Ángeles, otra de las secretarias, se lo había dejado muy claro a raíz de la escandalosa y ruidosa visita que le había hecho Verónica Solís. Ya en la época escolar, la decepción entre las que se habían creído sus novias era grande entre las adolescentes que sabían poco de orgullo y mucho de dramatizar. Al parecer, una quincena de años después, seguía igual, rompiendo corazones sin inmutarse. Una mujer tras otra y ninguna más de dos meses seguidos. Todas de las mejores familias empresariales y sociales, tan dispuestas a probar con el chico malo como lo habían estado las estudiantes de Jesús-María de antaño. Y de nuevo, pensó Marta con dolor, provocando que más de una le odiase. ¿Es que ahora que era rico seguía resentido? ¿Es que a pesar de todos los privilegios de los que gozaba actualmente seguía empeñado en hacer pagar a los demás su humilde procedencia?

Pero ella sabía que Javier tenía otra cara, esa que se negaba –¿por orgullo? ¿por miedo?– a mostrar prácticamente a nadie, pero que le había mostrado a ella. Marta sabía que en el fondo de aquel hombre había bondad y generosidad cuando se le trataba con cariño y confianza, como los perros que han sido maltratados por sus dueños y encuentran repentinamente un hogar.

Mángel era receloso por naturaleza, se dijo como un mantra negándose a juzgarle mal, y estaba convencida de que si él encontraba a una sola mujer que lo mirase como el hombre que verdaderamente era, haciendo caso omiso de sus prejuicios y sin buscar nada en él, no tardaría en dar a conocer la espléndida persona que era.

Descargó del perchero su abrigo gris de lana y con un gesto se despidió de sus compañeras con su habitual “hasta el lunes”.

–¡Hasta el lunes, no! –la corrigió Mari Ángeles sonriente–. ¡Hasta mañana! Tenemos el torneo de pádel, ¿recuerdas?

Marta se quedó con el abrigo a mitad de camino para ponérselo.

–No tenía ni idea.

–Pues tienes que venir. Desde la planta cuarenta hacia arriba tenemos que ir todos.

–¡Yo no sé jugar al pádel!

–No pasa nada. Este día lo inventaron los de Recursos Humanos porque según ellos es bueno que haya confraternización entre los que formamos parte de una misma empresa. Hay tres encuentros de este tipo al año, además de la comida de Navidad: el torneo de pádel, un fin de semana de *outdoors* y la cena del verano.

–Conmigo, que acabo de llegar a este departamento, probablemente no cuenten.

–¡Sí! Yo misma vi que Alfredo Martínez, el de Riesgos Laborales, te apuntó como su pareja.

Marta evocó la imagen de Alfredo, tímido, con gafas de pasta, con trajes de chaqueta un pelín más grandes que él y que lo hacían parecer un niño con la ropa de su padre. Era muy agradable.

–¿Juega bien al pádel?

–Pues no creo, la verdad. Pero ya te digo que da igual. El torneo es la excusa para pasar el día juntos. Comemos allí y todo. El club de pádel de Las Tablas se cierra solo para nosotros.

Mientras escuchaba a su compañera, Marta iba calculando qué podía ponerse para jugar al pádel al día siguiente.

–No tengo raqueta.

–Allí hay. No todos jugamos habitualmente al pádel. Bueno, yo sí –dijo con una sonrisa–, soy bastante buena. –Y se echó hacia delante para hacerle una confidencia–: En el torneo del año pasado el presidente me dijo que si llega a saber que yo era tan buena, me hubiera cogido como pareja para asegurarse ganar.

–¿Manuel Segarra? –preguntó Marta, incapaz de imaginarse al Mángel que estaba conociendo ahora como un cercano directivo pasando un día de diversión con sus empleados–. ¿El también va?

–Sí. Le encanta jugar al pádel y se le da bastante bien. ¡Es muy competitivo! ¡Pero no hace más que exigir que no le hagan la pelota dejándole ganar, que le encanta pelearlo justamente!

Sí, pensó Marta, le pegaba esa suficiencia de “no me regaléis nada. Aunque podría despedir a cualquiera con solo levantar una ceja, no me lo pongáis

fácil”.

Mientras salía hacia su casa, Marta decidió que para solo un día no se compraría un equipo de deporte. Tenía unas mallas azules marino, algo viejas, pero que podían servir, y se pondría un polo de manga corta por si se asaba y encima una sudadera gris. Sus zapatillas de deporte, unas tenis un tanto anticuadas pero de la marca Reebok, eran las mismas que conservaba desde los diecisiete años. La raqueta la pediría prestada en el club. Adiós a levantarse tarde por un día, se dijo con pena, con lo que le gustaba a ella remolonear en la cama los fines de semana. Adoraba despertarse sin prisa alguna, sin despertador, sin tener nada urgente que hacer, leer en la cama, levantarse a desayunar y volverse a acostar. Ciertamente que al final, casi todos los fines de semana había algo, pero esta semana de trabajo, con el nuevo puesto, había terminado agotada... Y al día siguiente a jugar al pádel. ¡Con lo desastre que había sido siempre ella con el tenis!

Al menos, se consoló, su pareja no parecía para nada uno de aquellos jóvenes obsesionados con ganar que sí había llegado a entretener en su época del Club de Campo, que aunque no te chillaban cuando no contestabas bien las bolas, se notaba que crecía su mal humor a medida que el contador favorecía a los adversarios por cada fallo de ella.

Marta siempre había considerado tanto los deportes como los juegos un modo de pasar el tiempo y divertirse. No comprendía ni se solidarizaba con las personas que para disfrutar tenían que ganar. “Lo importante es participar”, se decía siempre. Y así lo había vivido.

Solo esperaba que a Alfredo y a ella les eliminasen de la competición en cuanto jugasen el primer partido y poder así pasar el resto del día en la cafetería o sentadita al sol, si lo había, tomando una coca cola y un aperitivo.

—¿Qué me puedes decir de ella? —Con una camaradería ajena al estirado tratamiento con que se trataban ante el resto de empleados y que se reflejaba en la cómoda postura de él ante su mesa de reuniones, las mangas de la camisa recogidas bajo los codos y la corbata con el nudo ligeramente deshecho y echada a un lado, Mángel y Claudia se tomaban una bien merecida copa de oportito tras una ardua jornada laboral aprovechando que ya estaban

completamente solos en la planta.

–Como secretaria es un desastre. Aunque su currículum dice que estudió en el Meryland, lo dudo mucho. Presentó el título a Recursos Humanos, pero desde que la Escuela de Secretariado Internacional tuvo aquella caída del sistema informático y perdieron los datos de antiguos alumnos, han creído a cualquiera que apareciera por allí exigiendo un certificado de estudios. – Como Mángel sabía por Rullatis que, efectivamente, la joven no había pisado el edificio del centro de estudios de la Gran Vía jamás, no tuvo más que asentir–. Marta teclea en el ordenador solo con los dedos índices, no sabe de taquigrafía, desconoce el más elemental protocolo así como las habituales conductas laborales, esto último lo solapa adecuadamente con su buena educación y sentido común. Estoy segura de que pasó las dos últimas noches haciéndome en un documento de Word una larga fila de cuentas por no tener la más mínima idea de cómo crear una hoja de Excel.

Mángel silbó.

–Sin embargo –añadió Claudia sin dejarle hablar–, es una mujer encantadora.

–¿Te ha cautivado a ti también, mujer de hierro? –preguntó su jefe con una ligera ironía.

–Ya sabes que solo soy dura en apariencia y porque tengo que serlo, pero esta Marta no es una mujer común en el mundo de los negocios. Tiene sensibilidad, compasión y todo menos alma de trepa.

–Lo cual no la hace más apta para trabajar aquí.

Claudia se rio.

–Yo opino lo contrario. No hay nada mejor que tener un poco de todo. La semana pasada se quedó hasta las tres de la mañana ayudando a los de Riesgos Laborales con una presentación en Power Point. No hizo falta ni que se lo pidieran. Había quedado con Alfredo Martínez para tomar una copa al salir y cuando este llamó para cancelar por tener tanto trabajo, ella misma se ofreció a echarles una mano –dijo con toda intención.

–A lo mejor es porque tiene interés en Alfredo Martínez. –Levantó una ceja acusatoria Mángel, tal y como su secretaria esperaba, mientras se decía a sí mismo que no tenía por qué molestarle con quién entrara o saliera Marta.

–El fin de semana pasado se quedó con los niños de Rocío Vergara, una empleada de Recursos Humanos, cuando le falló la chica contratada para asistir a una boda en Segovia. No creo que le mueva ningún interés hacia

ella...

Mángel comparó mentalmente a la joven que Claudia estaba pintando con la niña que él conoció. A él también le había engañado, admitió con resentimiento. Se había mostrado ingenua, cándidamente generosa, la primera persona sin segundas intenciones o falsos intereses que Mángel había conocido y, sin embargo, se había deshecho de él como si fuera un mosquito en la suela del zapato con una crueldad impropia de una niña de su edad.

–No te fíes de las apariencias –le advirtió a su mujer de confianza.

–¿Rullatis ha descubierto algo?

Mángel negó.

–Solo que tiene más deudas que Grecia. Pero no son bancarias. Le debe todo a un hermano de su padre. Préstamo familiar. Ya es algo.

–Si no me vas a contar por qué piensas mal de ella, lo que veo a simple vista es lo único que tengo.

El silencio se instauró entre los dos.

–La conoces de antes... –se arriesgó a aventurar la mujer.

Mángel se encogió de hombros.

–Hará unos quince años.

–No sé qué te hizo, pero la gente cambia y ella sería solo una niña por aquel entonces.

–La gente no cambia, Claudia. La gente se pone una pátina encima y encubre lo que siempre ha sido. Y el que ha sido malo, malo se queda. Marta no es harina de buen trigo. No la pierdas de vista. –Y terminándose su copa de un largo trago puso punto final a la conversación.

–Antes de que te vayas, he de decirte que ya es noticia que has roto con Verónica Solís. Si no te han llamado veinte de tus amigas, no te ha llamado ninguna. Te he mandado los mensajes a tu móvil y te he dado un poco de tiempo diciendo que tanto hoy como mañana estarás liado.

Mángel suspiró. Hubo una época en que le gustaba que las mujeres le persiguieran. Ahora todas ellas le producían hastío.

–¿Mañana al final juegas de pareja con Antonio Serja o vas a entrar también a competir en el mixto y te pongo con nuestra directora de Marketing?

Mángel lo consideró mientras se ponía en pie e iba recogiendo sus cosas.

Y de repente una idea cobró forma en su cabeza.

Cogió su chaqueta del perchero y mientras se la ponía valoró su ocurrencia rápidamente. Podría matar dos pájaros de un tiro.

Le vino a la cabeza Michael Corleone hablando de los buenos consejos que le había dado su padre, el gran Vito Corleone: *Mantén a tus amigos cerca, pero aún más cerca a tus enemigos*, y se dijo que siempre le había ido bien siguiendo las advertencias del maestro creado por Mario Puzo.

Mantendría a Marta cerca de él. Muy cerca. Pero esta vez estaría preparado para esquivar su aguijón y devolvérselo con saña.

–Apúntame al mixto. Asegúrate de que me ponen a Marta Sánchez de Prada de pareja.

Y se marchó, ante la atónita mirada de Claudia.

Capítulo seis

Se había convertido ya en una cómoda rutina para ambos que las dos noches que Marta tenía que hacer de canguro en casa de los Bronzal, Mángel la esperara y la acercaba a casa en la moto. La alegría en la cara de la chiquilla cuando lo veía en la esquina no tenía precio para él. Sabía, o creía entender, que Marta se consideraba un poquito enamorada de él, el clásico primer enamoramiento hacia alguien mayor y, aunque comprendía que se trataba de algo delicado que no convenía herir pero tampoco alimentar, le llenaba de tanta satisfacción que no podía evitar seguir viéndola. ¡No es que estuviera enamorado de ella!, se decía categórico. ¡Por Dios! ¡Ella era una enana y él no era un asaltacunas! Para él era como una hermana pequeña. Porque sí, para qué negarlo, le había cogido cariño y, de algún modo, igual que le pasaba también con su madre, sacaba de él su instinto más protector.

Con Marta, Mángel aprendió el popular dicho de que “los ricos también lloran”. Aunque no, Marta era demasiado alegre y agradecida para llorar, pero su vida no había pasado entre algodones.

El afecto que Marta sentía por él, aunque inmaduro e inocente, era tan abierto, tan espontáneo, tan sin dobleces, tan franco y honesto y ajeno a todo el lodazal y el barro que rodeaba su vida que le llamaba como un dulce a un perro, con la fuerza de un imán al hierro. En ese mundo sucio de su barrio bajo, de los sopapos que le asestaba su padre, de la incomprensible sumisión con que recibía su madre a su marido aunque llegara borracho y buscando camorra, Marta era el remanso de paz, y sus ratos con ella, las únicas ocasiones en que se podía relajar. En los momentos breves que pasaban juntos, en el corto trayecto que compartían, hablaban de todo y de nada, de *mates* y motores, de amigas y el jefe, de moda y cilindradas.

A lo largo de sus encuentros se enteró de que vivía en casa de sus tíos, el hermano de su difunto padre y su esposa, quienes les habían acogido tras fallecer el padre de Marta las Navidades pasadas. Con una prima con la que, aunque su pasajera no cedía en criticar por mucho que Mángel preguntaba, se intuía no había buen rollo a pesar del agradecimiento, Marta le había

confesado que echaba muchísimo de menos a su progenitor y el estilo de vida que tenían antes. Que había perdido a su padre, sí, pero también había perdido a su madre ya que desde entonces no la mimaba, ni le hablaba, ni le trataba con el afecto anterior. Parecía, le había dicho la niña entre algún hipido, que se hubiera cubierto con una capa de hielo que ella, delante de sus familiares además, sin la intimidad de un hogar propio, no conseguía traspasar.

Así que, se encontraba el joven motero lamentando, además de una madre en pleno duelo que olvidaba que tenía que volcarse en su hija, probablemente la prima no había acogido de buen grado la imposición de aquella novedad en su vida y, tres cursos mayor que Marta, lo pagaba con la más débil. No por primera vez, sintió ganas de hacer a la chiquilla sonreír. Le gustaba oírle reír.

Cada vez con más comodidad alargaban el instante de despedirse, ya en el portal de Marta, ajenos a la envidiosa inspección desde la ventana. Inexorablemente, Mángel le decía adiós mientras se subía en la moto con un “¡cuídate, pequeñaja!”, y a Marta su corazoncito solitario se le esponjaba de gratitud y se le desbordaba de romanticismo.

Por acuerdo tácito, ninguno de los dos habló con nadie de su creciente amistad. Quizá ambos intuían que era demasiado hermosa e incipiente para estropearla siquiera comentándola con nadie. Para Mángel desde luego, Marta era la primera persona en su vida que le acompañaba sin pedir nada de él. Y sin embargo recibía de él sus conversaciones y sus paseos en la moto como si fueran oro. Para Marta, Mángel fue, durante esa época, la única persona que no le reñía o mandaba como sí hacían sus tíos, su prima y las profesoras, ni competía con ella como sí notaba entre las compañeras de colegio: por las notas, en gimnasia, con las otras amigas.

El día que todo estalló, no volvieron a verse. Ambos perdieron entonces lo que no habían tenido antes con nadie y lo que jamás volverían a tener.

Y aun cuando de puertas afuera podía suponerse que la vida les daba una segunda oportunidad, tanto Marta desencantada con la apostura agresiva y borde de Mángel, como el empresario con su resquemor del pasado hacia ella, lo cierto era que, si en una vida pasada se habían hecho el bien el uno al otro, él ahora ya no quería nada más que devolverle el mal que le había hecho ella en el pasado.

El sábado se despertó gloriosamente azul. Ni una nube amenazaba con

ocultar el sol aquella mañana de noviembre. Vestida con sus mallas y abrigada con el forro polar gris, Marta tomó dos autobuses, el primero hacia Plaza de Castilla y de ahí el segundo hacia Las Tablas.

Esa zona creciente de Madrid estaba cada vez más poblada e inmejorablemente comunicada, por lo que se había convertido en uno de los mayores focos donde se iban a vivir jóvenes familias. Sus urbanizaciones, ajardinadas y con piscinas, ofrecían una inmejorable calidad de vida a tan poquitos kilómetros de Madrid que se confundían básicamente con la propia ciudad.

Cuando llegó ya había algunos amigos que conocía de la empresa por allí. Alfredo, que enseguida le comunicó contento que iba a ser su pareja de torneo, la cobijó bajo su ala y estuvo constantemente pendiente de ella, preocupándose por si había desayunado adecuadamente y enseñándole las instalaciones. Enseguida y con ademán abierto, despreocupó a Marta, manifestando que no le interesaba ganar lo más mínimo.

–No soy nada deportista –le confió, señalándose su escuálida constitución–. Este día hay que pasarlo lo mejor posible. ¿Estaría bien que al menos ganáramos un partido? Pues sí, porque así no seremos el hazmerreír del resto, pero no me quita el sueño. Espero que a ti tampoco.

El ambiente distendido, diferente del más tenso del trabajo, se notaba tanto en las ropas deportivas de todos como en las bromas y los comentarios. Probablemente, pensó Marta, había textos escritos al respecto sobre lo positivo de extraer a la gente de su ambiente laboral y permitirle desarrollarse en un ámbito más relajado. Y seguramente, se imaginó maliciosa, los de Recursos Humanos iban rellenando sus informes mentalmente, que luego trasladarían a los ficheros de la oficina para documentar en qué tipo de puesto se podía contar con quién y a quién había que despedir a la primera oportunidad.

Le sorprendió encontrarse con una compañera de colegio con la que tenía un trato puntual y sonrió ante la casualidad de que precisamente hacía unos días se había acordado de ella por ser la autora de la letra de la canción de “Mangelito se llama mi amor”.

–¡Silvia! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces tú aquí?

Aunque un par de cursos mayor que Marta, Silvia Burillo, una morena de ojos grandes, cara de niña buena que contrastaba con una boca espectacularmente sensual, parecía todavía en edad escolar gracias a su

menuda figura.

–¡Yo no trabajo! Es mi marido, Javier, que está en el Departamento Legal de la empresa. ¿No te acuerdas que te lo comenté cuando me dijiste que empezabas en Segarrax?

–¡Es verdad! ¡Se me había olvidado! Y como la empresa es tan grande... Pero mira, justo hace poquito que me he acordado de ti. Fíjate que llevo casi medio año trabajando y hasta el otro día no me enteré de que el dueño es aquel “Mangelito se llama mi amor” de nuestros tiempos del Jesús-María.

La cara de impresión de Silvia le hizo sentir maravillosamente bien. Después de todo, no era la única que vivía en un mundo paralelo donde la realidad pocas veces se hacía presente.

–Pero ¿¡qué me estás contando!? ¿¡Manuel Segarra!? ¡Claro! No había caído. –Y bajando la voz añadió–: Por el amor de Dios, no lo comentes con ningún empleado ni le digas nada a mi marido, que es superserio con los temas laborales. A ver si se va a acabar enterando todo el mundo de la gracia y lo acaban despidiendo por una tontada. Que acabamos de tener nuestro cuarto hijo...

–¿Qué tal están los peques? –Marta miró a Silvia de arriba abajo, ya que nadie diría que hacía tan solo seis meses que había dado a luz–. Hace mucho que no nos vemos, pero te encuentro igual que de soltera.

–¡Qué mona eres! Te invito a una cerveza después de esto. Ojalá todo el mundo me lo dijera.

–¡Lo digo en serio! ¡Estás estupenda!

–¡Ja! ¡Ahora ya van dos! Bueno, y a ti, ¿qué tal te va?

–Nada de particular. –Marta consideraba su vida bastante aburrida. No tenía una interesantísima vida profesional, no tenía novio, no se había casado, no tenía hijos y no tenía una divertidísima agenda social.

–Y a tu prima, ¿qué tal le va? Hace años que no la veo. Claro que nunca nos llevamos muy bien.

–Erais de distinta pandilla –dijo Marta, diplomática.

–Si es que tu prima tuvo alguna vez alguna... –apostilló Silvia bebiendo su café con leche con gusto.

Marta la miró sorprendida.

–Siempre estaba con Natalia y Carmen.

–¡Qué va! Se les pegaba a esas dos, pero yo creo que amigas, amigas, nunca fueron. Tu prima era una de las personas más criticonas y negativas que he

conocido nunca. No sé cómo la aguantabas.

–Bueno, a mí no me hacía mucho caso. Eran pocos los momentos que coincidíamos a pesar de vivir en la misma casa e ir al mismo colegio. Pero creía que con los demás era distinta.

–¿Qué hace?

–Pues la verdad es que no lo sé. –Acostumbrada a estar agradecida a sus tíos y prima por haberlas acogido a ella y a su madre en su casa, Marta nunca antes había criticado a su pariente con nadie, pero sí que había puesto distancia, más que nada como una manera de protegerse de sus dañinos comentarios.

–Yo me la encontré un día con Ricardo Rodríguez de Sousa, ¿te acuerdas de él? ¿Ricardito le llamabais, no? ¿O Dito? Son tal para cual, la verdad.

Marta sintió un estremecimiento y los pelos se le pusieron de punta. Ricardito había sido una constante en casa de sus tíos y una absoluta pesadilla para Marta con su nerviosismo, su manía de pegarla y de gastarle bromas de mal gusto.

–Sí, claro que me acuerdo.

–Otro amargado, prepotente, dañino y tóxico.

Marta se la quedó mirando.

–Creo que la que te va a invitar a cervezas soy yo.

Y se echaron a reír.

–Y nunca le perdonaré que se aprovechó de Vicky. ¿Te acuerdas de Victoria Lanzas? –Comprobó que su interlocutora sabía de quién estaba hablando—. Un día que ella se emborrachó porque su novio la había dejado se acostó con ella. Es asqueroso. Ella nunca se hubiera acostado con él estando sobria. Estuvimos a punto de denunciarle. Pero como la verdad es que Vicky cuando se emborracha pierde la memoria, no era una testigo muy válida.

Marta asintió asqueada y el deje de miedo que siempre había sentido con Ricardo se hizo una vez más presente. Había escuchado alguna historia parecida sobre el hijo de los íntimos amigos de sus tíos, y le daba rabia que nadie nunca le había podido parar los pies. Parecía que con su dinero y la protección que le daba la posición de su padre podía hacer lo que se le antojara.

–Siempre ocurre igual. Sabe hacerlo de manera que escurra las consecuencias de todo lo que hace –dijo Marta, pesarosa.

–Sí, pero la vida acaba poniéndote en tu sitio y creo que a él lo va

colocando. La gente ya lo tiene calado y muy pocas personas le soportan y económicamente creo que cada vez le va peor. –Silvia la miró sonriente.

No quería cortar el entusiasmo de su amiga, pero no pudo por menos que comentar, pesimista:

–Lo malo es que tiene una de esas herencias monumentales que parecen no tener fin y siempre hay más dinero y más de donde sacar.

Claudia, la asistente de Mángel, vino a interrumpirlas.

–Marta, tienes que ir a la pista cinco, cielo –dijo, señalando hacia donde los campos de juego se erguían en una mezcla elegante de verde y cristal–; empieza un partido ahora mismo.

–Uf. Muchas gracias por avisarme, Claudia –le dijo Marta algo abochornada de que una autoridad como ella hubiera tenido que perder el tiempo avisándola–. He descubierto a una amiga del colegio y he perdido la noción del tiempo –se excusó y se vio en la obligación de explicar–. Perdona.

–No pasa nada. –Siempre ecuánime y agradable, Claudia le sonrío.

Cuando llegó a la pista cinco se encontró con que ya había dentro en un lado un hombre y una mujer; y en el otro, el propio Mángel Segarra.

–Llegas tarde –le dijo el dueño de la empresa cuando ella se quedó parada en el umbral mirando hacia otras pistas buscando a Alfredo

–¿Yo? –preguntó dubitativa

–Ni siquiera te has leído las distribuciones de equipo, ¿a que no?

–Pues me dijeron ayer que me tocaba con Alfredo Martínez de pareja.

–Pues se han equivocado –cortó seco–. Entra y cierra. Te toca conmigo y no vamos a estar esperando todo el día.

Marta enmudeció. Se preguntó qué mano del destino le había puesto de pareja de él y por qué Mángel, con todo el poder que tenía como presidente de la empresa, se había prestado a jugar con una secretarucha de tres al cuarto. Sin atreverse a mirar a ningún lado, abrió la funda de la pala que le habían prestado y saludó con una inclinación de cabeza a sus contrincantes. Intuyó que el juego fácil y desenfadado que iba a haber practicado con Alfredo quedaba bastante lejos.

–Deja la funda en el banco de fuera –la conminó Mángel, –que ahí molesta.

Le obedeció, colorada e indignada por su mal genio. Se recomendó tranquilidad.

–¿Sabes jugar?

–He jugado al tenis, dicen que es parecido, ¿no?

–¡Parecido! –masculló–. Estate atenta. No tengo paciencia con los perdedores.

Y sin añadir más empezaron a hacer un peloteo.

Para Marta fue una humillante tortura. Al ver que era el presidente el que jugaba, alrededor de la pista comenzó a congregarse un buen público y le costó casi el primer *set* entero aprender lo que estaba permitido y lo que no en el juego tan parecido al tenis y a la vez tan diferente.

Al menos, la joven no tuvo que esforzarse mucho ni necesitó moverse por la pista, ya lo hacía Mángel. Con sus largas extremidades llegaba prácticamente a todas las bolas, ganándose los aplausos (Marta imaginó que alguno que otro por ser quien era), de modo que ella solo tenía que devolver las que prácticamente le caían encima. Y aunque era cierto que el tenis ayudaba, también le ocurrió que al principio le hacía tirar demasiado larga la bola, cometiendo algunos fallos. Su compañero renegaba cuando la pelota daba contra la pared opuesta antes de botar contra el suelo.

–Pero ¿adónde tiras? –le decía–. Esta pista es más pequeña que la de tenis. Céntrate.

Marta procuraba no ponerse nerviosa ni odiarle. Y, aunque ganaron –Mángel ganó, Marta jugó mediocre–, estaba segura de que al igual que ella, el dueño de la empresa para la que trabajaba tampoco lo disfrutó. Aliviada del descanso y de poder dejar de ser el centro de atención, trató de escaparse en cuanto estrecharon las manos de sus derrotados pero falsamente alegres contrincantes.

–No, no te vayas –le exigió Mángel cuando la vio salir–. Vente conmigo a tomar algo, que en media hora tenemos el siguiente. No quiero tener que volver a mandar a buscarte.

No era, desde luego, la mejor invitación que habían hecho a Marta nunca, y una vez más se volvió a preguntar porqué él había aceptado estar de esta manera atado a ella en un día en que podría haber estado con cualquier empleado que deseara.

Se tomaron juntos un par de coca colas mientras algunos se paraban a hablar con Mángel, de tal modo que Marta no se tuvo que preocupar de mantener ningún tipo de conversación con él. Pero viéndole al lado suyo, con aquel pantalón de deporte azul marino por encima de las rodillas, el polo de Padel Lobb en azul y blanco y las zapatillas immaculadas de la misma marca, pareciendo más que nunca un anuncio de ropa deportiva con su apostura y su

fuerte y masculina constitución, a pesar de estar sentada junto a él, de haber jugado con él, lo sintió lejos e inalcanzable. ¿Se acordaba de ella o simplemente había decidido escoger a su nueva secretaria como pareja de pádel por otro motivo? ¿Recordaría él con el mismo cariño que ella aquellos encuentros que tuvieron en el pasado?

Mángel la estudiaba mientras conversaba con sus empleados. Marta no había abierto prácticamente el pico delante de él, y se la veía claramente incómoda y molesta. Parecía intimidada y recordó que siempre había sido muy cohibida. Mandó un *whatsapp* a su madre mencionándole que no comería con ella mientras daba vueltas a la idea que empezaba a forjarse en su cabeza. No quería perder de vista a Marta y quería hacerle pagar de algún modo lo sucedido años atrás. Era una joven educada, que sabía vestir bien, evaluó críticamente la ajada pero con gusto ropa deportiva, y le vio comportarse en todo momento con educación y excelentes modales. Se metió el móvil en el bolsillo y, cogiendo a Marta del codo, la dirigió al siguiente partido.

Capítulo siete

Manuela Landó conducía pensativa por la M-40 en dirección a la autovía de Valencia. Le habían hablado de un ebanista que hacía maravillas, muebles como antaño, perfectamente pulidos, sin tornillos, y aprovechando que su hijo no iba a ir a comer con ella, decidió ir a curiosear. Desde que Mángel se había empeñado en que se mudase a otra nueva casa, esta última tan grande que los muebles que se había traído de la anterior parecían de gnomos, estaba jugando otra vez a las casitas, cosa que le encantaba. Entendía y se sentía halagada de que su hijo quisiera lo mejor para ella, pero Mángel no comprendía que ella era feliz en su barrio de siempre con la gente de siempre. Ahí tenía a sus amigas. Es verdad que desde que Mángel se había hecho rico había conocido a gente nueva, pero no perdía de vista quiénes habían sido siempre sus amigos y con los que siempre había podido contar, quiénes sabían quién era exactamente y, aunque admiraban lo que Mángel había conseguido, no la valoraban más por ello.

Sabía que había personas que cuando prosperaban en la vida preferían cortar todo vínculo con su pasado. Deseaban amistades diferentes, zonas nuevas, crearse, en definitiva, una nueva identidad. Quizá, se encogió de hombros al pensarlo, porque nunca habían estado contentos con quienes eran. Pero, Manuela lo sabía, no lo iban a estar tampoco por tener más dinero en el bolsillo.

Nunca había sido su caso. Amaba su Vallecas y la amaba tal y como era ahora, próspera y en crecimiento, con urbanizaciones modernas de casas y jardines y verdes glorietas, pero también como fue, gris y plomiza como sus trabajadores infatigables que en callado operar levantaban la España más básica de servicios y construcción, con sus farolas siempre fundidas por los vándalos rompecristales, sus pequeños robos y sus ganas de mejorar.

Había tenido sus buenas discusiones con Mángel por el lugar donde vivía. Su hijo, siempre insaciable, siempre con ansias de más y desesperado por romper con un pasado que despreciaba, se empeñaba en llevarla a vivir a La Moraleja o al barrio de Salamanca. ¿Qué iba a hacer ella allí, por Dios,

saliendo a pasear a diario por esas calles que no le decían nada, de tiendas incomprensiblemente caras y su clasista educación?

A ella le gustaba comprar el pan en Carlos y sus vestidos en Noelia y que su peluquera fuera Rosi. Y ahora Mángel le había regalado una mansión –sí, porque no se podía llamar de otra manera menos ostentosa a la enorme casa que había mandado construir en un solar en el Camino de Vasares, al lado del hospital Infanta Leonor. ¡Y solo el salón medía ciento cincuenta metros! ¡El doble que todo el piso entero del que fue su primer hogar!

Al menos, se consoló, le encantaba la decoración de interiores. A veces pensaba que Mángel le cambiaba tan a menudo de casa no solo porque él nunca estaba satisfecho con lo que le daba a ella, sino para que siguiera desarrollando su afición por los papeles, las telas, los muebles y los detalles.

Siguió la señalización para desviarse poniendo el intermitente. Le habían comentado que el carpintero al que se dirigía cobraba bastante menos de lo que debía por sus obras y encima daba casi todo lo que ganaba a la Asociación ARAM[1]. A Manuela le gustaban ambas cosas: que fuese barato y colaborar, a la vez que compraba, con una buena causa.

Le encantó el rótulo con el nombre de *La Almoneda de Ela* en letras naif y se negó a volver al pasado, donde el hombre con el que compartió su vida le llamaba así, Ela. No había vuelto a oír ese nombre nunca más. No era un diminutivo muy común en España.

Aparcó prácticamente en la puerta dado que tanto el tráfico como cualquier síntoma de actividad en aquel polígono era inapreciable.

La puerta, de madera rústica y cristal, hizo sonar el alegre colgante de accesorios metálicos al abrirse. Una vez dentro y distribuidas por doquier, podían verse todo tipo de muebles de mayor o menor medida: desde mesas auxiliares hasta enormes mesas de comedor, pasando por especieros, armarios, recibidores, trincheros, cómodas, sinfonieres... todos realizados en madera natural de primerísima calidad y muchos de ellos ya barnizados y pulidos hasta hacerlos brillar.

Maravillada, pasó sus delgados dedos por un aparador que, si no fuera porque le habían dicho de lo que era capaz el carpintero, habría pensado que era realmente antiguo.

–Buenos días, ¿puedo ayudarle? –La voz surgió a su espalda y produjo que todos los pelos del cuerpo se le erizaran al reconocerla. Se giró para enfrentar al hombre que le había hablado, mientras él, ajeno todavía a la identidad de su

visitante, se acercaba hacia ella.

–Puede echar un vistazo si lo desea... –Se cayó en cuanto la vio.

Manuela se llevó la mano, desnuda salvo por el pintauñas blanco, a la altura de la garganta.

–Ángel –murmuró sin poder creérselo.

–Ela. –Aunque no podía ocultar el asombro, el hombre con el que había estado casada y con el que legal y moralmente seguía casada se quedó quieto, a la espera.

–¿Q-qué haces aquí?

Con la misma sonrisa que le había enamorado y más arrugas en la cara, Ángel se puso una mano en la cadera y se apoyó con soltura contra una cómoda mientras acariciaba distraído un cabecero de cama.

–Trabajo aquí.

–¿Eres el dependiente?

Las cejas de él se alzaron en aceptación.

–Dependiente también, sí. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

–El padre Enrique, ¿te acuerdas de él?

Ángel hizo un gesto ambiguo que lo mismo podía significar que sí o que no.

–Me ha hablado fenomenal de este sitio. Creo que aquí arreglaron los bancos deteriorados de la iglesia. Me ha dicho que hay un carpintero excepcional.

–Eso ha dicho, ¿eh? –Ángel se rascó la barbilla, incómodo—. ¿Estás buscando algo concreto?

Todavía experimentando que su cerebro respondía con la inercia de la buena educación y aun sintiéndose extraña, después de tantos años sin verse y sin saber nada el uno del otro, Manuela se obligó a ser práctica y centrarse en su objetivo.

–Pues... venía a ver si encontraba una mesa de comedor bien grande, como para doce personas, rectangular y ancha.

–¿La quieres con las sillas a juego? ¿Y algún mueble más?

La idea tenía su mérito, desde luego.

–Pues... sí. ¿Hay?

Asintiendo, Ángel se dio la vuelta por donde había venido y le dijo que le siguiera. Manuela fue detrás pensando si realmente podía haber algo más surrealista que hablar de muebles y realizar una compra venta con un marido al que hace quince años que no ves y del que no sabías nada.

–Estoy terminando algo que a lo mejor responde a lo que estás buscando.

–¿Ter-terminando? ¿Lo estás haciendo tú?

–No veo a nadie más por aquí, ¿tú? –bromeó él.

La mandíbula de Manuela le llegó prácticamente al suelo y con un gesto que a ambos les recordó al pasado, Ángel le puso los dedos en la barbilla y le cerró la boca.

–¿Tanto te sorprende que trabaje?

–No, no, no, es que... bueno, sí. No esperaba encontrarte aquí, perdona.

Ciega y sin saber dónde pisaba, le siguió a otra sala, mucho más grande que la anterior, donde los trozos de madera convivían con astillas, piezas casi terminadas, olor a barniz y herramientas que Manuela no había visto nunca antes. Unas claraboyas en el altísimo techo daban paso a una enorme cantidad de luz sobre todo el cuarto que, con las paredes de ladrillo desnudas, hablaban de trabajo y soledad.

–Es esta.

Por un momento Manuela no supo de qué le estaba hablando hasta que dejó de mirar a Ángel para centrarse en la mesa que él acariciaba como si del rostro de una mujer se tratara.

El tablero era de caoba oscura, todavía sin pulir. Los dos frentes eran ligeramente curvos, formando un perfil rectangular de dos metros y medio de ancho por tres y medio de largo. Con el mismo oval que la cabecera, alrededor de una decena de sillas y dos butacas descansaban cercanas, forradas en piel marrón con tachuelas, ofreciendo un aspecto de elegante abandono.

–Es exactamente lo que andaba buscando. –Suspiró sorprendida.

–Me alegro. Me gustará mucho pensar que la tienes tú. –Aunque no quiso imaginarse a quiénes sentaría en esa mesa, con quiénes compartiría momentos especiales y festividades.

Manuela le miró. Nunca había sabido qué responder a los piropos directos.

–¿Qué haces aquí, Ángel? ¿Cómo has terminado aquí?

Él la miró, sopesándola. Sus ojos, profundos, eran los mismos que recordaba.

–¿Tienes prisa o puedes tomarte un café conmigo mientras te lo cuento?

–¡Ay, Dios mío, Charo!

—Algún día tendría que pasar, mujer. El mundo es un pañuelo, y Madrid más. Ya era muy raro que ningún conocido supiera decirte nada de él. Si no estaba muerto lo lógico era que en algún momento os volvierais a encontrar. ¿Cómo estás?

—¡No lo sé!

Manuela no había sido capaz de esperar a llegar a casa para llamar a su íntima. Con una calma que desmentía al hombre vivaz y atractivo, airado y apasionado, cabezota e impaciente con el que había vivido, Ángel le había llevado a una pequeña pero hogareña cocina tras atravesar un luminoso patio abierto donde los geranios saludaban alegres y rodeaban una mesa circular de hierro forjado con dos sillas pintadas en blanco. Las hierbas aromáticas crecían silvestres por doquier otorgando a aquel rincón un sabor reminiscente a la Toscana.

La cocina, con muebles hechos a mano, contaba con una amplia mesa para cuatro en blanco matado. La tetera añeja y una cafetera de flores que el propio Ángel —quién lo hubiera dicho— dispuso en una bandeja metálica junto a dos tazas grandes de desayuno en azul turquesa.

Amable, y por primera vez en mucho, mucho tiempo, más del que llevaban sin verse, con ánimo de escucharla, le preguntó por Mángel y quiso confirmar o desmentir los rumores de la prensa sobre sus éxitos empresariales y sus conquistas mujeriegas. Le preguntó por ella, se interesó por su estilo de vida, su actividad en Cáritas y en el Banco de Alimentos y le preguntó por antiguas amistades que él había voluntariamente abandonado. Sonrió plácidamente cuando ella le habló de las curiosidades de los hijos de amigos comunes.

Y por un instante, en esa cocina donde fue llegando la noche y donde ninguno de los dos se atrevió a levantarse siquiera a encender la luz por temor a romper el clima que habían creado, Manuela se olvidó de su agenda y de lo que fuera que tuviera pendiente. Esas horas hasta que se hizo tan de noche que no pudieron ni ver, fue como encontrarse en un barco en medio del mar. No hubo llamadas que les interrumpieran, ni silencios incómodos, no oyeron a ningún otro ser humano. Ambos experimentaron un momento fantástico arrancado de la realidad y el café se quedó frío en la taza y nunca se llegó a servir el té.

—Hasta físicamente ha cambiado —dijo por fin a su ansiosa oyente. Se había parado, apenas a un kilómetro de la carpintería, para llamar a Charo y poder desahogarse cuanto antes. —Ha adelgazado. —La prominente barriga de bebedor

había ciertamente desaparecido, así como los pómulos caídos y arrugados como pergaminos—. Y sin embargo, está más grande, más fuerte. —Y recordó apreciativa los hombros rectos, los brazos musculosos que se vislumbraban con la camisa recogida de los antebrazos—. Es un desconocido —sentenció al fin—. Seguirá legalmente siendo mi marido, pero no sé nada de este hombre. — Y, se dijo a sí misma, él tampoco se lo había contado. La había dejado hablar y hablar y la había preguntado sobre tantas cosas que cuando llegó el momento de partir, seguía sin saber cómo un obrero de la construcción, alcohólico y con tendencias violentas, había terminado siendo un increíble carpintero, meditabundo y que sabía escuchar y un auténtico artista con las manos.

[1] ARAM: Alcohólicos Rehabilitados Asociación Madrileña.

Capítulo ocho

El lunes, Marta llegó al trabajo recibiendo la noticia de que Mángel quería verla en cuanto llegase. El tono serio de Claudia y una mirada en sus ojos que no supo captar del todo le retornó a sus antiguos miedos. ¿Por fin la habrían pillado? No tuvo mucho tiempo de elucubrar, puesto que había sido citada de inmediato. Colgó su gabardina en el perchero común que compartía con las otras compañeras, y alisándose la falda plisada con manos nerviosas se dirigió hacia el presidente de la compañía. Se recordó que aunque algo distante y malhumorado, prácticamente habían pasado todo el sábado juntos. Sabía que el hecho de que hubieran jugado y comido juntos, sentándose al lado en una mesa para seis en el comedor reservado para altos directivos, había estado en boca de más de uno. Imaginó que ninguno podría entender qué pasaba con aquella secretaria recién incorporada para que el dueño de la empresa la hubiera escogido. Y la propia Marta también se lo preguntaba, insegura de si él se acordaría de aquella niña de tantos años atrás a la que no volvió a ver.

Llamó con los nudillos en la puerta y, en esta ocasión, esperó a oír la autorización para entrar.

–¡Adelante!

Mángel estaba tras su mesa de despacho, centrado, como siempre, en una montaña de papeleo que contrastaba con su moderno y extraplano ordenador. Las gafas de pasta le daban un aire de seriedad y respetabilidad que perdía con la chaqueta quitada y las mangas remangadas sobre los morenos y venosos antebrazos.

–Claudia me ha dicho que querías verme.

–Siéntate –asintió él señalándole las sillas de delante de su mesa.

Marta estaba cumpliendo la orden cuando recordó que había venido sin cuaderno de notas.

–¡Ay! Se me ha olvidado el bloc. Voy a por él un momento –dijo mientras se terminaba de incorporar para salir.

–Déjalo. No vas a escribir nada.

–¡Ah! –Y se le quedó mirando, a la espera.

Pero Mángel sabía jugar fuerte y se la quedó mirando a ella. Un brazo cruzado sobre la mesa y el codo del otro apoyado sujetando su barbilla.

–Marta Sánchez de Prada –dijo en voz alta, como si confirmara que verdaderamente aquel era el nombre de la mujer ante él

–Ajá. –Marta sintió que se apocaba. ¿A qué venía de repente aquello?

–¿Así que Secretariado Internacional por el Meryland, no?

Se ordenó a sí misma no hacer un gesto de la cara ni del cuerpo para no transmitir la ansiedad que empezaba a sentir.

–Creí que acabarías haciendo Filología o Historia, la verdad, con todo lo que te gustaba escribir y lo que disfrutabas leyendo novelas ambientadas en épocas pasadas...

Como por obra de un milagro, el rostro de Marta se iluminó; sus ojos, antes temerosos y cautos, desprendieron ahora un brillo risueño; y su boca, hasta aquel momento torcida en algo parecido a un mohín, se distendió suavemente alargándose hasta completar una sonrisa que le cubrió la cara entera haciendo pasar a la joven de bella a espectacular. Mángel sintió que, aun sentado en su silla, se caía, y que su corazón, de normal tranquilo y fiel, daba un brinco que bien podía preceder a un infarto.

–Entonces, ¿te acuerdas de mí? –le preguntó ella–. ¡Pensé que no habías caído en quién era yo! Como no habías dicho nada...

–Tampoco tú has dicho nada todos estos días –cortó él su euforia tajante, molesto consigo mismo por todas las sensaciones que ella le estaba provocando.

Nuevamente, la sonrisa desapareció de su rostro y Mángel se sintió mejor. La incomodidad de ella le daba seguridad. No quería que ella le recordase el tiempo en el que se conocían, quería que le pidiese disculpas por lo que hizo, no que se le iluminara la cara como una bombilla de ciento veinte vatios como si no hubiera pasado nada.

–Estamos con tus estudios. ¿De qué año a qué año cursaste en el Meryland?

Esa se la sabía. Coincidió exactamente con la época en que su madre estuvo hospitalizada. Pero tragó saliva antes de responder.

Como vio que dudaba un poco, Mángel intervino.

–A lo mejor necesitas mirar lo que has puesto en el currículum.

–No, claro que no –dijo diciéndole los dos años que había pasado supuestamente haciendo el curso de secretaria de dirección.

–Lo digo porque no consta que estudiases en esos años. –Mángel señaló una carpeta amarilla a su lado. Era un extenso informe que le había pasado Rullatis. Lo estaba empezando a pasar pipa viendo el rostro de culpabilidad de ella. La chica no servía para apostar. Era un pececillo nadando en aguas peligrosas y él era un tiburón jugueteando con ella antes de comérsela. Se repantingó en su asiento sintiéndose superfeliz–. Por eso te decía si a lo mejor querías mirar lo que hay puesto en tu currículum... A lo mejor ha habido un error.

–No sé qué quieres decir.

–Yo creo que estoy siendo meridianamente claro. –Y se permitió dedicarle una pequeña sonrisa–. Que no consta en ningún lado que estudiases en el Meryland.

–Tengo el título en casa –dijo Marta, que sintió que se mareaba aun sentada–. Se lo traje a los de Recursos Humanos cuando formalizamos el contrato.

Mángel se echó hacia delante en la mesa y apoyó la barbilla en las dos palmas de sus manos.

–¿En serio? ¿Y de verdad crees que con ese papel que has conseguido puedes colarla en una empresa como esta? No llevas aquí ni, ¿cuánto?, ¿seis meses?, y ya ha saltado la liebre...

Marta tragó saliva y se quedó mirándole con los ojos agrandados por el miedo tratando de interpretar las inexistentes expresiones faciales de él.

–Necesitaba un trabajo –dijo al fin.

–¿Y por qué aquí? –Sorprendido por su propio genio, Mángel se observó extrañado dando un involuntario y ruidoso golpe en la mesa–. ¿Acaso pensaste que como nos conocimos en el pasado no iba a pasar nada? ¿Que podías aparecer por aquí, mi empresa, donde me he dejado los cuernos, y burlarte de mis empleados haciéndote pasar por uno de ellos sin que nadie se enterara? ¿Acaso crees que la regalada existencia que has tenido siembra tu alrededor de algodón evitándote los malos tragos allí por donde vas?

–No, claro que no. Yo... –Marta se quería morir. El genio de Mángel le asustaba. Aquel hombre enfurecido no tenía nada que ver con el Mángel calmado de antaño que la miraba siempre con aprobación. El desconocido ante ella con todo el poder de gobernar su mundo parecía capaz de lanzar toda la fuerza de su enfado con las peores represalias–. Yo... solo quería un trabajo.

Márgel se ordenó calma. Y fingiendo una tranquilidad que no sentía se volvió a reclinar.

—No soporto a los mentirosos. Puedo aguantar cualquier cosa. Estoy rodeado de soberbios y codiciosos. Pero la mentira es asquerosa. Y siempre —la miró fijamente y enarcando una ceja—, siempre se acaba pillando a los mentirosos y ni siquiera entonces son dignos de lástima.

La joven permaneció callada, incapaz de hacer un alegato en condiciones para defenderse. Sabía que vendría el castigo antes o después. Se preguntó si debería levantarse en ese mismo momento simplemente para dimitir de su trabajo o si el hombre que la miraba con tal expresión de repulsa exigiría que devolviera los sueldos ganados (que, por cierto, ya había gastado) o incluso si la denunciaría a la policía.

—Esto no se puede quedar así. —Le molestó que ella permaneciera impasible ante él. ¿Es que ni siquiera iba a llorar o a suplicar?—. Como comprenderás no puedo permitir que quedes indemne. No me doy por satisfecho solo con un despido procedente. Nos has tomado el pelo. Con tu fechoría pones a esta empresa y su capacidad en entredicho; y no lo voy a consentir.

Marta supo que su corazón había dejado de latir. Tenía la garganta seca.

—Lo siento mucho.

—¡No basta! —Como se volvió a encolerizar, respiró hondo—. Vas a compensarme.

—¿Có-cómo?

—Necesito alguien que se haga pasar por mi novia —dijo como si estuviera hablando de un nuevo tipo de empleo—. Quiero dejar de salir con mujeres durante una temporada, pero en cuanto saben que estoy libre, no dejan de darme la lata.

Marta estaba tan sorprendida por el cambio de tema que no supo cómo reaccionar. No había alarde en su malhumorado tono. Solo hacía constar una realidad.

—Vas a simular ante todo el mundo —y la miró para comprobar que entendía—, ante todo el mundo —repitió—, que sales conmigo. Y vas a hacer el papel de enamorada novia mía hasta que me canse o quiera comenzar a salir con otra mujer. Estarás disponible para acompañarme a cuanto evento y salida te solicite, sin pegos. En ti queda si sigues queriendo trabajar para poder seguir teniendo sueldo porque, lógicamente, por este servicio extra no vas a percibir ninguna remuneración.

–¿Qui-quieres que finjamos que salimos juntos?

–Exactamente. Pero no solo eso. Quiero que seas una novia de lo más placentera. Irás donde yo diga que vayamos y harás lo que yo diga que hagamos. Te presentaré como mi novia y tú no me desmentirás ni ante tus amigos y familiares. De cara a todo el mundo y mientras yo así lo quiera, serás la mujer que sale conmigo.

Marta sintió que se le ponían los pelos de punta. Aquella conversación había dado un giro tan radical que todavía no sabía cómo reaccionar.

–Un noviazgo de mentira, entiendo... ¿Y si no acepto...?

–Estarás despedida. En el acto. ¿Crees que puedes volver a encontrar trabajo con referencias negativas de mi compañía?

Él la miró lo más ofensivamente posible que pudo y añadió:

–Un noviazgo completamente falso. Ni en tus mejores sueños podría ser de verdad. Es solo temporal y absolutamente ficticio –y aclaró–: en todos los sentidos. Claudia te irá informando de lo que necesites saber. –Mirando su Rolex en la muñeca derecha, la echó–: Y ahora, si me disculpas, tengo una reunión importante.

Se levantó mientras se alargaba las mangas de la camisa y se volvía a poner la chaqueta del traje gris marengo que llevaba.

Marta se quedó allí sentada a pesar de que hacía al menos cinco minutos que Mángel había desaparecido de su despacho. Sabía sin lugar a dudas que las piernas no le sostenían.

Le habían pillado. La posibilidad había cruzado por su cabeza la primera vez que rellenó su currículum inflándolo, así como cuando presentó el título falso. Pero todo lo que se había imaginado había sido un despido inmediato sin ningún tipo de indemnización o incluso alguna amenaza para que devolviera alguno de los sueldos pagados.

Suspiró temblorosa. No la habían despedido. Podía seguir cobrando su sueldo y seguir pagando sus deudas. Ya se enfrentaría en su momento a tener que acompañar a Mángel a cualesquiera que fueran sus actividades habituales no profesionales.

Se levantó, como una anciana, de la silla. Sintió, como ya le había pasado alguna otra vez desde la muerte de su madre, que el peso del mundo era demasiado para sus delgados hombros y, no queriéndose dejar llevar por la melancolía ni la cobardía, se acogió a su lema vital: “al día”. De momento, el día de hoy estaba a punto de acabar y aún conservaba su empleo. Ya era algo.

Capítulo nueve

Había sido visto y no visto. Como ocurría con todo alrededor de Mángel. Él no tenía más que mover una ceja e inmediatamente, bajo la sutil pero inflexible mano de Claudia, sus deseos se cumplían. Tras haber acordado que fingiría ser su novia, Mángel le había dicho que no tendría una novia viviendo en el barrio de La Ventilla. Cómo sabía él dónde vivía ella era algo que escapaba a Marta, pero dedujo que la información había llegado a él de la misma forma que su mentira sobre el Meryland. Desconocía si se había puesto a investigarla al enterarse de que estaba contratada en su empresa o si la habían pillado por investigación protocolaria. El caso es que ahora iba a vivir por tiempo indefinido en las dependencias privadas que se encontraban al otro lado del despacho de Mángel dado que se había negado, de manera innegociable, a vivir ni con él, ni en un piso de su propiedad.

–Cualquiera que me conozca, Mángel, sabe que no me iría a vivir con un tío con el que acabo de empezar a salir. Nadie se lo creería y perderíamos veracidad.

–Cualquiera que me conozca a mí sabe que no tendría a una novia viviendo en un cuchitril.

–No es un cuchitril.

–Lo es. Así que elige dónde vas a vivir, pero vas a dejar de hacerlo ahí ya.

Le había ofrecido un piso en el barrio de Salamanca, “al lado de casa de tus tíos”, propiedad de él, pero solo la cercanía con sus parientes había inclinado la balanza al no. Por otro lado, bajo ningún concepto pensaba aceptar que él la tuviera “mantenida”. Y entonces Mángel había dejado caer que podría dormir allí mismo hasta que se decidiera otra cosa, puesto que él nunca usaba esa parte de la oficina.

Al contrario que el resto de despachos y habitáculos de la Torre Espacio, tan abiertamente acristalados, el pequeño salón, el dormitorio, el cuarto de baño y la cocina que iban a ser ahora su hogar, daban la imagen de un pequeño apartamento con sus paredes lisas en tono gris claro, sus ventanas dando a un patio interior de cristal opaco y su elegante pero minimalista decoración.

Esa misma tarde, Claudia le había pedido las llaves de su piso y le había informado que había puesto fin a su contrato de alquiler, liquidándolo.

Cuando Marta había dicho que ya se encargaría ella personalmente de trasladar sus cosas, pensando en pedirle ayuda a alguna amiga así como un coche en préstamo para hacerlo, la secretaria general le informó que harían la mudanza operarios de absoluta confianza y ahora se había encontrado con que hasta su taza de desayuno, un regalo que le hicieron por su cumpleaños, estaba perfectamente limpia en los niveles estantes de la cocina.

En el dormitorio, la ropa había sido dispuesta en los armarios colgada en perchas por colores y tipos de prendas y hasta sus botas y zapatos –lo único de más calidad en lo que solía gastar– parecían más brillantes que antes, en su nuevo emplazamiento exclusivo para ellos.

Todo, la elegante y confortable cama de matrimonio que parecía de hotel de cinco estrellas con su colcha en crudo, las mesillas de noche en blanco matado, las flores naturales sobre una mesilla, suponían una irresistible mejora comparado con su anterior hogar.

Se dijo que lo único que tenía que hacer, ya que no estaba en su mano cambiar las cosas, era disfrutarlo mientras durase y enfocarlo como un regalo a pesar de que en el fondo le diese pena que la relación con Mángel se fuera a basar en una coacción.

Unos golpes en la puerta de la entrada la sacaron de sus pensamientos. Claudia, correcta como siempre, se acercó con una carpeta en la mano.

–¿Está todo a tu gusto? Por favor, no dejes de decirme si notas que falta algo o necesitas cualquier cosa.

Marta la escrutó mientras le daba las gracias, desconociendo si la secretaria sabía por qué estaba ella allí.

–Me ha pedido Manuel –Marta ya se había acostumbrado a que Claudia era de las pocas del personal, sino la única, que le llamaba por su nombre de pila– que te haga una copia de su agenda y te señale las reuniones o eventos a los que quiere que le acompañes.

–Gracias.

–Y otra cosa. –Ahora la mujer parecía algo indecisa–. Si vas a necesitar comprarte ropa para acudir a algún sitio: trajes de noche, vestidos de fiesta, calzado, lo que sea... –Marta sintió que se ruborizaba. Quedaba claro pues que Claudia no se engañaba respecto al tipo de relación que tenían Mángel y ella– lo compras y me pasas el tique o la factura y te lo devolvemos o, si

preferies, te adelantamos el dinero.

“Ni en sueños”, se dijo Marta. Ni loca iba a permitir que Mángel le comprara nada. En ese sentido, la vida le había enseñado que hoy en día se podían comprar prendas que cumplían su papel perfectamente en tiendas de muy bajo precio. Y no le importaba si Mángel prefería que llevase para salir con él diseños de alta costura. No era tonta, sabía que un diseñador era mucho más que lo que se veía a simple vista. Había heredado suficientes prendas de su prima Alejandra en el pasado como para no apreciar las texturas, la durabilidad, la hechura, la caída, etcétera, de un buen costurero. Pero también sabía su presupuesto y creía tener un gusto y estilo propios lo suficientemente finos y certeros como para comprar en tiendas de saldos e ir digna y apropiada a cada ocasión.

Así que le dio las gracias a Claudia con la seguridad de que no pensaba hacer uso de la generosidad de Mángel.

La secretaria pasó a enseñarle algunas peculiaridades del apartamento diseñadas para hacer más cómoda la estancia: los armarios aparentemente normales pero con perchas giratorias mecánicas en el interior que optimizaban el espacio y lo multiplicaban; las persianas automáticas que se subían y se bajaban con solo apretar ligeramente un botón; los sensores de luz; la alarma; el intercomunicador –situado en varias de las dependencias– para contactar con Seguridad, la propia Claudia, o cualquier otro departamento de la compañía; los modernos electrodomésticos de la pequeña cocina, así como el menaje y el armario de la ropa blanca.

Le informó de que le vendrían a limpiar a diario y de los cambios de sábanas y el servicio de lavandería y de que podía encargarse al restaurante de abajo cualquier comida o alimento que deseara. Marta pensó de nuevo que utilizaría la lavadora y haría sus propias compras en DIA.

Pero lo cierto era que iba a vivir mucho más cómodamente y sin tener que pagar un alquiler, lo que sumado a que iba a mantener su trabajo, le ofrecía la posibilidad de incrementar la cuota que se había estipulado ella misma en su plan de devolución y que su tío había dado por bueno.

No veía el día en que se librara de la dichosa deuda y cada vez que pensaba así se sentía culpable ya que, gracias a ese dinero, su madre había estado mejor atendida en sus últimos momentos.

Manuela tenía la boca seca. Ángel había dejado un recado en el contestador de su móvil. Su voz, tan similar a la que recordaba de él, algo dubitativa por hablar con la máquina, pero igual de masculina y brusca, le anunciaba que ya estaba la mesa terminada del todo.

No había podido contestarle. Al salir de la peluquería y escuchar el mensaje había impulsivamente conducido hasta allí.

Qué distinta era hoy, sabiendo que lo iba a ver, de la mujer que vino por primera vez a aquel taller. Cómo examinaba todo ahora, no desde la candidez de no conocer al dueño, sino con la curiosidad de confrontar aquel idílico escenario con el hombre parco en palabras, taciturno y absolutamente hostil con el que había terminado casada, y se dijo que quizá aquel lugar que tan especial le había parecido nada más verlo, tenía más que ver con el hombre del que se había enamorado a sus tempranos quince años que con el alcohólico irascible en el que se había convertido.

Y ¿qué hacía ella allí otra vez? Notaba que el corazón le palpitaba, la boca estaba seca y sentía... susto. Y sin embargo, se dio cuenta de que no tenía miedo, en absoluto. Nunca lo había tenido de Ángel. A él se le habían ido las manos, y mucho –cómo lo lamentaba, tanto como si fuera ella misma quien lo hubiera hecho–, con Mángel, pero a ella jamás la tocó, al menos no violentamente, y desde luego, jamás intencionadamente. Se estremeció recordando los otros modos en que le habían tocado esas grandes y fuertes manos que parecían hacer ahora auténticas obras de arte.

Al ir distraída estuvo a punto de chocar con el protagonista de sus pensamientos. Parpadeó un par de veces hasta que se dio cuenta, ruborizada, de que él la tenía entre sus brazos.

Reconoció el olor a él que tan solo las altas dosis de alcohol habían conseguido borrar y se sintió débil.

–¡Epa! ¡Te tengo! ¿Estás bien?

Solo pudo asentir, confundida. Sintió frío cuando sus brazos la soltaron, pero la ayudó a recomponerse.

–Sí... sí. Oí tu mensaje –consiguió pronunciar

–Entra, a ver si te gusta cómo ha quedado –la invitó, apartándose de ella para cederle el paso.

Manuela pasó su mano por la delicada superficie pulida de madera.

–Es exactamente lo que quería –pudo decir al fin cuando la vio, mientras admiraba el perfecto acabado–. No puedo creer que la hayas hecho tú.

Ángel la miraba a ella en lugar de a la mesa. Cruzado de brazos contra la pared, con unas cuantas pinceladas de canas aclarando su espesa cabellera castaña, la estudiaba sin decir nada. Se encogió de hombros.

–He cambiado la construcción de edificios por la construcción de muebles. No es tan diferente.

–Estás diferente tú –le enfrentó.

–Eso espero, Manuela, porque me ha costado mucho llegar hasta aquí.

–Cuéntamelo –pidió, acercándose a él. Quería, necesitaba saber qué había sido del hombre con el que se había casado y que tan drásticamente había desaparecido de su vida para no volver a saber nada más de él–. El otro día solo hablé yo.

–Hoy es de justicia, pues, que lo haga yo –admitió él.

Manuela se debatió entre llamar o no a Mángel. Había pocas cosas que ocultaba a su hijo, al menos no deliberadamente.

Todavía recordaba la última vez que se habían visto padre e hijo. Si no se habían matado había sido porque ella se había interpuesto, había llorado y se había enfrentado a Ángel, pensando equivocadamente que él era el más fuerte de los dos contrincantes. Siempre había pensado que Ángel no sentía amor por su hijo, que la bebida que le embotaba la cabeza le había embotado también el corazón.

La casa, con la adolescencia de Mángel, había estado llena de fuertes discusiones, portazos, tortas en la cara y empujones. Hasta que Mángel, hiperdesarrollado a sus tan solo dieciséis años, había devuelto, enrabiado y ofendido, el golpe y ambos se habían enzarzado en una horrible pelea que todos querían olvidar pero que había supuesto la ruptura de aquella espantosa familia que eran.

Hacía mucho tiempo de aquello, se recordó, y era absurdo que le volvieran a aparecer las ganas de llorar. Pero no podía dejar de preguntarse, ahora que se había reencontrado con Ángel, qué había sido de aquella joven casi niña que se casó y de todos los sueños de formar una familia y amar y ser amada con los que ella se había hecho mujer. Y ¿qué había sido del hombre apuesto, trabajador, que se comprometió a cuidarla y a luchar por hacerla siempre feliz?

¿Qué había sido de ese hijo, el único que Dios les había concedido, que ella

había soñado crecería a su lado y se convertiría en un hombre feliz? Porque, a fin de cuentas, ahí estaba la clave y precisamente había sido Ángel el que lo había puesto sobre el tapete el primer día que se vieron. En el rato en que ella le había estado contando de los triunfos de Mángel, que su padre parecía ya conocer, él había preguntado, con esa nueva parsimonia que parecía ser su característica principal:

–Todo eso está muy bien, pero ¿es feliz?

Y Manuela se había tenido que reconocer a sí misma que no, que su hijo no era feliz. Tenía un aire de inquietud en su mirada, como un animal hambriento. Había trabajado durísimamente, quizá no, como sí había hecho su padre, con trabajos físicos, pero nadie podía cuestionar el esfuerzo que le había supuesto llegar adonde estaba.

Su hijo, que siempre había renegado de su parado progenitor, que desde pequeño se había buscado trabajos para sacarse unas perras, que había llegado a la cima del poder, no era feliz. Era así de simple.

Se recordó que no tenía por qué serlo, ya que el dinero y el triunfo profesional no eran garantía de nada. Ella había sido muy feliz, se recordó, calculando cada una de las antiguas pesetas para llegar a fin de mes, cosiendo sus vestidos y haciendo ella misma la ropa de Mángel, inventando menús siempre pobres en carne y verduras y excesivos en patatas y arroz y agradeciendo las veces que se podía aspirar a algo más que a albóndigas con mucho más pan del que correspondía, o sacando más dinero de limpiar en casas del vecindario. Acababa sus días exhausta, pero era feliz porque Ángel y ella se querían como no creía que se pudiera querer nadie más y habían tenido un hijo sano y hermoso.

Hasta que la crisis había llevado a Ángel al paro y a la depresión y a beber y beber hasta gastarse todo el dinero que no tenían en más bebida y alguna que otra apuesta con los amigos.

Entonces todo su mundo se había ido a pique y habían permitido que su hijo navegara por aquel desastre con ellos también.

Y ahora no se atrevía a decirle a su hijo que aquel padre que él recordaba completamente animal, irascible e irracional y que había desaparecido estaba de vuelta.

¿Qué debía decirle a Mángel?

Se conminó a esperar. Todavía no tenía por qué decirle nada. A fin de cuentas, tampoco Ángel había expresado ningún deseo de reencontrarse con su

hijo. Daría tiempo a las cosas. Ella volvería a verle, no solo por el tema de la mesa, sino porque así lo habían acordado. No sabía qué quería Ángel de ella, pero cuando le había preguntado si le importaba que la llamase de vez en cuando, Manuela había accedido sintiendo un extraño cosquilleo tan parecido a los que había sentido de adolescente que se sintió rara. Rara, sí. Pero viva. Y feliz y ansiosa y asustada. Se obligó a tranquilizarse pero no podía. ¿No era al fin y al cabo ese hombre todavía y legalmente su marido? ¿Qué si quería recuperar con ella al menos la amistad que habían tenido hasta que él había caído en la red del alcohol? Y, para qué negarlo, a ella le producía muchísima curiosidad este nuevo hombre, tan parecido al que ya conocía y a la vez tan absolutamente desconocido. ¿Era tan extraño que quisiera tratarle? ¿No era lógico sentir curiosidad por él?

Marta estaba tan concentrada en su teclado del ordenador que no vio la rechoncha figura vestida de negro hasta que la tuvo prácticamente en las narices.

No era que no hubiera visto antes a un cura, ya que había estudiado en un colegio de monjas y semanalmente tenían la misa de la clase, es que un sacerdote era lo que menos que se podía esperar en el ambiente de trabajo, y menos aún que se acercara como Pedro por su casa, saludara a Claudia como si de una vieja amiga se tratara y no hiciera falta ni anunciarle para entrar en el despacho de Mángel y, Marta estaba segura de ello ya que había pasado la agenda del día ella misma, él no lo esperaba.

–¡Enseguida salgo! –le dijo antes de desaparecer por la puerta.

Marta sintió que la barbilla se le caía a la mesa. No se podía imaginar que tenía un eclesiástico que hablar con Mángel, pero absorbida como estaba por su labor siguió trabajando decidiendo que si Mángel no quería aquella visita ya se habría encargado la propia Claudia de evitar que llegara hasta allí.

Casi una hora más tarde la puerta del despacho se abrió y ambos hombres salieron hablando cordialmente.

–Marta –la llamó Mángel–, creo que no conoces al padre Enrique.

Marta, educada, se levantó y alargó su mano al visitante. Había pocos hombres tan bajitos como ella, pero se dio cuenta de que el religioso tenía los ojos a su misma altura.

–Ten cuidado con él, que es un liante –bromeó Mángel en lo que parecía un

dechado de humor que pocas veces le había visto emplear con nadie.

–No sé por qué dices eso. Hace ya mucho que no te meto en nada nuevo.

–¿Cómo puedes decir tal cosa? Si me acabas de sacar un cheque por más de seis ceros.

–Eso es diferente. Eso no es liarte. Eso es quitarte peso de encima. ¿No estás de acuerdo –se congració con Marta– con que es necesario quitarle un poco de dinero de encima para que esté más libre?

Marta sonrió la broma y como le habían educado en dar a los demás, no solo por generosidad, sino también por un tema de justicia social, asintió convencida.

Por su parte, y a pesar de discutirle al cura medio en broma, Marta se dio cuenta de que Mángel no parecía realmente enfadado.

La curiosidad pudo con ella y preguntó:

–¿Hace mucho que se conocen?

–Trátame de tú, hija mía, si no, no sé a quién te estás dirigiendo –la cortó divertido el sacerdote–. Y sí, conozco a este pieza desde hace lo menos veinte años. Y me aprovecho de nuestra amistad para sacarle todo el dinero que puedo.

–Hace bien –dijo Marta convencida–, tiene más del que necesita.

Mángel arqueó los ojos. Estaba de buen humor y se notaba, así que la joven siguió picándole.

Cuando el cura se marchó, después de acompañarles ambos hasta el ascensor, Mángel le preguntó:

–¿Qué? ¿Tanto te asombra que tenga un amigo cura?

–Pues la verdad es que... no. Siempre has sido en el fondo un blando.

Verla tan segura de sí misma y de creer que le conocía le indignó.

–No pienso ser blando contigo, no te confíes –le espetó. Y la dejó allí con la amargura de tragarse su mala contestación y haber roto un clima que había facilitado la visita del padre y que había desaparecido con su marcha.

Odiaba que la gente pensara de él que era un blando y alguien de quien se podían aprovechar. En cuanto tenía dinero aparecían los buitres, era sistemático. Ciertamente que el padre Enrique no solía pedir nada para él. Tenía su sueldo de la diócesis y daba clases en un instituto y a Mángel le constaba que se lo gastaba antes de que acabara el mes dándoselo a cualquiera que se encontrara que lo necesitara más que él. No se refería al cura que, a fin de cuentas, tenía en su profesión el pedir.

Él pagaba sus impuestos y cada céntimo que era necesario para que cada trabajador estuviera en regla desde el primer día que empezaba y cada trabajador que había en su empresa desempeñaba un trabajo que valía cada céntimo que ganaba. Él no le regalaba nada a nadie y odiaba que se pensaran que las iniciativas de mejora social y laboral que implantaba en su empresa (sanidad, guardería, bonos, gratificaciones...) se entendieran como que él era un bobalicón y un derrochador sin nada mejor que hacer que tirar el dinero. Es verdad que había dado vía libre al padre Enrique para construir la capilla en la planta treinta y tres y para que organizara lo que quisiera allí y, de hecho, le constaba que celebraba misa a diario. A pesar de no ser él una persona muy religiosa, respetaba y admiraba la necesidad de la gente de acudir a un Dios a pedir cuando las cosas iban mal o dar las gracias cuando iban bien. Consideraba además que ofrecer este tipo de facilidades en el ámbito laboral eran un aliciente para el trabajador alentando la vida laboral. Él había pertenecido a la clase trabajadora y valoraba y sabía apreciar lo que unos buenos incentivos mejoraban el ánimo para trabajar. ¡Pero no era un imbécil del que se pudieran aprovechar! Y Marta, probablemente porque no le había despedido y porque acababa de ver a un cura en su despacho con un cheque, se pensaba que no era capaz de hacer lo necesario para vengarse. Pero lo era.

Capítulo diez

–Es la segunda vez que te trae Mángel Segarra a casa. ¿Dónde has estado? ¿De dónde vienes? –La garra en su brazo de su prima Alejandra le cogió por sorpresa cuando, al abrir con cuidado de no hacer ruido la puerta de entrada a la cocina, se encontró de repente fuertemente asida por ella. Estaba enfundada en su bata rosa con florecitas, el pelo suelto y largo sobre los hombros y la cara tan crispada como siempre que se enfadaba.

–Vengo de casa de los Bronzal.

–¡No me mientas! –Su tono de voz era tan alto que Marta supo que sus tíos no tardarían en llegar a ver qué pasaba.

Marta se encogió, Alejandra seguía apretándole los brazos y a pesar de la ropa invernal sentía los dedos incrustarse en la carne.

–¡No te miento! –E, inocente, sacó del bolsillo del abrigo el dinero que acababa de guardar allí con lo que se había ganado trabajando. –Puedes llamarles mañana si quieres. He estado trabajando.

–¿Entonces qué haces con él y por segunda vez? ¿No sabes que es un chulo que no puede querer nada tuyo? –le preguntó mientras la zarandeaba sin importarle que a Marta se le cayera el dinero de las manos.

–¡Yo no tengo la culpa! –se defendió en primer lugar antes de que su prima la pegara–. La otra noche me salvó cuando me paró una pandilla que me quería robar. –Recordó asustada–. Mángel se peleó con ellos y me trajo a casa. ¡Eso es todo!

Los ojos de Alejandra se iluminaron de interés.

–¿Se peleó delante de ti? ¿Y por ti? –preguntó con gesto de extrañeza.

–Ya lo sé. –En su humildad Marta asumió que ella no era digna de que nadie se pegara por ella–. Pero el caso es que lo hizo. –Compartió su asombro con Alejandra.

–¿Y cómo no me lo habías contado antes?

Reconoció enseguida la actitud de su prima. Ahora lo que pretendía era sacarle el máximo de información. Se mostraría curiosa, impresionada y hasta haría una serie de gestos de cariño. Hasta hacía poco, Marta se hubiera

derretido del gusto, le hubiera contado todo, hasta sus sentimientos, encantada y feliz de disfrutar del afecto y la admiración de su prima. Pero los cambios de humor de Jandra le habían enseñado a ser cauta y a no creerse ya nada y no pensaba deshacerse ante ella. Le sonrió, animada, se preguntó otra vez más qué tenía ella para que su prima no la quisiera y comenzó a contarle selectivamente lo que no le comprometiera. Pasó demasiado tiempo hablando de sus acosadores y sin embargo fue muy parca en palabras sobre Mángel.

—¿Y no habéis hablado de nada? —insistió Alejandra una vez más.

Marta se encogió de hombros. Lo peor era que su prima sabía que estaba mintiendo y, por desgracia, se le notaba en la cara.

—Es que me corta mucho... —Sabía que era esta la mejor manera de que su prima le creyera: haciéndose la tonta.

—¡Qué pava eres, por Dios! Todo el cole mataría por una oportunidad como la tuya. Y tú lo tienes ahí, dos noches, y no le sacas nada.

Marta se encogió de hombros con cara de “qué se le va hacer”, “soy así de imbécil” y consiguió escurrirse hacia su cuarto.

Lo más rápido que pudo para que su prima no volviera a darle la lata, se puso su pijama y se metió en la cama con la luz apagada. El corazón le latía con fuerza. Se preguntó, como mil veces había hecho antes, qué había en ella que producía en su prima un rechazo tan grande. Solo habían tenido buenos momentos cuando Marta había hecho cosas o estado con personas que eran del interés de Jandra: cuando le habían invitado los González de Ristre a pasar un fin de semana en su finca de caza, cuando le pidió que se hiciera amiga de una compañera de clase hermana del chico que le gustó... eran tan pocas esas ocasiones que podía contarlas con los dedos de una mano.

Y, sin embargo, Marta la había adorado. Solo había sido, a base de desencantos, que había llegado a comprender que si estaba cerca de su prima, en mucha más medida que cariño, le caían golpes, y eso le hacía mantener una prudente distancia. Y esa misma prudencia era la que le había enseñado a no darle demasiada información, ya que aunque en los momentos de cercanía podía ser la persona más encantadora del mundo, en sus puntos ácidos podía llegar a ser una verdadera arpía que exponía delante de cualquier persona, indiscriminadamente, las candidas confesiones que Marta le había llegado hacer e incluso hacía mofa de ellas así como de sus ridículos errores. Mientras que con sus amistades y resto de relaciones sociales era una de las personas más educadas y divertidas que Marta había visto nunca, con ella

podía ser absolutamente desagradable y mezquina. El sufrimiento que había tenido Marta con su prima había roto tanto en ella que la joven ya no quería saber nada de Alejandra y no podía más que insistir en mantenerse lo más lejos posible de ella.

Nunca entendería Marta que a pesar de ser más feúcha que su prima, de tener que heredar su ropa, de ser una segundona en el hogar, -algo lógico dado que ella no era hija- de no tener padre, su prima Alejandra la envidiaba. Envidiaba lo feliz que era, envidiaba lo poco que necesitaba para estar contenta, envidiaba al verla leer, envidiaba al verla llevar ropa que ella había rechazado, envidiaba sus amistades y que despertase auténticos cariños y lealtades de sus amigas, envidiaba el recuerdo tan maravilloso que tenía de su padre muerto cuando ella odiaba la relación plagada de discusiones y malos rollos que tenían sus progenitores. En definitiva, envidiaba todo en Marta no solo por el hecho de haber entrado en su vida y obligarla a competir con ella, sino porque era su carácter. Envidiaba a Marta como envidiaba a la gente de alrededor en general, como envidiaba cualquier cosa material o inmaterial que tuvieran las personas con las que se codeaba, y sufría un disparate a causa de su envidia y como no podía demostrar su amargura a todo el mundo, lo hacía con la única persona con la que no había repercusiones: su solitaria, abandonada y frágil prima.

—Don José, ha venido a verle don Manuel Segarra. —Y como no se había atrevido a dejarle esperando ante su mesa, el secretario del tío de Marta abrió un poco más la puerta por la que solo había asomado la mitad de su cuerpo y dio paso al alto y fornido hombre detrás de él. Vestido con un impecable traje chaqueta azul marino de dos botones hecho a medida, Segarra entró con la seguridad de quien sabe que no se le va a negar nada. Por su parte, el tío de Marta se levantó de un salto de su asiento, sorprendido y gratamente halagado por la visita.

—¡Pero bueno! —Corrió a saludarle—. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿A qué debo este honor? —A pesar de las estiradas palabras, el tono era coloquial.

—Como te puedes imaginar, vengo a hablar de tu sobrina.

Si le sorprendió la declaración o encontró que su despacho de gerente en una mediana empresa de tributación y *consulting* que no iba del todo mal pero que desde que empezó, hacía ya veinte años, no había aumentado su volumen

de negocio, no era el lugar donde esperaba que el dueño de uno de los mayores emporios empresariales se reuniera con él, y menos para hablar de la insulsa Marta, no lo manifestó.

—Tú dirás. Me sorprendió un poco que salierais juntos, la verdad. No es el tipo de mujer con el que sueles salir. —Hizo una pausa y, pensando que quizá le había ofendido, añadió—: Perdona que te lo comente —dijo poniéndole la mano en el brazo mientras se sentaban—, no hace falta que te diga que soy el único padre que tiene. —En lugar de ante una mesa, se sentó en un sillón al lado de Mángel. Este le miró. Desde su diferencia de altura, el tío de Marta más parecía un chiquillo de colegio que un director de nada. Mángel escondió el aire burlón tras sus ojos, pero tuvo que aguantarse las ganas de contestar.

—Por eso he venido. —Y como le causaba repulsión tener a aquel ser delante de él, prosiguió de inmediato—: Sé que Marta tiene una deuda contraída contigo.

El tío guardó silencio valorando a Mángel.

—¿Te lo ha contado ella? —Y se reclinó en su asiento, cruzándose de brazos.

Mángel no se molestó en contestar. No estaba en su naturaleza responder lo que no le interesaba.

—Me gustaría zanjarla.

—¿Te lo ha pedido ella?

—Quiero hacerlo por ella —evitó responder una vez más.

—No puedo hacer eso, Manuel, perdóname. —Quizá aparentando una integridad que ya había demostrado no tenía, el tío de Marta, hombre de empresa a fin de cuentas, sabía de la importancia de no decir que sí enseguida.

—Soy un hombre enamorado —mintió Mángel sin escrúpulos—, y no quiero que Marta tenga una deuda con nadie.

—¿Me vas a pagar lo que me debe y se lo vas a perdonar?

—Hombre, José, la duda ofende. ¿No pretenderás que se la cobre, saliendo como estoy, con ella?

El tío de Marta le miró una vez más.

—¿Y si este noviazgo no va para adelante?

Mángel se encogió de hombros, haciéndole pensar a su interlocutor, no sin razón, que no sería la primera novia que le salía por una cifra de más de seis ceros.

Sánchez de Prada se lamentó, envidioso, de la suerte de la simplona de su sobrina. Había nacido con buena estrella.

–Muy bien –asintió.

–Te llamarán de mi oficina para arreglar los papeles –dijo Segarra levantándose.

–¿No quieres tomar un café antes de irte? –Se levantó su anfitrión, sorprendido y algo molesto de que se fuera tan rápido.

–Ando con prisa. Pero muchas gracias.

No se molestó en estrecharle la mano al despedirse.

Casi antes de que se cerrara la puerta tras la imponente figura del empresario, el tío de Marta ya estaba descolgando el teléfono de su escritorio para llamar a su mujer.

–Ha venido Manuel Segarra a verme –disparó sin esperar siquiera el saludo de ella–, según me ha dicho José Luis –dijo refiriéndose a su ayudante– con un Mercedes y un chófer.

Su mujer, al otro lado de la línea, se emocionó ante la noticia.

–¿Y qué quería? –¿Iría a pedir Segarra la mano de la tontaina de su sobrina?

–Quiere pagarnos la deuda de Marta.

–¡Qué vergüenza! ¡Esta niña es tonta! ¿Para qué se lo habrá dicho? Para dejarnos mal, seguro. En vez de contar, agradecida, todo lo que hicimos por ella, seguro que lo cuenta como si fuera una cenicienta.

–No sé. –El tío de Marta trató de recordar si en la actitud de Manuel había habido algún signo de desprecio. Pero aun con las prisas que había demostrado, su actitud había sido correcta.

–No creo. Ya sabes lo catoliquita que es. No critica. En eso puedes estar tranquila. Se habrá extrañado del poco dinero que tiene y le habrá preguntado. Pero es algo que ella no va contando.

–¿Entonces va en serio con ella? –preguntó decepcionada su mujer, a la que le molestaba cualquier cosa buena que le sucediera a su sobrina.

–Hombre, no lo sé. Para él el dinero no es nada. Que pague esta deuda no es indicativo de nada.

¿Podría ser, se preguntó ahora, que su sobrina hubiera conquistado de verdad –si es que eso podía suceder a alguien tan frío y manipulador como Segarra– al gran ricachón? Tenía que verlos juntos otra vez para decidir.

–No me gusta, Pepe –dijo su esposa. Y como si en verdad se preocupara, añadió–: No me gusta desde que me enteré. Salir con él no es buena fama para tu sobrina. El nombre de Segarra al lado de cualquier mujer va acompañado de sordidez. Una chica bien no se mezcla con él. Si te fijas, todas las mujeres

con las que ha estado relacionado son las ovejas negras de sus familias. Se ve a la legua que son fresquillas. Y sabiendo todo el mundo que nos conoce que tu sobrina no tiene dinero, encima van a pensar que se está prostituyendo.

A Sánchez de Prada le sentó mal por primera vez que hablara así de la hija de su hermano.

–No digas eso, mujer. De momento, no podemos decir nada malo de ella.

–Ni bueno tampoco. No vayas por ahí. Sabes que siempre ha tratado de competir con Alejandra a pesar de que nuestra hija la acogió como una hermana. Y nosotros nos hemos volcado. Que no sé de mucha gente que hiciera lo que nosotros hicimos por ella y tu cuñada.

–Bueno, ya hablaré con ella. Y, si hace falta, le prohibiré que salga con él. Pero, de momento, nos viene de perlas que nos pague el dinero.

–Nos podríamos ir a ese crucero que vi el otro día en internet. Era por el Mediterráneo.

–Pues ve sacando los billetes –le dijo el marido, contento de verla feliz y pensando que unos días fuera les vendrían bien a los dos, pues tenía mucha presión en el trabajo.

Satisfecha, la tía de Marta decidió que era un momento estupendo para marcharse los dos solos. Estaba cansada de Madrid, del estrés que llevaba todo el día con la insufrible de su hija quejándose siempre por todo. Ya verás, pensó al acordarse de ella, la que monta cuando se entere de esto. Así que, se consoló, un viajecito para quitarse del medio sería lo mejor.

Decidió contárselo a Alejandra enseguida, así su hija no se enfadaría si por casualidad se enteraba por otro lado. Consideró que la mejor manera de posicionarse al lado de su niña era criticando lo que había pasado y cuestionándolo. Así no estaría solo dándole la noticia sino también su apoyo. Criticaría a Marta y a Mángel, diría que el gran empresario no le gustaba nada y así Jandrita no se quedaría con la sensación de que su prima se había llevado el premio gordo, sino algo despreciable que no querían ni en pintura.

Sin embargo, a Alejandra no había manera de apaciguarla fácilmente.

–¡¿Qué?! ¡¿Y habéis consentido?! –El orgullo de Alejandra estaba en el mismo suelo mientras escuchaba lo nuevo que su madre le contaba–. Habéis dejado que la comprara, vamos. ¿Qué es ahora? ¿Su puta?

–No hables así, Alejandra. –Su madre paró un momento de ampliar en la pantalla el camarote que estaba viendo en la página web de viajes–. A tu padre le viene bien estar a buenas con él y es normal que un novio tan rico

como él no permita que su novia tenga una deuda tan alta como la que tiene Marta con nosotros.

–Eso se llama prostitución. De toda la vida, vamos. –El dolor que sentía era tan fuerte que temía iba a ponerse a chillar para poder dejarlo salir y evitar que siguiera rasgándole el corazón–. Me avergüenzo de vosotros. Sois capaces de ponerlos de rodillas delante de él solo porque tiene un buen fajó de billetes. Sois asquerosos.

–¡Basta, Alejandra, por Dios! Estás desvariando. –Dado que la manera de enfocarlo no había conseguido que su hija no desplegara todo su veneno contra ellos y no solo contra su prima, la tía de Marta desistió.

Llorando y obcecada, Alejandra dejó a su madre ante el iPad, donde seguía curioseando sobre las ciudades en las que el trasatlántico hacía paradas y los mejores sitios para comer.

Nadie la entendía nunca. Sus padres habían metido a Marta y a su tía en su casa, la habían llevado al mismo cole que a ella, la habían vestido con su guardarropa, y aunque al menos el periodo de vacaciones lo habían hecho siempre sin ellas, yéndose a Santander a casa de la familia de su madre, pocas eran las veces en que habían podido estar los tres solos y encima, si se quejaba, le recordaban que tanto Marta como su madre no tenían otro sitio adonde ir.

Pero ella no podía más. Toda su vida su prima había estado ahí, metiendo la nariz en su casa, envidiando todo lo que tenía y todo lo que hacía, siempre con esa sonrisa mema en la boca y con esa mirada de cachorrillo que movía la cola cuando se le dirigía la palabra. Era patética y, sin embargo, todo el mundo parecía quererla.

Más de una vez había tratado de meter cizaña entre algunos de sus amigos y conocidos y se había encontrado con una defensa a muerte de ella. ¿Qué tenía la idiota que conseguía tanta lealtad? Y ¿qué había visto Mángel siempre en ella que parecía sentir inclinación hacia la pava de Marta?

¡Estaba harta! Los novios le duraban menos que un telediario y no sabía de ninguna de sus amistades que la defendiera a ella como sí hacían las de Marta.

Y ahora a sus padres les parecía estupendo que ya no tuviera la deuda. ¡Con todo el dineral que se habían gastado en mejorar la enfermedad y calidad de vida su tía en su último año! Se lo iban a gastar en un maldito crucero y la caradura de su prima ya no tendría que pagarlo. ¡Le ardía el alma de envidia! ¡La estúpida siempre había caído de pie! Y con la imbecilidad que le

caracterizaba ni siquiera daría importancia a que alguien se hubiese gastado tantísimo dinero en ella, por ella. Jamás se daba cuenta de lo que los que la rodeaban eran capaces de hacer por ella. El mismo Ricardito, que era un estúpido, le iba detrás con la lengua fuera.

Cuando eran pequeñas, el hijo de los Torres le había hecho un millón de regalos y la muy poco avisada de su prima creía que se los hacía como amigo. ¡Como amigo! Como si un hombre se gastara dinero en una mujer por amistad. Y lo había mandado suavemente, con una sonrisa y con mucho tacto, sí, pero a freír gárgaras en cuanto él se había declarado.

Siempre idealista, y siempre con la idea equivocada de que iba a encontrar el amor verdadero, Alejandra se moría solo de pensar que de verdad hubiera encontrado en Mángel Segarra ese amor correspondido y romántico con que toda mujer sueña.

–¡Estás mintiendo! ¡No te creo! –Sentado frente a Alejandra Sánchez de Prada en una terraza de la calle Serrano a la que habían puesto estufas de exterior para calentar las bajas temperaturas que atenazaban Madrid aquellos días, Ricardo Rodríguez de Sousa se enfrentaba a su amiga, incrédulo.

–Ya ves que sí. –Saboreando de antemano lo que un buen cotilleo da de sí e indiferente al dolor que sabía que estaba produciendo, Alejandra entró en detalles—. Ha ido a mi padre a comprarle la deuda de Marta. La mosquita muerta de mi prima siempre ha sabido hacerlas a la chita callando—. Sus palabras, amargas, desvelaban la envidia que siempre le había tenido.

Aunque Alejandra tampoco podía creer que la idiota de su prima, la mosquita muerta, hubiera acabado saliendo con Mángel Segarra, estaba tan harta de haber escuchado a Dito quejarse toda la mañana desde que le había contado la noticia, que se cansó.

–Ya vale, Dito. Aunque no saliese con él no tendrías posibilidad alguna con ella.

–Eso lo dices tú.

–Exactamente, lo digo yo –dijo metiéndose una almendra tostada y salada en la boca—. Siempre le has dado más miedo que otra cosa.

–¿Miedo? ¿De qué?

–¿Es que acaso no te acuerdas de cómo te pasabas con ella cuando éramos pequeños? ¡Si no le pegabas cuatro leches al día no le pegabas ninguna!

–¡No le pegaba! –mintió, convencido de decir la verdad.

–¡Venga! La perseguías por cada esquina y no precisamente para regalarle flores. Te metías con ella, con lo que había dicho, con lo que llevaba puesto, le ponías zancadillas, le gastabas bromas pesadas, le hacías daño siempre que podías con cualquier excusa.

Ricardo recordaba la ansiedad que siempre le había producido Marta y rememoró alguna que otra ocasión en que había conseguido apagar un deseo muy fuerte de besarla o abrazarla tirándola del pelo o pegándole collejas.

–Lo que tú digas–. No pensaba discutirle, pero del disgusto se bebió de un trago casi toda su cerveza–. Él es mucho mayor que ella.

–No tanto. Cuando éramos adolescentes se notaba más, y aun así siempre pareció tener predilección por la niña tonta que era mi prima. Pero ahora, esa diferencia ni se nota.

–Tiene que ser falso. Él es... él es un bruto.

–Será un bruto –Alejandra se encogió de hombros mientras se llevaba el cigarrillo a los labios, su melena a capas y de perfecta peluquería, su chaqueta entallada y de corte clásico de Chanel y una falda tubo de Max Mara–, pero ahora es uno de los empresarios españoles de más éxito y no se esfuerza en ocultarlo. No te engañes. Podría haber comprado a cualquier mujer. –Su voz destiló un deje de amargura.

–Ya, pero Marta, tu prima, ¡y con él! –Puso un gesto de asco tal que su interlocutora se echó a reír y, despreciando la amargura de él, llamó ella al camarero y se pidió otro vermú.

–¿Tú no vas a tomar nada más? ¿Otra cerveza para olvidar?

Ricardo asintió y, como seguía anonadado, ella pidió por él.

–No te lo tomes tan a pecho. Para Marta, Manuel siempre será Mangelito, el chico malo de la moto que fue para ella un caballero andante. –Y con toda su malicia, añadió–: En dos ocasiones además, una de ellas defendiéndola de ti.

–No era necesario salvarla –mal pronunció él con los dientes apretados de rabia, como siempre que recordaba el incidente–, nunca hubiera hecho nada que ella no quisiera.

Alejandra le miró con escepticismo y se encogió de hombros. Esa no era su batalla.

–La cuestión está –le picó– en qué vas a hacer ahora. Porque si se ha prestado a pagar la deuda que tiene con mi padre y se la ha llevado a vivir con él, va muy rápido y más en serio de lo que ha ido Marta con nadie antes.

Como la envidia la podía, Alejandra se puso las gafas de sol grandes, redondas y negras, para ocultar sus emociones.

Daba igual que la vida golpease a su pequeña prima, siempre parecía ponerse en pie.

Ricardo, por su parte, rumiaba un plan.

No tenía tanto dinero como Segarra, eso era ya imposible con las empresas de su padre cada vez peor a causa de la crisis y con menos liquidez de la que necesitaba puesto que también los beneficios habían disminuido, pero seguía siendo un hombre solvente. Al contrario que Marta, que no tenía más que lo poco que ahorra cada mes en su cuenta corriente.

Su problema había sido dejar que Marta se pudriera demasiado tiempo sola en aquel apartamentucho en el que vivía rodeada de inmigrantes y clase obrera. Segarra solo se le había adelantado. Pero a él Marta le conocía de toda la vida. Por fuerza, esa relación que los unía desde niños tenía que pesar mucho más que todo el atractivo de un gato callejero con modales barriobajeros.

–Tu prima lo tiene idealizado desde los tiempos del colegio.

–Mángel era mucho Mángel –consintió Alejandra, y queriendo vencer su tristeza a costa de hacer sentirse peor a Ricardo, comenzó a cantar–: “Mangelito se llama mi amor, uno-dos, Mangelito Segarra Landó, un chiquito chico chico boom...” –Y por fin consiguió divertirse hasta que se le saltaron las lágrimas cuando enfadó de tal modo a Dito que este acabó por suplicarle que se callara de una vez.

Segunda parte

*No se puede descender dos veces por el mismo río,
pues cuando desciende el río por segunda vez,
ni yo ni el río somos los mismos.*
Heráclito, 500 a. C.

Capítulo once

Manuela se miró delante del espejo y se rio de sí misma por estar tan nerviosa.

¿Qué pensaría Ángel de ella ahora? Ya no era una joven madre con medidas de modelo (cómo le gustaba cuidarse entonces). Había ensanchado de caderas desde la menopausia y necesitaba de unos sostenes tipo corsés para vestir algo menos ancho que una túnica. Las patas de gallo le surcaban la parte alta de los pómulos sin necesidad de sonreír y sin duda ya no tenía esa cándida inocencia que se acababa revelando en su rostro y que le aportaba un halo de serenidad especial.

Ángel había llamado la tarde anterior para decirle que hoy traerían el comedor y ella se había puesto nerviosa como una adolescente en su primera cita. Había matado el tiempo arreglando la casa y cambiando cosas de sitio preocupada por qué le parecería a él el nuevo hogar donde ella vivía.

Se había obligado a no ponerse nada especial y ahora contemplaba su imagen con crítico escepticismo.

Había encontrado a su marido tan guapo. Mayor, sí, pero en mucha mejor forma. ¿Qué había sido de aquella tripa como un cojín y de dónde habían salido aquellos imponentes músculos en los brazos? ¿No era su espalda tan fuerte y ancha como la de su propio hijo que tanto deporte hacía?

Ella, sin embargo, nunca había sido de ejercicio físico y eso que algunas amigas le habían tratado de arrastrar a pilates, yoga e incluso ciclismo.

Manuela siempre había sido de aficiones de interior y caseras: le encantaba leer, ver películas, pintar y, a la hora de salir, visitar museos y exposiciones, una buena partida a la pocha con sus amigas... Tantas veces se había apuntado al gimnasio y otras tantas no había cumplido el mes. Hasta que había desistido de intentarlo. Y odiaba lo nerviosa que se encontraba ahora y se arrepentía de no haberse cuidado más.

Se esmeró en la raya del ojo y acentuó el colorete dando sombra a los párpados del mismo tono.

Oyó el sonido del timbre cuando se echaba unas gotas de uno de los

carísimos perfumes que solía regalarle Mángel sin motivo alguno, solo porque ella había comentado alguna vez que era lo típico que siempre venía bien.

Ángel silbó cuando Manuela abrió la puerta como solo un hombre silba a una mujer y, al darse cuenta de que ella se ruborizaba, añadió:

–¡Menuda casa! –Como si hubiera silbado solo por eso–. “Creo que ya no estamos en Kansas, Totó” –bromeó admirando la fachada–. Todo un cambio desde nuestro tercer piso en la calle Norberto.

Manuela se encogió de hombros.

–Tu hijo no se conformará hasta que me vea viviendo en la Zarzuela. Todo le parece poco.

Su marido asintió.

–Me gusta que cuide de ti. –Y no añadió, pero sí que lo pensó, que debería ser él quien cuidase de los dos. Hacía tiempo que había dejado de tener en cuenta todo lo negativo y lo que había hecho mal en su vida para centrarse en hacer algo positivo. Pero desde que había vuelto a ver a Ela, no podía evitar pensar en los “y si” y culparse por la cantidad de años desperdiciados sin las dos personas a las que más quería en el mundo.

Para desprenderse del aire sombrío, se centró en el trabajo a hacer y ordenó a los dos cargadores que le acompañaban que fueran bajando las sillas.

La casa era espectacular y pegaba en esa parte del barrio lo mismo que un chalé ibicenco al lado del Taj Mahal. Su mujer había hecho un trabajo maravilloso dando un aire de hogar a los grandes espacios con telas luminosas y sencillas y madera clara.

Sonrió satisfecho cuando la vio admirar complacida cómo los dos hombres iban depositando los muebles que, tal y como ella había predicho, iban a aquel comedor como anillo al dedo.

Habiéndosele hecho corto el tiempo allí, Ángel les dio a sus trabajadores la llave del camión de transporte y los despidió sin preguntarle a Ela qué le parecía que se quedara.

Manuela, cuando cerraron la puerta de la entrada dejándoles solos, dejó que sus entrenadísimos hábitos de anfitriona tomaran la voz cantante y le invitó a tomar un aperitivo.

Se acomodaron en el cuarto preferido de ella, una mediana sala de estar con un sofá de dos plazas en azul liso, una butaca blanca y un sillón orejero tapizado en *toile de Jouy*. Los visillos blancos filtraban la luz de poniente que caía sobre el suelo de parqué.

En ese espacio Ela veía sus series preferidas en un enorme televisor de plasma, empeño de Mángel, recibía a sus amistades más íntimas, cosía en la Singer antigua con la que había trabajado su madre y que había heredado ella y que tenía su sitio perenne frente a uno de los ventanales y un cestillo de labor sobre el pedal. En la mesa de centro descansaban innumerables revistas de decoración y, tal como recordaba Ángel que Ela solía hacer las pocas veces que podía permitirse comprar una o cuando se la regalaba Charo la peluquera, con varias páginas con las puntas dobladas señalando de ese modo las publicaciones de su interés.

Ver aquellas revistas con las puntas dobladas tuvo el efecto de devolverle a las dos personas que realmente eran y permitió que se relajara un poco en aquel ambiente desconocido y refinado.

La otra tarde, en su tienda, habían estado tan a gusto que el tiempo se les había pasado volando. Ángel quería recuperar esa sensación otra vez.

Entonces entró ella, su mujer, tal y como había hecho mil veces antes en el pasado cuando habían cenado juntos con una bandeja frente a la tele con los pies juntos y descalzos en la mesa de centro. Un dolor le atravesó físicamente el alma al recordarlo. Hacía tiempo que había decidido dejar de reprocharse el pasado y mirar hacia delante, hacia el futuro, y luchar por él. Durante años, la losa de lo que había hecho, junto con la vergüenza, habían evitado que siquiera soñase con volver a ver a su mujer y a su hijo.

Ahora, con un impulso ciego nacido del inmenso amor que siempre había tenido, aprovechó cuando ella depositó la bandeja en la mesa y, cogiéndola en sus brazos, bien pegada a él, tomó la sorprendida boca de ella con la suya, abrasadora, sin dudas, sin permisos, reencontrando su hogar.

Un deseo desesperado, frustrado e incompleto le cubrió mientras la devoraba, ciego a todo, ajeno al dónde y al momento, mientras la poca cordura que le quedaba se gratificaba porque ella colaboraba y parecía tan anhelante como él.

Sus cuerpos se reconocieron a pesar de que habían cambiado, se reencontraron en ritmos antiguos y familiares y el amor y el deseo los envolvió y por un momento no fueron más que ella y él, solos en el mundo, y al encontrarse ellos dos, abandonaron por fin la soledad en la que habían estado tanto tiempo atrapados.

–Pero bueno, Martita, dichosos los ojos. ¿Qué haces tú por estos frívolos mundos que tan abandonados tenías? ¿Los mortales pecadores ya somos dignos de tu atención?

Marta giró en redondo y se encontró con Ricardito Rodríguez de Sousa. Años de buena educación le obligaron a ofrecerle la mejilla para los consabidos dos besos y una sonrisa correcta. Su chaqueta tan marina que bordeaba al negro y la corbata granate, como los pantalones, resaltaba sobre la camisa blanca impecable.

–Efectivamente, hace mucho tiempo. Pero nunca he considerado a nadie pecador ni este mundo frívolo.

–Bueno, como toda tu vida últimamente es trabajo, trabajo y más trabajo...

–Algo hay que hacer en la vida –dijo irónica, con aire de resignación.

–Ya sabes que, si quisieras, no tendrías que hacer nada.

–No vayas por ahí, Dito. –La mirada de Marta se volvió acerada.

–Me encanta cuando te enfadas. –Y con sonrisa caída le pasó la yema de los dedos por el brazo desnudo de Marta.

Rápida, la joven se apartó.

–Las manos quietas –canturreó mientras le sonreía y no aparentaba perder la compostura, pero miró a su alrededor buscando una vía de escape.

–¿Todo bien?

Mángel se acercó por detrás y le cogió de la cintura con aire posesivo. Aunque Marta odiaba que hiciese eso, le encantó la mirada de espanto que produjo en Dito.

–Estaba saludando a un viejo conocido. –Con toda intención no usó la palabra amigo. –¿Conoces a Dito?

Mángel no hizo amago de alargar la mano, permaneció impassible escrutando al joven de arriba abajo.

–Nos hemos visto alguna que otra vez. – Ninguno de ellos mencionó la única noche en la que habían coincidido todos.

A Mángel nunca le había gustado el tal Dito y la trayectoria del hombre que tenía delante le había confirmado su original disgusto. En realidad el fantoche ese no caía bien a nadie. Mángel había visto cómo había sido objeto de burlas y aun así no parecía darse por enterado. Persistía en permanecer entre aquel grupo de gente que no lo toleraba más que por educación. El que hubiera tocado a Marta le había sulfurado de tal manera que había dejado con la palabra en la boca a su interlocutor solo para venir a estar con ella. No se

tranquilizó al ver que era un avance no deseado por la muchacha, que todavía estaba tensa y rígida en sus brazos, sino que le llenó de aplomo para defenderla aún más.

Se limitó a asentir con la cabeza.

Dito recogió con mal disimulado malestar la mano no aceptada por Mángel.

–¿Y vosotros desde cuándo os conocéis? –preguntó, simulando que no lo recordaba.

–Desde la época del Jesús-María –respondió rápida Marta, y se negó a aclarar nada más cuando Ricardo dirigió su vista a la mano de Mángel que rodeaba su cintura.

–Discúlpalos un momento, quiero presentarle a Marta a alguien. –Y sin esperar, la alejó de allí–. ¿Todavía eres amiga de ese idiota? –No se molestó en bajar la voz al preguntarlo, consciente de que el propio Ricardo les oiría y sin importarle lo más mínimo. Sin embargo, Marta sí que le contestó bajando la voz.

–Te puedo asegurar que amigo no es. Pero ya sabes que sus padres han sido íntimos de mis tíos.

–No deberías ni saludarle. Es un imbécil. Siempre lo ha sido. Y tú lo sabes. Marta se permitió sonreír.

–Sí. En eso siempre estaremos de acuerdo.

–¿Te ha molestado?

A los dos les vino a la cabeza otra noche, años atrás, una situación parecida. El recuerdo, sin embargo, solo consiguió enfadar más al hombre.

–Como tú has dicho, es un imbécil –le dijo Marta, que sonreía agradecida.

Mángel se separó de ella y, aunque no la perdió de vista, no quiso permanecer a su lado. Se daba cuenta de que aquella mujer provocaba en él que se olvidara del verdadero motivo por el que estaban allí juntos esa noche. La quería sujeta a él, ligeramente humillada y bailando en su mano. No quería sentir responsabilidad hacia ella, como la había sentido cuando se conocieron. Ricardo Rodríguez de Sousa ya estaba en su diana antes de volver a encontrarse con Marta, pero sin duda, el verlo acercándose a ella había incrementado sus ganas de acabar con él pisándolo como el asqueroso gusano que era.

No pudo disfrutar de la velada a pesar de los intentos de sus compañeros de fiesta por hacerle gracias y compartir chistes y chismes. Trató de tranquilizarse recordándose que todo su plan iba viento en popa. Pero no lo

consiguió del todo. Mientras simulaba pasarlo bien, mantenía una lucha interna contra la molestia tan enorme que sentía porque alguien hubiese tocado a Marta. Aunque hubiese sido tan levemente. Se dijo que no era porque ella le importase, sino porque ella era, de cara a todos, de él, y lo suyo no se tocaba.

Por su parte, Marta siguió saludando a conocidos y aclarando las preguntas que surgían al enterarse, los que aún no lo sabían, que había empezado una relación con Manuel Segarra.

—¡No me pegáis nada! —exclamó alguien sorprendido.

—¡A ver cuánto duráis! Porque no tiene fama de aguantar mucho seguido con ninguna. —le comentó con aire maternal una agorera.

—¿Cómo ha sido? ¿Y vas a seguir trabajando para él cuando lo dejéis? —preguntó otro curioso.

—A tu madre le daría un telele, siempre quiso para ti alguien más de nuestra clase—. Entre cariñosa y confidencial pero en el fondo dañina, una vieja amiga de sus tíos le hizo este comentario.

Marta hacía tiempo que había comprendido que las divisiones sociales que a algunas personas les encantaba mantener porque les procuraban cierta seguridad a ella hacía tiempo que no le servían. Su clasificación era mucho más sencilla. A priori, solía pensar bien de todo el mundo hasta que le demostrasen lo contrario. Y así las personas se dividían para ella entre buenas y malas según sus actos. Le importaba poco si habían nacido ricos o pobres, ni quiénes eran sus familiares o relaciones. Juzgaba las acciones y las obras de las personas.

Molesta y cansada de mantener una falsa sonrisa, decidió salir a la terraza a tomar un poco de aire y estar un rato a solas.

No llevaba ni medio minuto agarrada a la barandilla de la terraza y mirando sin ver el tráfico que desfilaba en la calle más abajo cuando oyó la voz crispada de Ricardo.

—¿Cómo puede ser que salgas con él? —le preguntó de sopetón—. ¡No lo comprendo!

Estaba realmente sorprendido, se dio cuenta Marta

—¿Qué pasa?

—Que no me creo que estés con él, con la fama de pendenciero que tiene y lo frígida que eres tú.

—Así dicho, verdaderamente, parecemos hechos el uno para el otro. —No había manera de que Ricardo pudiera hacerle daño, pero no dejó pasar la

ironía de que siempre tenía que insultarla.

–¿Es por la pasta?

Aunque le pagaba, y sí, estaba con él por un acuerdo “laboral”, no era lo que Ricardo se pensaba.

–No. Ya sabes que nunca haría algo así.

–Pues no te creo. Me he enterado de que trabajas como su secretaria. ¿Crees que es normal empezar una relación con un jefe? ¡Dónde se ha visto eso! Se está aprovechando de ti. ¿Cómo le dejas? ¡Yo puedo pagarte las facturas perfectamente! ¡Ya te lo he dicho!

Marta se sintió asqueada.

–Esto no tiene nada que ver. Estás demostrando que el que saldría conmigo por la pasta eres tú. Yo no soy así –aunque era la primera vez que sentía que no era del todo cierto–, ya te lo he dicho mil veces. Me estás incomodando. Vuelvo adentro.

–¡No, Marta! ¡Espera! –La cogió del brazo a la altura del codo–. No he querido incomodarte. Pero sabes cómo te deseo desde siempre. Que te pueda tener él, con lo zafio que es, y no yo, que me conoces de toda la vida, que pertenecemos al mismo mundo, a la misma clase social... –Antes de darse cuenta, Marta estaba prácticamente acorralada contra la pared y Dito pegaba su cuerpo al de ella.

–¡Déjame! Ya no soy una niña para que me puedas amedrentar.

–¿Amedrentar? Ando detrás tuyo desde que te conozco. Nunca he conseguido llamar tu atención. Siempre la mujer de hielo.

Marta recordó que aquella era su manera de llamar su atención, acorralándola o pegándola, por lo que no comprendía de qué se extrañaba él si no conseguía sus propósitos.

–Yo pagaría todas esas facturas que tienes, te sacaría del cuchitril en el que vives, todos tus problemas acabados. Solo por estar contigo.

Marta sintió repulsión cuando el aliento de él, ligeramente alcoholizado, le invadió la nariz.

–Te estás pasando. Déjame.

Antes de que él pudiera decir lo que tenía en mente, una mano grande y bronceada le cogió de los hombros, lo empujó para atrás y Ricardo se encontró elevado por la corbata sobre las puntas de sus zapatos y ante el rostro fríamente enfurecido de Mángel.

–Dame un motivo para no partirte la boca aquí y ahora –le susurró de tal

modo que casi no podía ni vocalizar.

–¡Mángel! –Fue Marta la que le frenó, quizá recordando la vez anterior–. No ha pasado nada.

Mángel la miró por encima del brazo con el que mantenía a Ricardito en alto.

–¿No quieres que le parta la boca? –Mángel estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no dejarse llevar por las ganas de matarlo. La vida le había enseñado a autocontrolarse y aquella noche no se reconocía.

Estaba entrando gente proveniente del salón.

–No merece la pena. –Marta jadeaba como si hubiera corrido una maratón–. ¡Vámonos, anda!

Algo vio él en los ojos de ella: preocupación, bochorno, vergüenza, que le hizo frenarse. Al soltar a Ricardo, este cayó como ropa desmadejada no sin antes golpearse contra la pared.

No se molestó en mirarle. Cogió suavemente a Marta y la guio dentro del salón, donde se despidieron rápido de los anfitriones y se marcharon.

El Maybach Excelero con que habían llegado hasta allí les esperaba en la puerta. Ambos subieron sin decir nada. Mángel, todavía enfadado y más molesto de lo que quería admitir a sí mismo, se tranquilizó diciéndose que nunca había permitido que hicieran daño a las mujeres, pero una voz en su interior le decía que estaba el doble de molesto porque se trataba de Marta; y otra voz más suave, pero aun así empecinadamente insistente, le decía “mi Marta”. Sacudió la cabeza negando lo evidente e insistió en decirse que estaba así porque había sido Rodríguez de Sousa el que la había tocado.

–Ahora dime, ¿qué es lo que ha pasado ahí dentro?

Marta le miró. No le apetecía nada hablar. Se sentía atosigada y quería estar sola. Tenía ganas de llorar, de no tener que estar sujeta a la voluntad de nadie, quería que alguien la mimase y no le pidiese nada. Pero sabía que Mángel no iba a desistir.

–Cree que estoy contigo por dinero. –Lo cual es cierto, se dijo entristecida–. Y se ha ofrecido a sustituirte.

Mángel tuvo que hacer un esfuerzo para no golpear el volante. Lo apretó en sus manos mientras los nudillos se le ponían blancos y se obligaba a guardar serenidad.

–¿Tan inconcebible le parece que podamos estar juntos? –Había sarcasmo en sus palabras, escondiendo lo herido que se sentía. En el fondo, a pesar de

todo su dineral y de sentir que había conquistado el mundo empresarial, siempre le quedaba ese complejo, esa certidumbre en realidad, de que todo era poco. Una mujer como Marta –no las mujeres interesadas y busconas con las que había estado saliendo–, una señora, en definitiva, jamás saldría con alguien como él, porque él, a fin de cuentas, no era un señor. Y eso lo llevaba muy guardado dentro y le generaba un instintivo rencor. Se decía que no le importaba, que “los señores” no llegaban a la cima como había llegado él. Pero la realidad era que, a pesar de haber conquistado el mundo, sentía que había una puerta, quizá la más importante, que seguía cerrada para él.

Marta se encogió de hombros ajena a las inseguridades de él. No le pensaba decir a Mángel que en todo el tiempo desde que Dito la conocía nunca había salido formalmente con alguien, por lo que le extrañaría que saliera con cualquiera, pero el hecho de que lo hiciera con Mángel era aún más chocante.

–¿Qué se imaginaban? ¿Que siempre ibas a salir con petimetres de universidad privada que trabajan en empresas de papá y se echan una novia a los treinta para casarse y tener la parejita?

Marta lo miró. Estaba harta. Había sido una salida desastrosa, estaba cansada y quería olvidarse de todo.

–¿Tan molesto estás porque no llegas al perfil? –Arrojó sobre él su frustración.

Mángel se rio en voz alta, pero por dentro se quedó pensando. Había visto cómo todo el mundo saludaba a Marta con más o menos cariño, pero conscientes de que era alguien de su mundo. Probablemente la chica sentada al lado de él no se daba cuenta, pero ella era como los que estaban en ese salón que acababan de abandonar. Era una cuestión de “nacimiento”, no de irse haciendo. Y él nunca sería como ellos. No podría aunque aprendiera a comportarse.

–Si saco un fajo de billetes, el perfil de todos esos se equipara perfectamente al mío –contestó insultante con una seguridad que no sentía.

Marta pensó en Ricardo y coincidió en que Mángel podría estar perfectamente a la altura de algunos, sí, pero había otros, miembros de su propia familia, para los que el dinero y la posición económica y social no lo era todo en la vida. Habían sido educados en otro tipo de valores y enseñanzas. Importaban las personas, pero no su exterior, sino su interior. Marta sabía de gente de muchísima clase (no social ni económica, sino moral) que vivía muy austeramente. Porque para ese tipo de clase, ese tipo de

señorío, daba igual tu cuenta corriente, se valoraban otro tipo de cosas. Y el Mángel testarudo, de modales rudos, donjuán y enseñabilletes, no tenía ninguna clase.

Por algún extraño motivo, pensar que Mángel no estaba a la altura, le dolió. A fin de cuentas, él no había tenido los privilegios de educación de los que había gozado ella. Él había vivido su vida preocupándose por salir de la miseria, trabajando y tratando de mejorar y ascender social y económicamente, mientras que ella había podido cultivar su interior, había tenido una comida caliente todos los días mientras se dedicaba a ir a conferencias, la educaban monjitas maravillosas que le hablaban de la grandeza del espíritu, la animaban a leer, a ir al cine, al teatro, escuchar música clásica e incluso a hacer sus pinitos escribiendo y pintando.

Mángel había crecido entre aceite de coches y blasfemias, nadie le había enseñado a tener modales, manejaba las suficientes consignas para salir airoso, pero no las había interiorizado, no comprendía que los modales, la educación, se cultivaban en un esfuerzo por hacer a los demás la vida más grata, por facilitar una convivencia mejor entre todos. Mángel sabía sentarse a una mesa y qué cubierto había que coger, pero no había aprehendido el porqué.

Le dio rabia pensarlo. Lo sintió como una deslealtad hacia él y se dio cuenta de que aquellos sentimientos que había despertado aquel adolescente chuletón en la niña que fue seguían vivos en la mujer y que en lo más hondo de su ser quería al hombre sentado a su lado, aunque no fuera perfecto, precisamente porque no lo era.

Capítulo doce

Mángel escuchó en silencio mientras Marta iba poniendo diligentemente documentos en su mesa y él fingía mirarlos por encima. Si había pensado que mandándole exceso de trabajo a través de Claudia y haciéndoselo compaginar con la abultada agenda social que le obligaba a llevar acompañándole a todos lados, iba a sentir por fin que había conseguido vengarse, se había equivocado.

Se volvió a repetir, mientras firmaba por primera vez en su vida sin tener ni idea qué, que la tenía en el puño. ¿No era eso lo que había deseado? Ella sabía que no podía permitirse decirle que no, y como ella era la que había insistido en mantener su puesto de secretaria... se encogió mentalmente mientras no podía dejar de admirar el buen trabajo que había hecho. Si bien en los números y cuentas todavía fallaba, en todo lo demás era meticulosamente organizada, clara y eficiente.

–¿No has dormido esta noche entonces? –Se le escapó preguntarle odiándose a sí mismo por preocuparse.

–Claro que sí. –Y no mentía. Se había acostado tardísimo, sí, pero no podía por menos que agradecer que ahora que vivía en el mismo lugar que trabajaba y con lo rápido que se arreglaba, ganaba casi una hora y media más que antes para llegar al trabajo. Por no hablar de que en su hora de comer pensaba echar otra cabezada.

Cuando vio que él había terminado, carraspeó.

–Te quería preguntar...

Él la miró. Para ir pasándole los informes, ella se había colocado prácticamente a su lado, por lo que, a pesar de que ella estaba de pie, estaba casi a su misma altura.

–Siéntate –le indicó él cualquiera de las dos sillas delante de su escritorio en lo que podría parecer un gesto educado pero no era otra cosa que impedir su proximidad si iba a plantearle algo incómodo.

Marta tomó asiento.

–Pues quería comentarte que, para seguir con nuestro acuerdo, yo ante mis

amistades también estoy dando a entender que estamos saliendo. Aunque seamos de distinto círculo, al final Madrid es un pañuelo y todo se sabe.

Mángel asintió. Conocía lo suficiente del mundillo de Marta, bastante más puritano que el suyo, para saber que el que ella saliera con él era más o menos un escándalo incluso en los tiempos liberales que corrían.

–Mi amiga Silvia Burillo, del colegio, que su marido trabaja también aquí, en algo del Departamento Legal, nos ha invitado a cenar a su casa el sábado. Informal –se apresuró a añadir–. Es una cena que surgió cuando nos volvimos a ver en el día del pádel en Las Tablas. –Quería que tuviera todos los datos–. Quedan algunas del colegio una o dos veces al trimestre y las que tienen pareja la llevan. Yo casi nunca he podido ir. Silvia y su marido acaban de comprarse una casa. Les faltan algunos muebles y las cortinas, según me ha dicho, pero le apetece enseñárnosla ya y por eso esta vez es en su casa.

Mángel tuvo que admitir para sí que se había sorprendido. Desde que se había convertido en un destacado hombre de negocios había sido convidado incluso a la cena anual en la Zarzuela con el rey, y tanto Claudia como su jefa de prensa habían debatido largo y extenso sobre los eventos, inauguraciones y actos benéficos a los que era conveniente o no que acudiera dado que se le invitaba prácticamente al cien por cien, todo con el objetivo de no dar una imagen excesivamente impermeable o, por el contrario, mostrarse muy asequible. Incluso, hubo de reconocer que había sido convocado a fiestas en casas particulares. Pero habían sido eso, fiestas, precedidas por invitación con tarjetón en las que la amistad no era bajo ningún concepto uno de los componentes. Pero, sin duda, esta era la primera vez que le invitaban a una cena informal de un pequeño grupo de amigos como uno más. No como uno más, se corrigió, sino como el acompañante de la verdadera invitada.

–No hace falta que vayamos, si no quieres. –Se encogió de hombros–. Sé que la excusa que me ha puesto es que veamos el trabajo tan impresionante que ha hecho con la remodelación, pero lo puedo ver en cualquier otro momento. –Se dio cuenta Mángel de que como todavía no había dicho nada, Marta se estaba poniendo nerviosa–. Te lo he dicho solo por saber qué opinabas tú antes de decir que no. Pero vamos, que la llamo y le digo que no podemos y ya está. Entiendo que ir a cenar con un empleado con el que no tienes mucho trato...

–Claro que vamos a ir –la acalló. Y como le molestó su cara de asombro, añadió–: No quiero que esto sea una relación en el que el único que aporta

vida social sea yo –dijo con mala idea.

Le molestaba que Mángel apareciera en su apartamento de repente. Era una de las pocas pegas que tenía vivir en la Torre. Porque había muchos beneficios: ya no tenía miedo de volver a casa, ni dormía asustada pensando que cualquiera podría entrar y hacerle algo. Ahora el único que podía pasar era ese Mángel extraño que quizá en base a su antigua amistad la utilizaba como pobre excusa para todas las mujeres que, como ya sucedía cuando era adolescente rebelde, le perseguían sin tregua. Oyó el golpeteo de nudillos y se consoló pensando que al menos conservaba buenas maneras.

–¡Ya estoy! –le chilló mientras se abrochaba la cremallera lateral de unos botines negros de tacón, sencillos y elegantes de Unisa, que le había regalado una amiga de Elda. Junto a unos pantalones negros y una camisa vaporosa malva que caía al vuelo en corte desigual y nadie diría que estaba comprada en Carrefour, se había dejado el pelo suelto y, al recogerse detrás de la oreja para coger su bolso de mano, un *clutch* de lentejuelas que tampoco nadie advertiría que era del Merca Chino de Bravo Murillo, Mángel apreció los grandes aros plateados.

–Estás muy guapa –se le escapó decir.

Marta le sonrió y miró a su jefe, falso novio, antiguo amigo. Aun con ropa informal, unos pantalones de pinzas azul marino y una camisa a rayas con los faldones por fuera y la cazadora de cuero marrón sin abrochar por encima, tenía un aspecto impresionante, y no se podía cuestionar que aquel macarrilla que ahorra todo lo que podía de lo que ganaba en un maloliente y desastroso taller de Vallecas, había triunfado en la vida. No por primera vez, Marta pensó que si él quisiera ser más mediático, las portadas no solo nacionales, sino también las internacionales, se lo rifarían con su imagen de guapo rebelde y sus penetrantes ojos azules.

–¿Qué? ¿No habías dicho que era informal? –le preguntó él, incómodo con su escrutinio.

–Sí, sí –contestó Marta dándose cuenta de que al quedarse sin aliento se le había secado la boca–. Vas muy bien. Vámonos.

Cubrieron la conversación hasta el piso de abajo concretando la dirección y explicando Marta dónde le habían contado que se encontraba la casa.

El guardia de noche les salió al paso desde su mostrador de recepción con

dos cascos de moto en cada mano.

–¿Vamos a ir en moto? –preguntó Marta lo obvio.

–Hace una noche buenísima y desde aquí no tardaremos nada.

La joven sonrió recordando la de veces que habían hecho el corto recorrido desde casa de los Bronzal hasta la de sus tíos.

–Como en los viejos tiempos –dijo, mirándole con complicidad mientras se ponía el casco y salían, perdiéndose el gesto molesto de Mángel.

La moto, una Kawasaki Ninja H2, les esperaba reluciente en la puerta.

–Sube –le ordenó él, áspero, una vez que se hubo subido él.

Contenta de haberse puesto pantalones, enganchó el tacón en el saliente y se subió, apoyándose en sus hombros.

Había montado en moto con anterioridad con algún que otro amigo, pero, suspiró satisfecha, nada como aquellos primeros paseos que dio con Mángel y, descubrió sorprendida, que rememoraba ahora mientras la moto cogía velocidad al abandonar el centro de la ciudad.

¿Qué sabía de aquel hombre al que se aferraba ahora, tratando que fuera con naturalidad, pero tan inclinada hacia él como ya lo estuvo de preadolescente y como está una polilla con la luz? ¿Qué había sabido en verdad de él nunca?

Y sin embargo, siempre, algo dentro de sí misma le decía que, a pesar de su ambición, de sus ligoteos, de su aspereza, había algo bueno y grande en él, algo que le había hecho enfrentarse a cuatro chavales de su edad para defender a una desconocida de doce años.

La casa de Silvia y Javier estaba ubicada en una urbanización de viviendas unifamiliares independientes con una extensa zona común ajardinada, piscina y columpios y un par de pistas de pádel y otra multideporte. De suelo de madera, en un parqué brillante y clásico, las tres plantas del edificio distribuían un bajo con amplios salones y un comedor, una impecable cocina diseñada en estilo vintage pero con los electrodomésticos más punteros, un cuarto de estar para la familia y un coqueto cuarto de baño. A pesar de estar todo impecable y recogidísimo, no solo por las visitas de esa noche, sino porque Silvia era una madre absolutamente perfecta, de esas que nunca formarían parte del club de las malas madres, en el cuarto familiar se podía vislumbrar un coche por el suelo, un Pokémon entre los cojines del sofá y un cuento abierto encima de la mesa de centro. En la cocina, un par de tetinas recién lavadas descansaban boca abajo en el fregadero dando testimonio de los biberones de leche que todavía cenaba el más peque del clan.

En la isleta, sin embargo, las bandejas de plata con las blondas blancas de hilo mostraban todo un repertorio de aperitivos calientes tales como pequeñas quiches, canapés de pan de cristal con jamoncito serrano y minichapatas con sobrasada y queso brie.

—¿Quieres que vaya llevando bandejas al salón? —le preguntó Marta a la anfitriona, imaginando que al recibir por primera vez a Mángel seguro que había más nervios que si hubieran venido solo los habituales—. ¿Le ha parecido bien a Javier que me invitaras con Mángel? —se atrevió a preguntar al fin, mientras seguía sus órdenes de rellenar unos cuencos con patatas fritas, aceitunas y almendras a la vez que Silvia preparaba una bandeja con las cervezas casi heladas, los hielos y los refrescos.

—¡Claro! En el fondo está encantado. No te voy a negar que esté algo... impresionado. Pero sabe que tú y yo nos queremos mucho y que íbamos a quedar de todas formas. Así que parece natural que vengas con Manuel Ángel... —No añadió “mientras sigáis juntos”, pero la frase quedó suspendida en el aire.

Entonces, suspirando, pareció al final aceptar la decisión de su lucha interna y habló:

—Estamos preocupados por ti. Sé que no eres tonta —se adelantó a decir—, pero también sé que todas las de aquella época tenemos completamente idealizado a Mángel y me puedo imaginar que encontrártelo ahora reencarnado en uno de los principales empresarios españoles y tu jefe...

—Me conoces lo suficiente como para saber que la posición económica nunca ha significado nada para mí —se apresuró a cortarla Marta, y acto seguido defendió a Mángel—. Es más buena persona de lo que le gusta mostrar.

—Totalmente de acuerdo contigo —le cortó entusiasmada la anfitriona—. No sabes lo que le admira Javier. Es superjusto, sus trabajadores son felices allí, y no es que no sea exigente, pero Segarrax es pionera en medidas para ayudar a la conciliación. Mis hijos han ido a la guardería de allí. Y no veas lo cómodo que es que salgan de casa con tu marido a la misma hora que se va a trabajar y los tenga en el mismo edificio para cualquier cosa que pase, cualquier enfermedad. La empresa ha salido en muchísimos reportajes en los periódicos por promover la paridad en los altos cargos, porque carece de brecha salarial y fomenta constantemente la integración contratando un porcentaje altísimo de personas con otras capacidades. Contrariamente a la imagen que da, yo también creo que hay muy buen fondo debajo de toda esa

apariencia de chico malote.

Marta sonrió.

–Estamos de acuerdo entonces.

–Sí, pero eso no quita para que tenga una larga y extensa trayectoria como donjuán y que con las mujeres que ha estado no ha sido precisamente un caballero.

Marta no lo podía negar. Ella misma había visto con sus propios ojos el enfado de la última, Verónica Solís, a la que no solo había tratado fatal, sino que se había aprovechado, según decían, de su relación con ella para adquirir su empresa familiar.

–Así que hazme caso y sé prudente –siguió Silvia.

–Ya sabes que lo soy. –Se sintió mal al no poder decirle la verdad. Pero al menos podía dejarla tranquila sobre que ella no se engañaría respecto a su relación con Mángel. Probablemente, de todas las mujeres con las que él había salido, ella era la que tenía más claro que no iban a llegar nada, porque nada es lo que había desde el principio.

–Precisamente por lo prudente que sueles ser con los hombres es por lo que no me pegabas nada saliendo con él –le dijo Silvia sinceramente–. Y sin embargo creo que por eso mismo tú eres para él diferente a las demás.

Como Marta no podía negar que, efectivamente, era diferente de las demás, pues lo suyo no era una relación real, no pudo decir nada y, dando por terminada la charla, las dos amigas fueron al salón con todo lo que habían preparado.

En la terraza exterior, que gracias a la agradable noche permanecía abierta dando una vista completa de la parcela ajardinada, Mángel se iba a enfrentar a su propio interrogatorio.

Después de trivializar hablando sobre política y economía con un par de invitados un poco más jóvenes que él y, al igual que su anfitrión, ejerciendo de abogados, uno como letrado en las cortes y el otro en la privada como socio en Garrigues, apareció Silvia con una bandeja de sudoroso jamón serrano y un cuenco con regañás y dejándolo en una mesa de mimbre cercana a todos, le robó la copa a su marido y le espetó sin ambages:

–Nos ha sorprendido a todos mucho la noticia de que Marta saliera contigo, la verdad.

Mángel, al que la vida había enseñado a permanecer con rostro indiferente aun cuando se tuviesen ganas de asesinar a alguien, y era capaz de mantenerse

impertérrito lo mismo ante un preso calificado como muy peligroso que ante un vándalo con ganas de camorra, una mujer provocativa o un competidor profesional, no movió un músculo de la cara y dio un largo sorbo a su cerveza.

La joven, Mángel tuvo que reconocérselo, no se amilanó.

–Marta es una persona muy especial.

Mángel asintió y siguió inmutable. El marido de la joven le rodeó los hombros con su brazo y le dio un beso en la sien.

–Y lo sabe, cielo, por eso está saliendo con ella.

Y ahí, pensó Mángel, cierra el capítulo el poder de mi dinero sobre él, pensó el empresario con malicia.

–Solo digo –en lugar de mirar a su marido, Silvia se desasíó de él– que ella no está sola. Tiene amigos que nos preocupamos por ella. Y no hay nadie más que ella que se merezca ser feliz.

Al dueño de Segarrax le enfureció esa pasión por defender a Marta. Marta la mentirosa. De cara a la galería, su supuesta novia parecía ser el objeto de apreciación de todos, pero la joven a la que había acompañado esa noche estaba cargada de deudas, había falsificado su currículum, mentido, dejado que le metieran a él en la cárcel y probablemente un sinfín de cosas más que él desconocía. Conteniendo su ira, fingió una sonrisa.

–Te podría decir que la voy a cuidar, pero lo cierto es que no hace falta. Marta se sabe cuidar sola.

–Puede que sepa cuidarse sola, pero lo que yo digo es que no debería hacer falta que se cuidase.

Si la abogada defensora pretendía un juramento de buen comportamiento por parte de él, lo llevaba crudo, máxime cuando de alguna manera quería la satisfacción de la venganza. Y si bien se sabía incapaz de devolvérsela completamente, sí que pensaba que podía cobrarse de algún modo sus doscientos treinta y tres días de cárcel.

Ejerciendo de anfitrión pero también, pensó Mángel no sin cierto cinismo, con ánimo de preservar su puesto en la empresa, Javier preguntó:

–¿Es eso que está sonando el horno?

Y logró así que Silvia desapareciera y se diera esa conversación por terminada.

A Mángel le gustaba la moto, pero además del placer de conducirla y de

sentir el cuerpo suave y confiado de Marta a su espalda, agradecía que no tenían necesidad de hablar como tal vez sí hubieran tenido que hacer en el reducido espacio cerrado del coche. La cabeza no paraba de darle vueltas. Se acababa de dar cuenta de que no tenía amigos. Exceptuando a Tomás, con el que siempre había mantenido trato y con el que a pesar de no compartir el día a día sabía que podía contar siempre que necesitaba algo, y alguno más, jamás había asistido a una cena como la de hoy.

No podía considerarse, bajo ningún concepto, que su vida social careciera de actividad: conferencias de interés para el mundo empresarial, presentaciones de productos bancarios, exposiciones de arte, numerosísimas cenas más o menos selectas... pero ninguna como la de hoy. Y la diferencia estribaba no solo en el número de asistentes (no habían llegado a la docena), ni a que se había desarrollado en un elegante pero entrañable salón familiar, sino al modo y a la manera.

A pesar de la cristalería de bohemia y la vajilla de La Cartuja, de la cubertería de plata, que visto el perfeccionamiento de la anfitriona no la había sacado solo por él, incluso a pesar de la apariencia aparentemente informal, sin nadie del servicio atendiéndoles, con el propio Javier preparando en copas de balón los *gin tonic* con todo tipo de aderezos, lo de hoy, sin ninguna duda, había sido una cena entre amigos. En las risas que todos se habían echado por la incapacidad de Silvia de servir la *vichyssoise* debido a su falta de pulso, en el modo en que siempre se ofrecía cariñosamente el último canapé de la bandeja al más gordito del grupo, que se lo comía con sumo gusto, en las bromas sobre alguna borrachera reciente que se había cogido uno de ellos, así como en cada frase que comenzaba “te acuerdas cuando”, “pues anda que aquel día”, en las risas, los cigarros, las chuches con las copas y los postres caseros aportados por otro de los comensales, así como en las flores que había enviado Marta y que él descubrió al llegar allí también iban firmadas en su nombre, reinaba un aire de íntima cordialidad en la que Mángel no había participado jamás con anterioridad.

Y a pesar de que había percibido cierta deferencia hacia él, sobre todo por parte de Javier –a fin de cuentas todavía no conocía a nadie que no se impresionara por la figura que representaba en el panorama económico y social español–, se había sentido aceptado en el grupo, sí, pero por ser el novio de Marta.

Marta, a quien todo el mundo quería, valoraba y por quien todos sentían

cierta necesidad de proteger y cuidar. Hasta él.

Se quedó con la satisfacción de que al menos se vería obligada a dar explicaciones cuando lo dejaran. Se daba cuenta de que su deseo de “cobrar” algo de ella, de conseguir algo como reparación por el tiempo de cárcel –ese castigo que había inventado–, de momento solo se traslucía en beneficios para ella. Fardaba entre sus amigos, vivía en mejor sitio que el que acostumbraba y no la habían despedido de su trabajo por haber falseado el currículum. Y, sin embargo, le procuraba cierto placer saber que la tenía en sus manos y a su disposición. De momento, pensaba seguir así. Hasta que se cansara.

Marta observó el reflejo que la gigantesca fachada de cristal le proporcionó de Mángel y ella acercándose al conglomerado de la Torre Espacio. Tapados sus rostros con los cascos de la moto podían ser cualquiera los que, saltándose las balizas de seguridad, se aproximaban. Le pareció que juntos proyectaban una imagen más sofisticada de lo que ella se sentía. ¿Eran de verdad ella y Mángel las dos figuras en la moto? ¿Era ella la joven que se abrazaba al conductor? Ofrecían una estampa de juventud, posibilidades, despreocupación y confianza propias de los protagonistas de una serie de televisión. O de un anuncio. Solo faltaba que se acercase la cámara para quitarse los cascos y decir la frase del guion. Marta al quitarse el suyo haría ondear su melena y promocionaría el artículo a comercializar.

Mángel se empeñó en acompañarla hasta arriba y Marta no quiso negarse delante del guardia de recepción.

–¿Lo has pasado bien? –le preguntó el empresario una vez que entraron en el cubículo acristalado del ascensor y cerniéndose sobre ella.

La joven tuvo que recordarse que, a pesar de la dureza con la que le trataba, ese hombre era el mismo que de adolescente había cuidado de ella.

–Muy bien, ¿y tú?

Él solo asintió.

–Imagino que no estás muy acostumbrado a ir a cenar a casa de empleados tuyos.

Mángel se encogió de hombros implicando que el tema carecía de interés para él. En el espacio cerrado, Marta olía a un suave perfume de violetas y el deseo le acicateó.

La secretaria abandonó el elevador antes que él y se giró para despedirse.

–Hasta mañana.

Haciendo caso omiso, Mángel la siguió. Estaba claro que ella no se lo iba a poner fácil, pero no le importó, es más, le hacía gracia. A fin de cuentas no estaba acostumbrado a que una mujer se hiciese la dura con él. Muy al contrario. Solían ser ellas las que tomaban la iniciativa.

–¿No quieres que alarguemos un poco la noche? –le preguntó, y casi se echa a reír al ver el asombro pintado en la cara de Marta. Sin esperar a que le contestara se acercó a ella y pegó su cuerpo al de la mujer, no permitiéndole dar un paso atrás, ya que le rodeó con los brazos.

–Mángel –pronunció Marta, elevando su bello rostro hacia él. Pero él no esperó a ver qué tenía que decir y, aprovechando la cercanía de su boca, descendió sus labios sobre los de ella y arrasó.

Fue un beso directo al grano, tal y como era la personalidad de Mángel. Con labios experimentados y sabiendo lo que buscaba provocó los de ella, invitándoles a participar también. Por instinto de supervivencia, Marta se agarró a los antebrazos de él mientras su cuerpo se inclinaba hacia atrás por la presión del de él. El placer la tomó por sorpresa y de forma gradual sus manos pasaron de sujetarse a Mángel a acercarle hasta que sus brazos terminaron rodeando el cuello de él y su cuerpo se curvó hacia el suyo. Su sangre empezó a bombear un intenso ritmo mientras el deseo que le recorría la embargaba.

Con la victoria obtenida, Mángel se giró y la guio, mientras la seguía besando, hasta sus dependencias.

Y fue al parar para tomar aire cuando la realidad despertó a Marta. Todavía aferrada a él, y sintiendo todo el atractivo del cuerpo de él contra ella y una pared a su espalda, bajó la cabeza para aclararse las ideas. Sentía los labios de Mángel por la frente, sus manos recorriendo sus costados. Sintió unas ganas inmensas de dejarse llevar, pero pudo la cordura.

–Mángel, ¡para! –consiguió decir al fin, cuando pensó que si no le quitaba las manos de los costados, ella misma se las dirigiría hacia sus pechos.

Él se quedó absolutamente quieto. Flexionó las piernas para ponerse a su altura y poder mirarle a la cara. Sus manos le rodearon el rostro y sus ojos la escrutaron.

–Lo dices en serio, ¿verdad?

Ella solo asintió y tragó saliva, deseando que él no la escuchara e insistiera un poco más hasta que ella volviera a perder la cabeza otra vez y no se sintiera responsable.

Pero Mángel, que nunca había tenido que rogar, se echó atrás asustado por las ganas que tuvo de ponerse de rodillas a suplicar.

–Muy bien. –Y con ganas de herirla y recordarla que seguía a sus expensas, se despidió diciendo–: Mañana estate preparada a las once. Vamos a la presentación de Porsche y comeremos fuera.

Y desapareció en el ascensor de espaldas a ella.

Marta inspiró. No había pasado nada, se tranquilizó. Él había empezado algo que en su modo de ser era natural y ella había dicho que no. Eso era todo.

Asintió con la cabeza y con extremidades temblorosas se dirigió a su cuarto. Nunca como hasta ese momento se había dado cuenta de lo duro que era mantener los principios y la dignidad.

Capítulo trece

El sábado por la mañana Mángel la esperaba en la entrada de Segarrax, departiendo con el guardia de seguridad. En la puerta, un Porsche Cayenne con chófer uniformado sentado al volante aguardaba para llevarles al Club de Golf La Moraleja. En cuanto llegaron, Marta pudo ver que aquello no tenía nada que ver con las multitudinarias presentaciones de coches de lujo a las que alguna vez había acudido, más que por interés por el auto, sector que nunca había llamado su atención, por el acto social en sí, ya que muchas veces acudían famosos del papel *couché* y en los que con un cóctel y un aire festivo se publicitaba en distintos medios de comunicación y redes sociales el evento. La cita de aquella mañana no tenía aspecto de celebración, sino el de una reunión discreta, elegante y selecta. Se había cerrado al público uno de los restaurantes del Campo 3 del club de golf que tenía una hermosa terraza, aderezada con el verde que rodeaba todo aquello como en una campiña inglesa.

Aunque de un primer vistazo solo reconoció los rostros del presidente del Real Madrid y el de Endesa, era evidente que no era necesario aderezar el evento con caras famosas. Mángel conocía a algunos de ellos y otros le fueron presentados. Marta departió más o menos entretenida con las mujeres que les acompañaban. Tras la agradable recepción en un espacioso jardín donde daba el sol de la mañana y permitía estar sin abrigo, fueron conducidos al circuito de Jarama para probar el nuevo modelo de Porsche 911 Turbo S Cabrolet.

A pesar de que con la cabeza Marta comprendía que se había alquilado el circuito de carreras precisamente para que pusieran el coche a toda velocidad, una vez sentada en el asiento del pasajero junto a Mángel creyó morir de miedo al ver la velocidad alcanzada por el cuenta kilómetros y aun con la destreza que le conocía, supo sin lugar a dudas que iban a morir.

Los Porsches desfilaban a toda velocidad por los carriles mientras sus privilegiados conductores se divertían haciendo acrobacias acelerando, parando en seco y cambiando el curso de la dirección a la primera de cambio.

–Es una maravilla –murmuró Mángel mientras Marta, con los ojos ya

cerrados, trataba de olvidar el sitio en el que se encontraba—. No pensaba comprarlo, pero después de esto... Es una maravilla –volvió a decir.

La joven a su lado trató de centrarse un momento. En su cuenta corriente apenas había mil euros y tenía unas acciones de una tal Papelera Española, ya desaparecida le habían dicho, que había heredado de su madre y que por el poco valor que tenían ni siquiera había podido vender. Mensualmente, transfería a una cuenta de su tío el porcentaje de dinero que le debía y que él le había concedido como préstamo para cubrir los gastos hospitalarios y de medicación de su madre.

Sabía que le debía estar agradecida. Que sin esos adelantos que su tío había hecho, su madre habría estado peor atendida, con menos comodidades. Pero no soportaba el tono altanero con que había ido cubriendo las facturas, los eternos comentarios de “esto ya me lo pagarás” y “me debes tanto”, “no puedo quitarle dinero a mi hija por dártelo a ti”, ni cómo se había dejado arrastrar por él y por su tía para no derivarlo todo por la Seguridad Social.

–¡Ni hablar! –había gritado su tío—. ¿Cómo vas a meter a tu madre en una habitación compartida los últimos días de su vida? ¡Lo pago yo si hace falta!

Y el “yo lo pago, yo lo pago” había terminado con un médico íntimo de la familia que había pasado religiosamente la cuenta de cada visita realizada, incluso de las que realizaba por iniciativa propia, así como una suma astronómica de paliativos y placebos.

No se arrepentía de haber usado todos los medios a su alcance para mejorar en la medida de lo posible los últimos días de su madre, se recordó, pero le daban una rabia horrible los cacareos y los golpes de pecho de su tío, cómo oreaba que estaba costeando lo mejor de lo mejor para su cuñada “pero nos han dicho los médicos que está desahuciada”, de modo que Marta había preferido, a pesar de la deuda que le quedó con su pariente, incrementar sus gastos con un alquiler con tal de no verle todos los días.

–¿Qué te pasa? –la pregunta de Mángel, que había reducido a velocidad normal para seguir dando vueltas por la pista, interrumpió sus pensamientos.

–Nada –mintió, y le sonrió–, estoy disfrutando de “la maravilla” –dijo con retintín tomándole el pelo.

–¿Es que no te gusta? –El asombro era claro en su voz.

Marta se encogió de hombros.

–Nunca me han llamado la atención los coches. Para mí son trastos que te llevan donde quieres –al ver su gesto ofendido se apresuró a añadir–: imagino

que lo de la marca, la cilindrada y el motor es una cosa más de tíos, lo siento. Pero no me siento impresionada por la marca de coche que usa cada uno.

Oyó a Mángel despotricar por lo bajo sin entender qué decía. No pensaba ahondar en la herida, pero realmente, a ella no le impresionaba, como sí sucedía con otras mujeres, la riqueza. La vida le había enseñado que había ricos completamente estúpidos, engreídos a los que se había educado haciéndoles creer que el sol salía y se ponía en ellos y con los que no se podía mantener una conversación, y gente sin un duro que se labraba el día a día con un trabajo honrado y que se esforzaba más que en lograr tener cosas en crecer como personas tratando de ser mejores.

No era una ilusa. Sabía que aunque el dinero no daba la felicidad, ayudaba mucho a conseguirla. Y la prueba estaba en la cantidad de noches que había pasado sin dormir en casa de sus tíos hasta que había conseguido el trabajo en Segarrax, o el otro tanto de noches sin dormir preocupada por si la despedían, hasta que había cogido el truquillo a su trabajo.

Pero para ella la vida consistía en algo más. Sabía, la educación en el cole de monjas se lo había inculcado, pero también lo había visto por sí misma, que la felicidad iba más allá de una buena casa, un buen coche y una abultada cuenta corriente.

Cuando regresaban a la tarde y Mángel la dejó en el edificio acristalado, le preguntó:

–Al final, ¿te lo vas a comprar?

–Lo pensaré –contestó hermético como siempre–. Estate lista a las nueve. Cenamos en el Ritz.

Y si no hubiera sido porque Mángel siempre era así de parco y seco con ella, se hubiera dado cuenta de que se marchaba enojado.

Capítulo catorce

Cuando Mángel llegaba a trabajar y desde que Marta había empezado a vivir en sus dependencias privadas, daba igual la hora que fuera, ella ya estaba arreglada y ocupando la mesa de su puesto. Era una forma que tenía la joven de mantener su intimidad y de conservar la profesionalidad. No importaba lo tarde que se acostaran con cualquier evento o que se retrasasen las cosas en el trabajo, Marta se levantaba a su hora y estaba impecable antes que él. Por eso, cuando Mángel avanzó aquella mañana por el pasillo de mármol y en lugar de entrar en su despacho pasó por la zona de las secretarías (no se lo reconocería a sí mismo, pero lo hacía por verla y escucharla decirle “Buenos días”) y no la vio, se asombró. En el fondo, se alegró de que al menos por un día la joven descansara. Sonrió contento, ya que la noche anterior habían cogido su Gulfstream G550 y habían participado de una exquisita y exclusiva cena en Ayrshire, Escocia, organizada por Porcelanosa, y donde Marta había disfrutado tremendamente como invitada del príncipe Carlos en Dumfries House, así como de ver a lo más selecto de la sociedad internacional. Sin embargo, cuando se hizo evidente al pasar las horas que no iba a hacer acto de presencia, se preocupó. Sabía que deberían haberse quedado a dormir, pero una importante reunión a primera hora de la mañana le había condicionado a volverse enseguida.

Llamó a la puerta que comunicaba con el apartamento y al no recibir señal, la abrió y se adentró. La sala estaba tan impoluta que si no llega a ser porque Mángel vio los zapatos de tacón de Marta, unos sobrios negros de diario, en una esquina de la entrada, hubiera pensado que seguía sin utilizar nadie esas instalaciones.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y de ella solo salía la negrura de la oscuridad.

Con pasos sigilosos se acercó y sin entrar dentro, aprovechando la luz que entraba al dormitorio desde la sala donde él se encontraba, echó un vistazo. Aunque indistinguible, se apreciaba un bulto sobre la cama y se oía una suave respiración.

¡Qué extraño que siguiera dormida!, se dijo Mángel.

–¿Te encuentras mal, Marta? –le preguntó desde el umbral en voz alta.

Sintió, más que vio, que ella se movía.

–¿Qué hora es? –le preguntó una voz que solo por su entonación dedujo que era de Marta, pero que no parecía en absoluto la de ella.

–Las doce y media. –Y sin querer retrasarlo más encendió la luz del techo, cuyo interruptor tenía al lado.

Marta se cubrió rápida la cara con las manos. Mángel se apiadó de ella y volvió a apagar, pero ya se había ubicado lo suficiente como para caminar a oscuras hacia la ventana y subir ligeramente la persiana.

Marta estaba con el brazo sobre la cara, así que Mángel no podía verla.

–¿Cómo puede ser tan tarde? No me ha debido sonar el despertador.

Su voz seguía sonando rara.

–A lo mejor no lo has oído.

–Me encuentro fatal.

–A lo mejor estás mala.

–A lo mejor. –La voz escapaba por su brazo.

Mángel la volvió a mirar y se acercó. Quitándole la mano de la cara, la notó tan caliente que le puso la suya en la frente.

–¡Joder! ¡Estás ardiendo!

–Ja, ja –simuló ella una risa gangosa y sin gracia.

–Lo digo en serio. Tienes fiebre.

–No me extrañaría. Ya te digo que me encuentro a morir.

Mángel se sentó en la cama a su lado y dedujo que Marta estaba verdaderamente enferma, ya que la joven no solo no se envaró, sino que siguió con los ojos cerrados y realmente parecía ya dormida otra vez.

–¿Qué te notas?

–La garganta. Y he dormido a ratos. Tenía frío y luego calor. Me duele la cabeza, la garganta... y todo el cuerpo –le explicó sin abrir los ojos.

Cogiendo un teléfono de la mesilla, descolgó y ladró.

–Tráeme un termómetro y al médico.

Y colgó mientras Marta le decía:

–¡No! No quiero ver a nadie.

Mángel no la escuchó y volvió a ponerle la mano en la frente.

–Tienes fiebre. Bastante. Te lo digo yo. –Le miró a la cara. Si Marta hubiera abierto los ojos, habría visto preocupación en ellos y ternura.

El médico llegó enseguida y confirmó la fiebre, de treinta y nueve y medio.

–Tiene unas anginas que no he vuelto a ver desde mis tiempos del MIR en pediatría. Le dolerá hasta hablar y no creo que tenga apetito. Es bueno que tome líquidos –instruyó a Mángel–, tanto por la fiebre, para que no se deshidrate, como porque teniendo la garganta como la tiene, comer le será insoportable. Le he recetado un antibiótico, ahora se lo subirán, y que combine paracetamol con ibuprofeno mientras la temperatura sea alta. También mandaré ahora. La infección de garganta mejorará en dos días. Que permanezca en cama hasta que ella misma se encuentre con ganas de levantarse. Hoy y mañana estará hecha polvo, sin duda, pero pasado tendrá que empezar a notar algo de mejoría. Si no es así, volveré a verla.

Mángel no se molestó en despedir al doctor ni darle las gracias, y se centró en la joven convaleciente.

De nuevo parecía que Marta se había dormido. Tenía el entrecejo fruncido y los labios ligeramente entreabiertos. Despeinada, con el pelo revuelto a los lados, solo asomaban por encima del embozo de la sábana además de su rostro, los brazos, delgados, cubiertos por el algodón de la manga larga de lo que más parecía un camisón que un pijama.

Mángel se sentó a su lado y le tocó la frente. La despertaría en cuanto subiesen con las medicinas para que se tomase todo. Cuanto antes empezase a medicarse, antes se encontraría mejor.

–Tráeme el portátil y los informes de AzValor y Cobas. Trabajaré desde aquí hoy y así estoy más cerca por si necesita algo. –Ladró de nuevo por el interfono. Era lógico que lo hiciera, ¿no? ¿No haría eso el novio enamorado que supuestamente era?

Marta se encontraba en duermevela. Era consciente de una presencia más en la habitación, pero el cansancio podía con ella y, aunque le despertaba el malestar, volvía a caer en el sueño antes de adquirir plena conciencia.

Cuando se encontró mejor, supuso que habían pasado bastantes horas desde la mañana, pues parecía haber anochecido aunque Mángel seguía allí, sentado ante el escritorio de la salita. La luz del flexo iluminando sus documentos y el ordenador creaba un halo en la oscuridad del resto de la habitación. Probando la fuerza de sus inermes piernas, se levantó hacia él.

–¿Ya es de noche? –Graznó Marta desde el umbral de su cuarto.

Mángel se quitó las gafas de carey para leer que llevaba y la observó de arriba abajo. La joven se sintió expuesta a pesar de vestir un camisón de

franela largo hasta los tobillos y cerrado hasta el cuello. Sentado allí, en mangas de camisa, sin corbata y con tirantes, Mángel seguía pareciendo el dueño del imperio que era.

–¿Cómo te encuentras? –A pesar de la pregunta interesándose, su tono, como siempre, era seco.

–Mejor.

–¿Te duele la garganta?

Marta tragó saliva y sintió que todavía le dolía.

–Menos.

–Vuelve a la cama. Te llevaré algo de cenar.

–No tengo hambre.

–Es un caldo. Lo ha traído Claudia. Te lo ha hecho ella. Casero.

Marta sonrió.

–¡Qué mona! Ya voy yo. Sigue trabajando. –Empezó a pasar delante de él hacia la pequeña cocina–. O ¿quieres que te traiga algo a ti? ¿Te apetece cenar?

Por fin, Mángel se levantó.

–Acuéstate. Te lo llevo a la cama. Estás mala.

–Ya estoy bien. Con todo lo que me ha recetado el médico me ha hecho efecto y estoy mucho mejor. Además, he descansado, que me hacía falta después de la mala noche que he pasado, y me encuentro más fuerte. Es que esta mañana no podía con mi alma –se excusó.

–¿Esta mañana?

Marta asintió mientras abría la nevera. En el estante central había una jarra con un líquido grasiento y amarillento con tropezones dentro. Se le revolvió el estómago. Sabía que normalmente le gustaría, pero en ese momento se negó a intentar calentarlo para comerlo.

–Mejor no me voy a tomar nada. –Decidió. Y como sintió que en verdad le flaqueaban las fuerzas, miró a Mángel excusándose–. Vete a casa o a tu despacho. Tienes demasiadas cosas que hacer como para estar aquí de niñera. Ya me encuentro mejor y en cuanto pase esta noche, mañana estoy lista para ir a trabajar.

–¿No vas a cenar? –le preguntó él sin hacerle caso

Ella hizo un mohín con la boca.

–Al final no tengo ganas. No pasa nada –añadió, advirtiéndole que él la iba a insistir–. Por un día sin comer no pasa nada.

–Un día. –Mángel asintió–. ¿Sabes cuánto tiempo llevas metida en esa cama?

Marta se encogió.

–¿Qué hora es?

Mángel miró su reloj de pulsera.

–Las once y media.

–¡Uy! De verdad, vete a casa. Es tardísimo. Siento haberte hecho perder todo el día.

–Querrás decir tres días.

–¿Cómo que tres días? –preguntó ella asombrada.

–Que llevas tres días mala.

Marta se horrorizó.

–¿Y te has pasado aquí los tres días metido?

–No es que hayas dado mucha lata que se diga. –Se encogió de hombros, molesto–. Además, me da igual estar aquí que a diez metros de aquí, en mi despacho. Y así hago el papel de novio preocupado –trivializó.

Marta se quedó sin palabras. Podía haberle dado las gracias, pero acababa de decirle que no lo hacía por ella, sino por el papel de novio que él mismo se había impuesto. Trató de hacer memoria de las horas pasadas, pero no tenía nada en la cabeza, así que no podía imaginar hasta qué punto Mángel la había estado cuidando. Independientemente del motivo, se dijo, los hechos eran los que contaban. Así que graznó un educado gracias y le siguió a la cocina.

Cenaron juntos en lo que a Marta le pareció una de las veces en que Mángel estuvo más relajado. Estaba acostumbrada a verle consultar el móvil, a tener una mirada inquieta que seguía la conversación con quien estaba pero que también huía a otras partes, sin llegar a posarse en nada. Solía comprobar la hora en su Rolex Air King de esfera negra y parecía calcular el tiempo que le quedaba para llegar a otro sitio. Sin embargo esa noche, en aquella pequeña cocina americana tan limpia como un laboratorio y la mesa con dos servicios con cristalería y vajilla portuguesa de Vista Alegre que, efectivamente, alegraba la vista, con manteles individuales de algodón, parecía no estar pendiente más que de ella.

Sintió Marta que regresaban a la época en la que se conocieron. Por primera vez desde que volvieron a verse en la empresa y comenzaron la charada de ser novios, Mángel pareció sinceramente interesado por sus amistades, su familia (lamentó el fallecimiento de su madre quizá por primera

vez en voz alta), y aunque ambos se negaron por mutuo acuerdo a hablar de los tíos y la prima Alejandra, o quizá por eso, la joven no recordaba haber pasado una velada mejor.

Mángel por su parte le habló de su madre, de la empresa, del trabajo que le había costado crearla, de cómo había llegado hasta allí con la ayuda de un préstamo y sableando a cualquier jugador con suficiente dinero para apostarlo contra él.

—¿A las cartas?

—Principalmente —asintió.

—Pero ¿eso es legal? Quiero decir —se corrigió no queriendo ofenderle—, ¿eso no es dinero B?

—En España ya está regulado todo el tema del juego, chata, por quién me tomas? Soy un tipo muy legal. Y nada de dinero B, se pagan más impuestos que en ningún otro país. He contribuido a hacer más carreteras que nadie que conozca —ironizó.

Marta se rio.

Mángel se dio cuenta del cansancio de Marta cuando esta empezó a bostezar y decidió que ya era bastante. Se fue extrañamente contento y tranquilizado al comprobar que ya estaba mejor. Se había preocupado y había hecho ir al médico en dos ocasiones para que le confirmara que todo iba según lo esperado. Le molestaba tener sentimientos tan fuertes hacia ella. Veía que lo que había comenzado con ganas de revancha se estaba convirtiendo en un colegueo entre los dos que rememoraba mucho a la extraña amistad que habían mantenido de pequeños. No quería sentir nada por ella y mucho menos preocuparse. Quería terminar de vengarse y no olvidarse de nada de lo que pasó aquella horrible noche y de lo mentirosa que fue Marta al respecto al día siguiente.

No le gustaba sentir la más mínima empatía hacia ella, ni salir con tan buen sabor de boca tras lo a gusto que había estado cenando con ella. No se podía permitir bajar la guardia con alguien como ella que, en el mejor de los casos, no había cambiado y seguía siendo una mentirosa, tal y como había demostrado.

Capítulo quince

–¿Señorita Marta? Está aquí el señor Rodríguez de Sousa. Quiere verla. ¿Le dejo pasar? –le preguntaron por el interfono interno de la Torre desde la planta baja un sábado por la mañana.

Toda una vida de enseñanzas conservadoras habían adoctrinado a Marta en las cosas que debía siempre evitar una mujer con un hombre: no estar solos en una casa, no alargar las despedidas en un coche, acompañarte de una amiga si te citaba un chico con el que no tenías confianza, tener modestia en el vestir... “Quien evita la ocasión, solía recitar la madre Covadonga, evita el pecado”.

–Bajaré yo. –Y no era el pecado sino en su propia seguridad en lo que pensaba Marta cuando lo dijo.

Había en Torre Espacio un restaurante perfecto para tomarse un café. En la primera planta, aunque no tuviera servicio por ser festivo, ofrecía la posibilidad de utilizar sus máquinas expendedoras con *snacks* y aperitivos junto con toda clase de refrescos, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Era una facilidad que se ponía dado que muchas veces había personal que trabajaba fuera del horario laboral normal y que a ella, viviendo allí, le venía de perlas.

Ricardo era probablemente una de las personas que menos le apetecía ver en general, por no hablar en esta época de su vida en particular, dado que quería por todos los medios romper con las ataduras y recuerdos de su pasado. Y no es que hubiera tenido una mala vida anterior, pero Dito iba estrechamente ligado en su cerebro a sus tíos, a las veces que acudía con sus padres a pasar el día con ellos, comer y darle a ella la lata pegándola, a las veces que se había metido con ella y se había reído... y no tenía ningún deseo de mantener o alimentar su amistad, por mucho que él sí parecía insistir en ello y en algo más.

La noche que había coincidido con él en aquella fiesta, le había asombrado su declaración de interés, pero no la había creído. Siempre había pensado que la aversión era mutua y, si por parte de él no había tal aversión, desde luego había carecido totalmente de sutileza para demostrar lo contrario durante años

y años. Marta no podía evitar que a ella él le cayera fatal. Le gustaría que no fuera así, pero era una realidad. No le soportaba.

–¿Qué tal? –le saludó con la cabeza al abrirse las puertas del ascensor y encontrárselo de frente.

–¿Cómo estás, Marta? –Él se acercó a darle dos besos y, mientras lo hacía, le pasó calurosamente la mano por la espalda, dejándola ya en su brazo–. ¿Qué tal se vive aquí?

–Muy bien, gracias.

–Imagino que mejor que en el barrio de Tetuán, ¿no?

Marta se negó a bajar la cabeza delante de él.

–Pues el barrio tenía su encanto.

–Sí, imagino que para ti lo tenía porque carecías de coche que aparcar en la puerta para que te lo robaran.

–En todo el tiempo que estuve allí jamás presencié un robo.

–Bueno, porque no los hacen delante de la gente. –Se encogió de hombros–. ¿Dónde vamos? –cambió de tema, aburrido.

–Hay una cafetería en la primera planta.

–¿Estará abierta?

–La parte de los dispensadores mecánicos, sí.

–Pues venga, que necesito una coca cola.

Marta pensó que ella también.

Se sentaron en una de las mesas plateadas del bar mientras bebían tranquilos sus latas. Interiormente, Marta esperaba a ver qué quería decirle el antiguo conocido.

–Marta –tomó aire al fin–, he venido a proponerte que te cases conmigo. Ahora en serio y de verdad. Nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Los dos pertenecemos a familias iguales. Sabemos qué podemos esperar el uno del otro y, de verdad que he tenido que ser muy torpe anteriormente para que no te des cuenta de que estoy enamorado de ti.

Volvió a tomar aire, ya que había soltado todo el párrafo de carrerilla y se la quedó mirando, a la espera.

–Pues en verdad sí que es una sorpresa que sientas el más mínimo aprecio por mí. Siempre me has tratado fatal, te has metido conmigo todo el rato...

–¡Pero entonces era un niño! –exclamó, ligeramente enfadado de que ella no se diera cuenta.

–No hace tanto tiempo. Y después tampoco es que hayas sido precisamente

encantador. –Recordaba perfectamente los tonos despectivos, la manera de meterse con la ropa que vestía, de reírse porque sacaba buenas notas, de mofarse si se tropezaba. Había pasado el peor año de su vida cuando su madre había estado ingresada y él no había aparecido ni una sola vez por el hospital a visitarlas. Si quería haberle demostrado su amor en algún momento, desde luego ese podía haber sido el indicado.

–No tergiverses las cosas. Si así fuera, entonces era entonces y esto es ahora.

–Y ahora estoy justo saliendo con una persona.

–¿Saliendo o te han comprado?

Marta le miró sopesando si contestar o no.

–Me conoces lo suficiente para saberlo. –Le fastidiaba que la relación con Mángel fuera una mentira, y en ese momento más que en ningún otro. Pero, eso sí podía hacerlo con la cabeza alta, ella no se había vendido, no al menos en el sentido en que Ricardo estaba refiriéndose.

–No le quieres. ¡No le puedes querer! –rectificó enérgico.

–Eso es asunto mío y no voy a discutirlo contigo.

–No sabes nada de él. Parece que es de nuestro mundo porque está forrado, pero recuerda de dónde viene.

–Por ahí no vayas, Dito. Mángel, viniendo de donde viene, jamás ha tenido una falta de educación conmigo.

–¡Ha estado en la cárcel, por Dios! Es un expresidiario. –Notó que había pillado a Marta por sorpresa al ver cómo le cambiaba la cara–. ¿No lo sabías?

Marta negó. ¿Por qué podría haber sido detenido? Conociendo el mal genio de Mángel quizá se había pegado con alguien y se le había ido de las manos.

–Por ladrón.

–No te creo –dijo rápida–. Si fuera un ladrón no tendría ahora el imperio que tiene. La ley no se lo habría permitido. –Era imposible, se dijo, que si hubiera una mácula en su vida como esa, hubiera ganado la confianza de inversores y empresarios que no se tenían precisamente por tontos.

–Fue hace mucho. Desde entonces ha aprendido a cubrirse las espaldas. O ¿de verdad crees que se puede triunfar de la nada siendo legal? Todo este edificio apesta a fraudes y estafas.

Marta recordó una conversación que había mantenido con Javier, el marido de su amiga Silvia, que llevaba muchos de los temas legales de la empresa. Había comentado que Segarrax era una de las empresas más meticulosas en las

que había trabajado, que se conservaba resguardo, factura y tique de cada cosa detalladamente y que llevaban una contabilidad, a pesar de lo grande que era la empresa, en la que cada céntimo que salía y entraba estaba perfectamente justificado.

–Creo que deberías dejar de calumniar. –Miró su reloj–. Te voy a tener que dejar.

–No, no me puedes dejar así. He venido aquí, olvidando mi orgullo, para ofrecerte que seas mi esposa. –La agarró de los antebrazos cuando vio que se iba a levantar, inclinándose hacia ella por encima de la mesa–. No puedes decirme adiós y hasta mañana como si tal cosa. No puedes estar con él. Es imposible que le prefieras a él que a mí.

Un recuerdo asaltó de repente a Marta. Había sido invitada junto a su madre, sus tíos y su prima Alejandra a bañarse a la casa de los Rodríguez de Sousa. Todos habían salido ya de la piscina y tomaban el aperitivo en el porche del jardín, excepto ella, que se había quedado buceando porque le encantaba. Recorría el fondo azul de la piscina mirando a derecha e izquierda encantada con las formas transparentes que recreaban sus ojos, parándose a tocar una hoja flotando en el suelo, a recorrer con los dedos los dibujos pintados en el fondo de la piscina y lamentando cada momento que tenía, inevitablemente, que salir a respirar de nuevo. Sintió el momento en que entraba otra persona. Vio a Dito por el rabillo del ojo y, queriendo estar lejos de él, se dirigió a la otra punta dando saltos fuera y dentro del agua. No tuvo oportunidad contra él. Se le colgó por detrás, ahorcándola con sus brazos mientras con todo su peso la hundía justo en el momento en que ella salía a por aire. Recordaba con nitidez la sensación que tuvo de pensar que se iba a morir, de no tener aire, del agua que tragó así como sus lágrimas y sus mocos, mezclados con el agua clorada de la piscina cuando al final él la soltó entre risas.

–Jamás podría salir contigo, menos aún casarme –dijo claramente.

–Piénsatelo... –comenzó a repetir él, ahora en lugar de agarrándola por los antebrazos acariciándoselos con las manos. Algo había visto en la mirada de ella, y la de él se llenó de desesperación.

–Me parece que Marta ha sido extremadamente clara. Hace rato ya además. –Mángel apareció en el campo de visión de los dos. Vestido con unos pantalones azules y americana y en las manos tintineando un llavero, ofrecía una imagen absolutamente pacífica que se contradecía con la contención con

que había obligado a su mandíbula a no abrirse y a su voz a mantenerse calma.

—¿Qué eres? ¿Su padre? —Ricardo se molestó. “Hace rato”, había dicho ese imbécil. ¿Acaso les había espiado?—. ¿No sabes que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? Supongo que no, como desconoces infinidad de normas de educación. —La rabia le explotó cuando se dio cuenta de que Marta se había escapado de su lado y se acercaba a él—. Crees que con tus millones ya lo has solucionado todo, pero sigues siendo un paleta de Vallecas. Aunque la mona se vista de seda... —Escupió—. ¡Qué asco me das, Marta, por estar con él!

No tuvo tiempo de decir más. El golpe le vino rápido como un relámpago y con la fuerza de una bola de demolición. Aturdido aún en el suelo, sintió las manos de Mángel alzarle desde el cuello.

—¡Mírame, chalado! —le dijo el empresario—. No vuelvas a pronunciar el nombre de Marta con esa boca asquerosa tuya. ¡Y ahora, sal de aquí!

Mángel se volvió a Marta, que les miraba con los ojos agrandados por el susto. Se odió a sí mismo por haber perdido la compostura. Pero el hecho de que Rodríguez de Sousa la hubiera estado tocando, la hubiera propuesto matrimonio incluso, le había hecho hervir de indignación. El cuerpo de Mángel se había tensado como un arco, mortificado por si ella le decía que sí. No era la primera vez, pero sí la más fuerte, en que había escuchado el grito feroz de su interior: “¡es mía!”. Malhumorado consigo mismo, la cogió del codo, esforzándose por ser suave. La había asustado, y eso es lo que menos podía querer, que ella le temiera. Nunca había pegado a una mujer, y desde aquella pelea inolvidable con su padre, había dejado de pelearse con todo el mundo en la calle buscando guerra. Incluso en la cárcel, donde una buena pelea asentaba tu posición, se había controlado bajo el recuerdo de la incontrolable ira que había sentido hacia su progenitor. Y ahora, oculta tras años de pátina de educación e imitación de buenos modales y cortesía, había vuelto a resurgir con la fuerza de un *tsunami* contra la nariz de Ricardo.

—Vámonos, Marta. —Le costó hablarla, pero logró que su voz saliera con naturalidad.

Y ambos dieron la espalda a un Ricardo que se limpiaba la sangre que le caía de la nariz con el dorso de la mano mientras les miraba con ojos enfurecidos pero claramente decidido a no contestar asumiendo que llevaba las de perder

—¿Lleva mucho tiempo molestándote?

–No... no. Solo quería hablar conmigo... No sé qué le pasa. –Marta se encogió de hombros. Sentía pena por Dito. A pesar de que nunca había sido una persona grata para ella, no deseaba a nadie el puñetazo que Mángel le había dado—. Siempre ha sido un ser horrible conmigo y ahora me salta que si me quiero casar con él. Creo que está un poco loco, la verdad.

Mángel la miró y escrutó su rostro. ¿Verdaderamente Marta no se daba cuenta?

–Está enamorado de ti –le dijo para probarla un poco más.

–¡Qué va! –La joven aseguró, provocando que toda su melena se ondulase mientras negaba con la cabeza—. Siempre me ha odiado y me ha tratado fatal. Le han entrado las ganas al ver que tú y yo salíamos juntos. E imagino que en el fondo para provocarte y resarcirse de algún modo con el pasado.

–Algunos imbéciles no saben cómo llamar la atención de la chica que les gusta y en vez de tratarlas bien hacen todo lo contrario. –Nunca había entendido qué tipo de funcionamiento mental podía invitar a alguien a hacer eso, pero lo había visto más de una vez. Chico con pocas capacidades sociales o que sí las tenía pero las perdía con la chica que le gustaba, que le trataba mal, le contestaba e incluso llegaba a pegarla. La lógica contestación de la chica objeto de este interés era huir de este tipo de comportamientos, pero, todavía aún más incomprensible para Mángel, había un pequeño porcentaje de chicas que a lo mejor porque ese tipo de atención era la única que conseguían, volvían a por más y se generaba todo un tipo de relación absurda basada en las malas contestaciones y algún que otro golpe por las dos partes. Mángel cabeceó negando. Con lo fácil que es decirle a una mujer algo bonito cuando la miras. Miró a Marta a su lado. No se había dado cuenta de que iban cogidos de la mano. Sintió un ligero calor en el corazón. Aquella extraña relación que llevaban le hacía sentir de vez en cuando una ligera inclinación hacia ella. Supuso que se debía al cariño que la había tenido en el pasado—. Seguro que a Ricardito le gustabas ya desde pequeños.

–Entonces tú estás loquito por mí. –Marta se rio.

Aquel comentario fue como un mazazo para Mángel. Le soltó la mano. Verdaderamente había sido un sátrapa con ella. Borde, molesto, mandón, procurando no hablarle mucho, matándola a trabajar y, aún peor, no solo lo había hecho por vengarse, sino porque ella en verdad le gustaba, le gustaba mucho.

Esta última revelación fue el colmo para él.

–¿Cómo que me parezco a ese imbécil?

–Es una broma –le tranquilizó Marta–. No tengo ganas de pensar ahora en todo lo que me ha hecho. Pero si eso es amor... no lo quiero.

A él tampoco lo querría, comprendió Mángel.

–¿Vuelvo y le pego más fuerte? –Trataba de quitar hierro a sus sombríos pensamientos, pero sintió unas ganas irresistibles de volver, efectivamente, y molerle a palos por todas las ofensas pasadas hechas a Marta–. ¿No tenías nadie que te defendiera?

Marta le miró.

–Tú me defendiste, ¿te acuerdas?

Y bien caro que me salió, pensó el hombre para sus adentros.

La joven se encogió de hombros mientras él le fruncía el ceño.

–Es en esos momentos de la vida que echas de menos no tener hermanos –y añadió–: Unos primos de mi prima –y se rio de la repetición–, bueno, pues eran tres hermanos varones, se pegaban entre ellos muchísimo, pero como alguien externo siquiera tocar a uno de ellos, los otros iban a apoyarle. Si a uno de ellos alguien le molestaba en el colegio, los otros dos hermanos iban a solucionarlo. Imagino que entre ellos se llevarían mal muchas veces, pero se querían y tenían ese sentido de familia. Yo quiero tener muchos hijos –dijo como si lo hubiera meditado.

Mángel le miró asombrado.

–No sabía ni que hubiera un candidato a padre.

–Y sabes que no lo hay –le contestó, molesta consigo misma porque se le hubiera escapado ese deseo delante de él–, pero cuando lo haya, sé que quiero una familia numerosa, sin complicaciones, donde todos se peguen y se chillen pero en el fondo se quieran.

–¿Esa es tu idea de familia? ¿Un lugar donde todos se peguen y se chillen?

–Ja, ja, ja –Marta se rio sinceramente–. ¡No! Pero no soy ninguna idealista. Sé que la familia no es un lugar idílico donde todos piden las cosas por favor y no se oye ningún ruido en la casa y todo está en orden. –Ya había tenido de eso, se recordó. Ya lo había experimentado y no quería eso para ella. Pasillos silenciosos, besos secos y fríos dados a las horas exactas por la mañana y por la noche. Besos falsos. Calma falsa. Armonía falsa–. Sé que hay follón, que los niños se pegan, que desordenan, que chillan, que gritan, que ríen y que lloran. Y yo quiero eso. Eso sabiendo que en el fondo de todo está el amor incondicional. –Y se dio cuenta que eso era exactamente lo que no había

sentido en su vida. Sí, su madre le había amado. Pero tras la muerte de su padre había sido un amor tan secundario, tan roto, tan frío, tan “obligado”, que Marta no se había vuelto a sentir querida y lo echaba de menos—. Mira la familia de Javier y Silvia. Sé que en ellos el día a día no es maravilloso, que los niños tan pequeños les cansan a veces, que, según ella me cuenta, hay momentos que no tienes tiempo ni para ir al cuarto de baño sola, pero ¡tendrías que verlos jugar! ¡Cómo encuentran tan normal que los juguetes son de todos, que alguien duerma en la cama de al lado o de encima o de debajo de la tuya, que el baño vaya por turnos...! Y en toda esa vorágine, porque les he visto hacerlo, sé que Silvia y Javier dejan a los niños con los abuelos y se van un fin de semana solos, sin nadie. Y aunque Javier llega al trabajo que no sabe ni cómo se llama cuando le han dado mala noche o alguno de los críos ha estado malo, le compensa. Y aunque Silvia no ha querido perderse esta época de ellos y ha dejado apartada por un tiempo su proyección profesional, le compensa.

Mángel sonrió ante la imagen que evocaba y se dijo que a ella le pegaba. Le iba una familia ruidosa y feliz, con disgustos pero fuerte como un roble. Y se dio cuenta de que no le disgustaba la idea de imaginarse allí con ella. Sacudió la cabeza, molesto consigo mismo.

—Vámonos —dijo seco—. O llegaremos tarde.

La moto impidió que volvieran a conversar solos. Pasaron el día en la Real Fábrica de Tapices, un encuentro mitad por negocios, mitad por placer, al que había invitado a Mángel uno de los socios de una de las empresas que trabajaban con Segarrax. Marta no pudo evitar sentirse impresionada. Desconocía que se hubiera abierto al público para celebraciones aquel exclusivo, céntrico y elegante espacio donde de cada pared colgaba una alfombra aún más maravillosa que la anterior y todas ellas con el olor a historia y grandeza de lo que es ya Patrimonio Nacional. Paseó impresionada por los diferentes espacios y salas mientras saludaba a unos y a otros y echaba de vez en cuando un vistazo a Mángel para asegurarse de que no la necesitaba. A fin de cuentas, su papel era estar con él. No se permitía olvidar que estaba allí porque él la había “contratado”, porque él era a veces tan fácil y ella le tenía tanto cariño que, si se olvidaba de la realidad, podía sufrir mucho más.

Cuando regresó a la sala Goya, Mángel llevaba la voz cantante en un corrillo que se había formado a su alrededor. Le gustó ver que, a pesar del calor y de que algún otro comensal ya lo había hecho, Mángel no se había

quitado la chaqueta del traje. Para Marta era admirable ver cómo él aceptaba con naturalidad las pautas de educación que ella le ofrecía, cada vez con menos reticencia al darse cuenta de que él no solo no se molestaba, sino que las agradecía. Se necesitaba la humildad de reconocer que en algo no se tenía suficiente conocimiento para aprender. Se acercó, curiosa, para enterarse de qué estaban hablando, puesto que había más de un rostro encendido por la discusión.

–Es absolutamente inmoral quitar a una familia su casa –exponía Mángel categórico.

–¿Cómo puedes decir eso tú? Los negocios son así. Nadie le obliga a comprarla ni a meterse en una hipoteca de esas características. –Un famoso bancario le replicó.

Mángel echó una mirada heladora a su interlocutor.

–¿En serio nadie le obliga? Podemos discutir sobre sus presiones para meterse en esa hipoteca más tarde, pero ¿de quién es la responsabilidad última de que se le permitiera firmarla? El banco le ha pedido su nómina, la de su mujer, la de sus padres, aval, y ha visto y sabe las circunstancias de ese cliente, que no es la primera vez que aparece por la puerta. ¿Se ha cuestionado por un momento la inmoralidad de permitirle firmar eso? ¡No! porque sabía que a la menor pega, el cliente se iría por la puerta a una oferta mejor. Dais a las hipotecas el espejismo de rigurosidad y un barniz falso de dificultad para que al cliente todavía le atraigan más y en realidad están acompañadas de gastos de tasación, de primas, de obligaciones de seguros y un sinfín de cargas para el propio beneficio del banco justo cuando el cliente está ya con la guinda de una mejor vivienda en la boca. De la mano del mercado inmobiliario y del bancario se ha engatusado a la clase media para mejorar sus condiciones en lo que era y es en toda regla un endeudamiento de por vida. ¿Dónde se ha visto eso? Eso sí, en cuanto no puedes pagar: ¡a la calle! Si eso no es falta de ética, ya me dirás tú qué lo es. Por no hablar de que bancos como el tuyo han tenido que ser rescatados, con dinero público además, pero son incapaces de acudir al rescate de sus clientes.

–Me escama que alguien como tú, que ha hecho negocio precisamente de empresas que iban cayendo con la crisis, hable ahora de ética.

–No me voy a disculpar. Entiendo que en el mundo de los negocios unas veces se gana y otras se pierde.

–Segarra ha demostrado una y otra vez su ética en los negocios. No es a él a

quien se está cuestionando cuando todos, incluso tú –intervino un dueño de concesionarios de coches de marca de lujo– te has subido al carro de sus negocios.

El bancario pareció pensárselo mejor. No le convenía, por la cantidad de transacciones que llevaban juntos, molestar a Manuel Ángel, pero no consentía que se le cuestionase.

–No, si ahora va a resultar que estás a favor de lo de la cláusula suelo –dijo con retintín.

Mángel se encogió de hombros, su chaqueta, de traje a medida destacando su fuerte constitución con el movimiento casual.

–Eso ya lo han decidido los tribunales. Yo lo que digo es que no se puede echar a la calle a una familia. No pretendo apoyar a nadie que no pague sus deudas ni por supuesto el modo de vivir de los okupas, pero creo que esta sociedad apesta cuando un banco da una orden de desahucio y se cumple. Eso es todo. No creo estar diciendo nada falto de sentido de común. Exactamente igual que creo que los empresarios tenemos en nuestra mano muchas de las soluciones económicas de este país, empezando por ayudar a fomentar el pleno empleo y la conciliación. Tú –dijo señalando al hombre que había intervenido antes– no es la primera vez que me oyes hablar de esto.

–No te enfades, Manuel –el bancario no era capaz de entender ese tipo de discursos–, pero cómo se nota que provienes de clase obrera. Los empresarios de toda la vida no tenemos esas inquietudes sociales que tienes tú. Somos empresarios porque queremos hacer dinero y colaboramos en su justa medida con la sociedad, pero no a costa de perder beneficios.

El dueño de Segarrax le miró varios segundos tratando de valorar al hombre ante él que mostraba un ligero temblor de manos.

–¿Crees que tengo conciencia social porque provengo de otra clase?

–Sí. Si siempre hubieras tenido privilegios no tendrías simpatías por gente que no paga su casa.

–Creo que hasta un niño que viera el telediario hoy en día y cómo se lleva a cabo un desahucio estaría de acuerdo conmigo.

–Un niño, sí. Pero no se puede ser tan idealista. Tenemos que ser realistas. Si no, la economía se iría a pique.

–La del desahuciado hace tiempo que se ha ido a pique.

–Precisamente por eso, me estás dando la razón.

–Espero que no lo entiendas así. Yo, por mi parte, ya he dejado caer en los

dos consejos generales de los bancos donde tengo acciones que si se produce un solo desahucio quito mi apoyo a las entidades en cuestión. Estoy convencido de que se puede ofrecer otra salida a esas familias antes que echarlas literalmente a la calle.

Marta seguía el debate con la boca abierta y la mandíbula prácticamente en el suelo. ¿Este era el hombre al que Dito había acusado de robar? Este era el hombre del que desde luego ella se estaba enamorando y cada vez más.

Regresaron a casa, como siempre que iban en moto, en silencio. Marta daba vueltas a esos sentimientos que estaba desarrollando por él y Mángel rumiaba molesto. La conversación había llegado a un punto en el que a él se le había acabado considerando un soñador. Con cierta condescendencia, condescendencia hacia el poder que su nombre tiene en el panorama empresarial, se le había concedido la gracia de que no hubiera más desahucios, pero con un encogimiento de hombros mordaz del que no tiene más remedio que consentir con los caprichos del que proviene de la clase trabajadora, no con convencimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó Marta cuando llegaron a la entrada de la Torre Espacio y Mángel no hizo amago de acompañarla al interior.

—Claro.

—¿Sirve de algo que te diga que creo que eres admirable y que estoy de acuerdo con todo lo que has dicho?

El motorista salió de sus pensamientos para dedicarle toda su atención. Todavía subido en la moto, se había quitado el casco y tenía el pelo, corto y suave, ligeramente despeinado.

—Siempre he querido tener dinero —dijo al fin—, pero nunca he querido tenerlo a toda costa. —Recordó al que consideraba su mentor, el hombre que ya en la cárcel le había dado las claves para empezar el camino empresarial que le había llevado al éxito—. No me arrepiento de nada de lo que he hecho para llegar hasta aquí. —Pudo decir sinceramente—. Y me avergüenzo de algunos de los socios que tengo.

—No puedes hacerte responsable de todo lo que hagan los demás.

—Tampoco puedo mirar hacia otro lado.

Marta sintió que se derretía. Admiraba a aquel hombre. Era así. Y fruto de esa admiración le estaba desbordando un sentimiento enorme hacia él.

–¿Qué pasa? –le preguntó él, sorprendido por la extraña mirada de ella.

Marta cabeceó negando.

–Nada especial. Simplemente me gusta lo que veo.

La mirada en los ojos de Mángel también cambió y se tornó levemente sensual.

–Acércate.

Marta sabía lo que él quería. Se lo decían los ojos de él. Pero es que ella también lo quería. Estaba a tan solo un brazo de él, y aun así dio el paso hacia Mángel.

Él le puso una mano en la nuca. Sentado en la moto, tenían los ojos prácticamente a la misma altura. Y las bocas.

Se fusionaron en un beso. Al contrario que la otra vez, Mángel fue suave. Besos pequeños, continuos, indagadores y que apenas se distinguían unos de otros en su continua caricia. Tenía a Marta firmemente estrechada contra él. Ambos cuerpos rozándose.

Marta sintió que el suelo bajo sus pies cedía, pero no le importó. Mángel apoyó con fuerza los suyos en el cemento donde las formas geométricas competían en los colores negros y grises de la piedra y el granito. Marta oyó a alguien gemir sin darse cuenta de que era ella y su cuerpo le pidió más, ciega de deseo. Quería desesperadamente a aquel hombre ante ella, con tanta ansia que tuvo que echar el freno justo cuando una de sus piernas empezaba a colgarse de él como una enredadera.

–No me digas otra vez que no –le pidió Mángel, enfadado consigo mismo por encontrarse al borde de suplicar.

–Lo siento. No puedo –se lamentó Marta–. Así no.

–¿Así no? ¿Qué quieres de mí? –Sus ojos se mostraron atormentados–. ¿Quieres que dejemos esta pantomima de simular que somos novios? ¡Lo dejamos! Pero déjame estar contigo de verdad.

Marta le miró. Leía en el ansia de él del mismo modo que sentía la suya propia.

–¡Lo siento! ¡No puedo!

–¿Tiene algo que ver con esa maldita educación católica de colegio de monjas?

–Sí... no... No lo sé, Mángel. No es tan fácil para mí. No quiero terminar llorando.

–¿Y qué es lo que quieres?

¿Qué podía decirle a él? ¿Que lo quería todo y que si no, nada?

–No puedo hacerlo. –Negó con la cabeza, lamentándose–. No puedo dártelo y luego seguir viviendo como si nada. Yo no soy así.

Mángel se mesó el cabello.

–¡Cómo complicáis algunas mujeres las cosas, hasta lo sencillo!

Como estaba a punto de darse por vencida y de repente le había invadido una gran tristeza, Marta se dio la vuelta y huyó de la tentación como quien huye del fuego y se marchó.

Capítulo dieciséis

–¡Hombre, Marta! ¡Cuánto tiempo! Parece mentira lo poco agradecida que has resultado. Toda tu vida cuidando de ti y de tu madre y en cuanto te van bien las cosas, desapareces. –Su tía le abrió con este saludo la puerta de su casa.

Como no era cierto, ya que aquella visita era una más de las que la joven se obligaba a hacer de vez en cuando, no solo por mero cumplimento, sino porque efectivamente, con sus defectos y limitaciones como tenemos todos, el hermano de su padre se había encargado completamente de su madre y a ella le gustaba pasarse por allí, generalmente sin avisar, los domingos un poquito antes de la hora de comer sabiendo que ya habrían vuelto de misa de doce y llevarles un postre, sentarse un ratito con ellos y comprobar que estaban bien.

Sabía que desde que había comenzado su relación con Mángel a su tía solo le interesaba dónde había estado y con quién, qué les habían puesto de comer o cenar y cómo iba la gente vestida. Aunque Marta nunca había dado mucho juego en ese tipo de conversaciones, procuraba explayarse para evitar así la realidad de que a sus dos familiares más cercanos les estaba contando una mentira.

Al llegar aquella mañana, con unos vaqueros estrechos y una chaqueta gris marengo que abrazaba en corte desigual sus muslos, sintió enseguida que se ponía tensa al ver allí a su prima Alejandra.

La quería, eso lo sabía, porque era lo más parecido que había tenido nunca a una hermana, pero echando la vista atrás encontraba tan pocos –o ninguno– detalles de Alejandra hacia ella que había acabado por comprender, y lo que es más difícil, aceptar, que la que no la quería era su prima a ella. Había tenido que convertirse en mujer para llegar a este entendimiento y le había costado un gran esfuerzo emocional construirlo en una frase: “mi prima no me quiere” y, una vez hecho, había sido triste, sí, pero al menos había dejado de luchar consigo misma y sus contradictorios sentimientos, así como de tratar de congeniar con la joven, de hacer cosas buscando su aprobación, de mendigar su cariño, en definitiva. Por contra, la evitaba todo lo que podía, ya que pasar tiempo con ella era como pasarlo con una bomba de relojería: sabías que iba a

estallar pero, como no veías el contador, no estabas segura de cuándo y, sobre todo, nunca sabías por qué.

Así que, incómoda al ver a Alejandra, se sentó con sus tíos en su sala de estar esperando poder irse cuanto antes.

Como estrategia, y sabiendo cuánto le gustaba a Alejandra hablar de sí misma y de los planes que hacía, se lanzó a la distracción de preguntarle qué tal le iba todo y a sonreír y a fingirse impresionada con las cosas que le contaba.

Tenía unos amigos íntimos nuevos –como solía suceder cada cierto tiempo– y, como siempre, también esta vez eran de interés para ella, bien por estar socialmente asentados, bien por manejar dinero, bien por su fama.

–¿Tú no estuviste en la fiesta aniversario del Ritz, que fueron estos amigos que te digo?

Marta volvió a la realidad. Sí, había ido con Mángel al imponente y antiguo hotel que celebró su centenario con una impresionante fiesta de gala a la que habían acudido los reyes, el equipo entero de gobierno y todo el que podía considerarse alguien en el mundo del celuloide no solo nacional, sino que también habían asistido famosos de otros países. Así que, en una fiesta con alrededor de dos mil personas y más de cinco salones abiertos, dudaba sinceramente que hubiera coincidido siquiera con los nuevos amigos de su prima, pero asintió educada solo con la esperanza de pasar el trago cuanto antes y conseguir salir de allí sin que el mal carácter de Alejandra se pusiera de manifiesto.

Pero la vida muchísimas veces no nos da lo que queremos. Una vez acabado el tema de los estupendos sitios y los maravillosos planes que hacía con sus amistades, su prima volvió su atención de nuevo hacia Marta.

–Espero que no te moleste que te lo diga, pero es que no termino de entender cómo tú, que siempre has sido tan reacia a involucrarte con ningún hombre, hayas pasado todo por alto y te hayas puesto en boca de todos para salir nada menos que con Mángel Segarra.

Sabiendo que la preocupación de su prima era solo aparente, Marta se puso a la defensiva y contestó:

–Ya sabes que siempre me ha importado bien poco lo que diga la gente.

–Ya, pero es que no eres tú sola. Todo el mundo sabe que eres de esta familia y la gente me pregunta. No creo que ni mis padres ni yo nos merezcamos tener que estar dando explicaciones de por qué sales con el

donjuán más famoso de España, que se deshace de las mujeres con las que sale como si fueran papel de envolver y encima –era muy normal en su prima irse calentando con un tema y evidentemente su noviazgo con Mángel le sacaba de sus casillas, pues le había empezado a engordar la vena en la garganta y a subir el tono de voz– paga una deuda familiar tuya convirtiéndote inmediatamente en una prostituta de lujo. Porque, que tengas una cuenta pendiente que ir saldando con papá, comprenderás que no es lo mismo que tenerla con Manuel Ángel Segarra.

El rostro de Marta se tornó blanco.

–¿Qué quieres decir? Yo sigo haciendo la transferencia a la cuenta de tu padre. –Miró a su tío buscando su conformidad.

El hermano de su padre se encogió de hombros en su sillón orejero.

–Pensé que lo sabías. Vino a mi oficina y me pagó todo lo que me debías. Supongo que habrá dado orden de que tus transferencias se deriven hacia una cuenta suya.

–¿Por qué no me habías dicho nada? –dijo Marta con voz azorada y sentimiento de espanto.

De nuevo su tío se encogió.

–Pensé que lo sabías.

–¡No! Yo... yo... no lo sabía, pero... ¿por qué?

–¿Es que sigues pagando? Pensé que, como novio tuyo, iba a pagar tu deuda y aliviarte a ti de ella. Y la verdad es que me pareció raro que hubieras consentido, pero como me ha dicho Ricardo que has dejado de vivir en tu pisito –y usó el término con retintín, como si él nunca le hubiera animado a irse a vivir por su cuenta “que bastante he hecho yo ya por ti” –, creí que habías dejado de lado tus tan cacareados principios morales...

– ... ¡y te habías convertido en una prostituta de lujo! ¡Lo que te he dicho! – terminó la frase con una esperpéntica carcajada Alejandra–. Pero, como siempre, resulta que el chulo es él. No solo tiene una mujer completamente gratis, una chica como tú que además le da un halo de respetabilidad que no había tenido nunca antes, sino que además le pagas con el sueldo que él mismo te da por matarte a trabajar en su empresa. ¡Eres más tonta, hija!

Los dardos llovían a demasiada velocidad para que Marta supiera esquivarlos. El hecho de que Mángel se quedara con su deuda sin decirle nada no parecía, a ojos de la joven, tener explicación alguna más que la dolorosa evidencia de que quería tenerla aún más en su poder. La idea, tan fría e

hiriente, le produjo un dolor físico en el corazón.

Que Jandra pensase lo peor de ella no era nuevo, pero sí igualmente triste, y una vez más Marta se preguntó si realmente era tan difícil que las dos pudieran llevarse bien. Hacía tiempo que, por simple defensa personal, la evitaba, y el desarrollo de aquella mañana le reafirmó su postura.

–Para ser una prostituta de lujo –dijo con tanto dolor que el corazón lo convirtió en enfado– es necesario prostituirse. Dure lo que dure, Mángel y yo tenemos una relación basada en el cariño –mintió con soltura impelida a salvar al menos su orgullo–. A pesar de que trabaje en su empresa y de que, por algún motivo, que estoy segura me explicará, haya cancelado mi deuda con tu padre, no es la obligación lo que me une a él.

Ansiosa, además, por averiguarlo, se puso en pie y se despidió seca y hastiada de sus únicos familiares.

Había tomado Marta la costumbre de subir de vez en cuando a la azotea de la torre. Ligeramente peligroso y prohibido su acceso en general, de algún modo la joven había descubierto el modo de subir y se había camelado a los de seguridad del edificio para que le permitiesen ir cuando quisiera.

Al no encontrarla en el piso y haber sido informado por el conserje abajo de que Marta no había abandonado la compañía, Mángel se imaginó correctamente que podía estar allí. La puerta metálica abierta que conducía a la sala de máquinas y daba paso a la escalera le confirmó que había acertado.

Como ya le había visto hacer otras veces, la joven estaba sentada con las piernas recogidas bajo la barbilla, la espalda apoyada en un artesonado central de hierro y rodeada de aparatos de climatización y calefacción.

Iba con un chaquetón ya que, aunque las temperaturas de Madrid no eran bajas, allí arriba no solo descendían unos cuantos grados, sino que el aire destemplaba aún más.

Le asombró ver que daba una calada a un cigarrillo que antes le había pasado desapercibido.

–No sabía que fumabas –dijo acercándose mientras el viento la despeinaba. Mirase hacia donde mirase, Madrid se mostraba en toda su extensión absurdamente irreal en la perspectiva, como un cuadro con vida.

Marta se encogió de hombros y en ese momento Mángel fue consciente del aura de soledad y tristeza que la rodeaba.

–¿Qué pasa?

Se volvió a encoger de hombros.

–Me he encontrado la cajetilla en el bolsillo de la chaqueta. Debe ser de Silvia, se la presté el otro día que ella no llevaba abrigo para que saliera a fumar cuando fuimos a cenar a Silk and Soya. –Otra calada salió de sus labios, perdiéndose en el viento madrileño.

Mángel recordó el restaurante de cocina japonesa, tailandesa y española, de excelente trato, decorado con gusto y lleno de jugadores de fútbol del Real Madrid, donde se celebraban tanto tertulias literarias como conciertos benéficos o fiestas temáticas y solidarias y era un punto de referencia tanto gastronómico como social en el panorama nocturno madrileño.

–He venido a recogerte para ir al desfile. –Sabía que a Marta, a pesar de la austeridad con que vestía, el mundo de la moda le atraía y le habían invitado a un pase privado de Nacho Aguayo en el restaurante Horcher. Se sentó prácticamente frente de ella y notó la diferencia al quedar a cubierto de tanto viento.

–He ido a visitar a mis tíos –dijo la joven, y por primera vez desde que Mángel había entrado, sus hermosos ojos buscaron los de él.

El empresario sabía que antes o después Marta se iba a enterar. Lamentó no haberlo hablado antes con ella y, siendo sincero consigo mismo, se dio cuenta de que el ansia de venganza con la que había llevado el cambio de acreedor ya no tenía sentido. De algún modo ya no tenía tanto enfado hacia la joven sentada ante él y sabía que no quería verla sufrir.

–¿Sabes qué es lo que más me ha dolido? –le preguntó sin esperar una respuesta–. Que no me lo hayas dicho. Desde el principio, para mí, aunque sabía que estaba en tus manos y que te había molestado que mintiera en el currículum, la relación que teníamos, aunque falsa de cara a los demás, era honesta entre nosotros. Tú tenías todo el derecho del mundo a despedirme y yo aceptaba fingir ser tu novia para no quedarme sin trabajo. Todo claro.

Mángel siguió callado. No pensaba pedir perdón, evidentemente, pero tampoco iba a dar explicaciones.

Por su parte, Marta quería hacerle daño, quería que él se sintiera tan mal como se sentía ella. Pero lo vio allí, impasible, sin poner excusas, aceptando que lo había hecho y que no se lo había contado y supo que le daba igual.

–No contármelo es lo mismo que mentir. Nunca pensé de ti que fueras un mentiroso. –Dio una última calada al cigarrillo y sin piedad para la estructura

metálica que les rodeaba lo apagó, aplastándolo contra ella, dejando un rastro negruzco. Una cortina de pelo le ocultó la cara a Mángel mientras lo hacía y por eso ella no vio el gesto de irritación que asomó al rostro de él.

–¿Que yo soy un mentiroso? –Escondió el dueño de Segarrax su ira en una suave pregunta–. Y me lo dices tú que no haces más que mentir desde que te conozco.

Con una tranquilidad que no sentía pero que intentó aparentar, Marta dijo:

–No creo que mentir sea uno de mis defectos. Procuro no faltar a la verdad jamás, no porque sea muy virtuosa, sino porque siempre te acaban pillando.

–¡Ja! –El tono de Mángel se crispó en la falsa carcajada–. ¡Que no sueles mentir! ¡Por Dios, si ahora mismo acabas de reconocer que mentiste en tu currículum!

–¡Y sé que eso no está bien! Y mira –le señaló–, al final, me pillaste.

Y entonces a Mángel se le escapó lo que llevaba tanto tiempo guardando en el rincón más profundo de su corazón:

–¿Y acaso no mentiste cuando negaste ante la policía haberme visto siquiera la noche que le rompí la nariz al tontaina de Ricardo, que se quería aprovechar de ti?

A Marta se le agrandaron los ojos por el asombro:

–¿Cómo lo sabes?

Mángel sentía la sangre hervir. No quería habérselo echado en cara. Sentía un extraño placer al no haberlo hablado, pero ahora se le había desatado la lengua.

–Porque a causa de que no confirmaste que estuve contigo, como bien sabes que estuve, me condenaron por haber robado en una casa en la otra punta de Madrid –dijo entre dientes, todavía molesto consigo mismo por decirlo en voz alta.

Para Mángel, si no se hablaba de ello, no existía, y aunque había sido la razón por la que había querido tener a Marta en un puño, expresar en voz alta que aquello había significado tanto para él, le parecía una debilidad.

La cara de la joven era un poema.

–Había oído que habías estado en la cárcel, pero no lo creí porque sabía que eras incapaz de robar. Pero no podía imaginarme que yo tuviera algo que ver con el asunto.

–Pues ahora ya lo sabes “señorita no miento nunca”. Que menos mal que no lo haces, porque si de verdad mintieras no sé qué más pasaría en el mundo.

Molesto consigo mismo, se levantó airado y se marchó cerrando de un sonoro portazo la puerta metálica.

Marta se había quedado paralizada. Ella había tratado de ayudarle y, sin saberlo, le había hundido del todo.

¿Cómo podría explicárselo? Y Ricardo, ese absoluto imbécil, al final se había salido con la suya.

Mángel aceleró la moto. Estaba del peor humor posible. Maldijo el momento en que decidió que sería una buena venganza contra la muchacha tenerla a su merced haciéndola pasar por su novia. Desde luego que la que había salido del todo victoriosa era ella.

Deambuló sin darse cuenta de por dónde iba hasta que se encontró ante la puerta de la casa de su madre. Decidió entrar a verla. Hacía tiempo que no pasaba. Últimamente, en parte también por Marta, había estado más ocupado. Y le pareció, tan irritable como estaba, que era un buen lugar donde quitarse el mal genio. Su madre siempre le recibía con cariño y estaba dispuesta a escucharle. Hablaría un rato y probablemente le invitaría a cenar y haría para él una buena empanada y le distraería hablando de gente del barrio, de las cosas en la parroquia y de cómo iban sus tejemanejes para decorar la casa.

Estaba acostumbrado a entrar con su propia llave, pero como siempre hacía por delicadeza, tocó un par de veces al timbre y avanzó hacia el cuartito de estar donde su madre solía pasar más tiempo. Le llegó el sonido de voces y le dio pereza que hubiera alguien más con ella. Miró el reloj antiguo de pared que con su péndulo dorado marcaba las ocho y media de la tarde. Fuera quien fuera no tardaría en irse y él podría quedarse con ella a solas.

Si hubieran hecho una fotografía del momento y luego alguien comparase las caras, seguro que no podría discernir cuál de ellas mostraba más asombro cuando Mángel abrió la puerta y se encontró a su madre dando muestras evidentes de estar colocándose la ropa, y a su padre, al que hacía quince años que no veía y en el que de un solo vistazo pudo apreciar las formas familiares, las nuevas arrugas, las suaves canas y el rostro más saludable, abrochándose los botones de la camisa.

—¡Joder! —No pudo decir más. Totalmente noqueado volvió a cerrar la puerta y se marchó huyendo en la noche. Aquello fue para él la puntilla de un día horrible.

Con la moto como única compañera, pasó las horas rodando por carreteras sin rumbo, mientras en su cabeza, como si de una pista para peonzas se tratara, las imágenes y las ideas, los hechos del pasado y del presente, su vida y su destino, sus heridas y sus triunfos, danzaban como locas, chocando unas con otras, no permitiéndole hilar ningún pensamiento claro.

Capítulo diecisiete

–¡Ay, Dios mío! –El corazón de Manuela se había caído al suelo y estaba a sus pies, sin latir, dolorido y asustado y golpeado por la realidad de lo que había hecho. Se llevó las manos a la cara. Notó su rostro ardiendo y se imaginó que, a pesar de su edad, en aquellos momentos ella estaría roja–. ¿Qué vamos a hacer?

–No creo que sea para tanto. Ya volverá y hablaremos tranquilamente. – Ángel se acercó a ella y trató de abrazarla, pero brusca como no lo había sido nunca, ella se apartó.

–¿Cómo puedes decir eso? ¡No va a volver! ¡No sé si te quiere aquí! – Como las piernas le flaqueaban, se sentó en la butaca más cercana. Ella había pensado ya cómo hablar a su hijo de que se había reencontrado con Ángel, de darle una oportunidad a su padre, de comer los tres juntos un domingo para ir rompiendo el hielo–. ¿Qué he hecho?

–No has hecho nada, Ela.

–¿Cómo me dices que no? ¡Nos ha pillado de pleno! ¡Por amor de Dios! –Y sintió que se volvía a poner roja y que un calor como de chimenea le sofocaba desde dentro.

–¡Por amor de Dios, sí! ¿Acaso no somos marido y mujer?

–No me vengas ahora con esas. Llevamos quince años sin saber nada de ti.

–¿Y qué? ¿Es que eso hace que no seamos ya matrimonio?

Manuela lo miró incrédula.

–¿No pretenderás que tengamos ahora una discusión sobre nuestra relación cuando ni siquiera puedo pensar y siento que se me está abriendo el suelo bajo los pies? ¡Y claro que no somos ya matrimonio! A ver si te crees que uno puede desaparecer y pretender volver y encontrarlo todo igual.

Manuel sonrió. Para él lo que acababa de ocurrir con su hijo pasaría a los anales como una simple anécdota. No era idiota. Sabía que con Mángel tenía mucho que arreglar y que hablar. Y sí, es verdad que la primera vez que le veía en años le hubiera gustado que no fuera subiéndose los pantalones, pero ¡caray! llevaba tanto tiempo sin su Ela que no se había podido resistir. No le

cabía la menor duda de que madre e hijo se arreglarían y lo harían antes que él, pero le molestaba verla tan agobiada. ¿No se daba cuenta de que a su hijo se le pasaría? ¿No se daba cuenta de que él ya no volvería a irse a ningún sitio jamás?

Tendría que hacérselo ver y asegurarse de que ella le aceptaba otra vez totalmente. No sabía cómo, pero conseguiría su aceptación ya que, se daba cuenta, con la bondad innata de su mujer, ya había logrado su perdón.

Todavía en ese tejado en el que acababa de apagar el cigarro, Marta se encendió otro y rememoró aquella noche, la última que vio a Mángel.

Como tantas otras veces, le tocaba hacer de canguro. No le importaba hacerlo. Lo veía como una manera muy fácil de hacer dinero. Cuando llegaba a casa de los Bronzal los niños estaban ya generalmente dormidos o a punto de ello. De seis y cuatro años de edad, terminaban el día tan agotados que a las ocho y media de la tarde, Marta tenía ya poco que hacer después de haber comprobado, mientras les contaba un cuento o les cantaba en la oscuridad de su dormitorio, que se dormían profundamente.

Solía llevarse en su mochila escolar una lata de coca cola y un bocadillo y consiguiendo no manchar, lo tomaba ante el televisor.

Para ella, esas horas sola, sin tener que compartir cuarto de estar con su prima y sus tíos ya que su madre enseguida se acostaba y no pasaba con ellos ni la cena ni los momentos de después, eran una bendición, un oasis en un mundo adolescente donde la soledad –la voluntaria soledad– no era nunca fácil de encontrar. Algunas veces estudiaba lo que le faltaba por hacer de deberes o si tenía algún examen, otras veía en la televisión el canal que ella quería o se ponía alguna película de video de las que había en la casa y otras, el cansancio podía con ella, y levemente reclinada sobre el sofá, con la televisión de fondo, se quedaba dormida.

Había aprendido que no debía dormirse muy profundamente ya que una de las primeras veces que lo había hecho, se había despertado sobresaltada con el rostro de Felipe Bronzal, el dueño de la casa, a pocos centímetros del suyo, mientras le acariciaba el “culete” dándole suaves golpecitos que la mecían y le decía que era hora de despertarse e irse a casa.

Su mujer, al otro lado del sofá detrás de Marta, quitándose los zapatos de tacón y depositando en un vaciabolsillos sus pendientes y el collar mientras

examinaba su rostro ante el espejo, ni siquiera se había dado cuenta, y para cuando Marta quiso reaccionar, Felipe ya había dejado de tocarla y la miraba paternalista, como si no hubiera nada raro en lo que había hecho.

Y luego estaba la parte en la que le acompañaba a casa, con su mano acariciándole la nuca como si tal cosa y al despedirse le cogía la cara con las dos manos y despacio, muy despacio, le depositaba dos besos, uno en cada mejilla de una rígida y atontolinada Marta que, al día siguiente, pensaba de sí misma que exageraba las cosas y que no podía ser.

Pero, bien porque se había excedido con el alcohol, bien porque era verdaderamente un cochino, lo cierto era que Marta se debatió entre no volver a hacer de canguro si no se quitaba a Bronzal de encima.

Suspiró con alivio la siguiente vez cuando el matrimonio accedió a que se volviera sola.

–No sé, Marta –dijo la madre de los niños–. Le hemos dicho a tu tío que, dadas las horas, te acompañaríamos.

–Pues no hace falta que se lo digamos. ¿Qué me va a pasar en un barrio como el nuestro? No tardo ni diez minutos. Es casi como dar la vuelta a la esquina –exageró–. De verdad que no os preocupéis. Cuando salgo con mis amigas llego más tarde –mintió con soltura.

Necesitaba el dinero. No solo porque no recibía paga, como sí recibían casi todas sus amigas, probablemente porque su madre no tenía, sino porque necesitaba muchas cosas del colegio que hacía ya tiempo que había aprendido su madre no le iba a comprar. Gracias a ese trabajillo había podido adquirir el anhelado Rotring para las clases de dibujo técnico y así dejar de usar el rotulador negro Carioca.

No le importaba la ropa. Heredaba de Alejandra y todo estaba en excelentes condiciones. Además, ella no era muy vanidosa. No le molestaba incluso que su prima quisiera recuperar lo regalado y le quitase prendas que antes de vérselas puestas a Marta había menospreciado. Pero había muchas cosas para las que le venía bien el dinero.

En definitiva, que agradecía el trabajo porque le venía de perlas, pero no era tan tonta como para cogerlo a toda costa.

Consiguió, a base de ser más cabezota que el matrimonio, que no le acompañaran a casa y que su madre no se enterara y no volvió a permitirse el lujo de echar ni una cabezada, ni siquiera los días que los padres de los niños llegaban más tarde. Si alguna vez no aguantaba, su subconsciente, intranquilo,

solía avisarle y en cuanto se oía el ruido de la llave se desperezaba automáticamente. Pero lo mejor de todo es que ese trabajo le había permitido conocer a Mángel.

El rato en que Mángel la recogía, la llevaba en la moto a casa y hablaban era para ella el mayor regalo. Era lo suficientemente humilde como para creer que él iba a buscarla por un excesivo sentido de la responsabilidad y para matar el aburrimiento. Por su manera de ser, por la edad que tenía, jamás hubiera pensado que Mángel la veía a ella como una mujer, sino como una cría con la que pasaba el tiempo y Marta, eso lo sabía como la mujer que él había despertado en ella, jamás le haría saber que sus atenciones habían despertado en ella sentimientos de mujer.

La última noche que le vio no hubo despidos pero sí lágrimas, recordaba ahora Marta en lo más alto de la torre.

Ya era más tarde de lo normal cuando se oyó el ruido de las llaves. Acompañada de su marido, apareció en su marco de visión la dueña de la casa.

–Toma –le dijo dándole el dinero que llevaba preparado y el bolso todavía abierto en la mano– y bájate corriendo que es muy tarde y te va a acercar con el coche Ricardo Rodríguez de Sousa. Estábamos cenando en casa de tus tíos cuando ha llegado a traer a Alejandra y está ahora justo en la puerta para llevarte a ti.

No le dieron posibilidad de negarse dado que la propia señora de la casa le recogió su chaqueta y su mochila y le condujo imperativa hacia la puerta.

Una vez en la calle, saludó a Dito sin entrar en el coche, diciéndole a través de la ventanilla del copiloto que no era necesario que la acercara, que estaba al lado, pero el joven le abrió la puerta negando con la cabeza y le dio la orden de entrar.

–Sube y cierra rápido que hace un frío de pelotas.

Ya lo de las “pelotas” a Marta no le gustó, pero lógicamente no hizo ningún comentario y por no enfadarle, se sentó y cerró la puerta lo más rápido que pudo.

¿Qué tipo de buena educación nos enseñan –se preguntaría después Marta– que aun por encima del miedo somos incapaces de cuestionar los mandatos de un adulto? ¿Por qué no había desobedecido a los Bronzal y se había negado en rotundo a subirse al coche?

Escuchó el inconfundible sonido, tan familiar ya para ella, del tubo de

escape de la moto de Mángel y le dio tiempo a lanzarle un leve encogimiento de hombros y una cara de circunstancias indicándole así que no tenía más remedio que ser llevada por aquel joven.

Como además, tras las amenazas de Alejandra seguían manteniendo en secreto que se veían para no provocarle más envidias, el propio Mángel pasó de largo tan serio y lejano como si no se conocieran.

Poniendo el máximo de distancia entre el conductor y ella, aferrando su mochila, Marta mantuvo su mirada fija al frente mientras Ricardito conducía. Sentía que él le echaba un vistazo de vez en cuando. Pero no se alarmó hasta que vio que en lugar de girar, continuaba hasta Príncipe de Vergara y una vez allí se alejaba de Jorge Juan en dirección contraria.

—Es por allí —le dijo, señalando la calle que habían dejado atrás. Él asintió mientras confirmaba.

—Me he confundido. —Y se la quedó mirando bajo el semáforo en rojo—. Cuando conduces tienes que pensar muy bien por dónde vas, porque no es igual que ir andando.

A Marta le importó un pito la obviedad. Tanto para ir en coche como para ir andando tenía que haber girado en sentido contrario al que lo había hecho.

A la niña sentada en el coche se le podía haber ocurrido en ese momento bajarse del auto y decir: “bueno, pues ya no te hago dar más vuelta, que con el coche es más largo, y me voy andando” y poner así fin a todo. Pero lo cierto es que no se le ocurrió y para cuando se quiso dar cuenta Dito la estaba tocando con caricias la rodilla, a la que había desplazado su mano desde el cuadro de marchas como si tal cosa. Despacio, subió por el muslo, mientras le preguntaba por los exámenes.

¿Buena educación? ¿Estupidez? ¿Absoluta imbecilidad? Como toda víctima de estos abusos que se precie, Marta se preguntaría más tarde por qué no reaccionó. Pero en ese momento, tras un simple y torpe intento de apartar la pierna, con el que solo consiguió que él subiera su mano más hacia arriba, Marta lo intentó de nuevo. Sin embargo, él aprovechó para cogerle la mano y unirla a la suya y continuar tocándola, ahora con ambas manos, como si fueran una sola.

—No te estoy haciendo nada, no seas exagerada —dijo mirándola y en sus ojos grandes, oscuros en la noche iluminada madrileña, Marta pudo sentir su lascivia.

—No, por favor —le dijo Marta.

–No, por favor, ¿qué?

–Llévame a casa. Es tarde.

Al cambio de color de la señal de tráfico, él tuvo que soltarla para continuar la marcha.

Para alivio de Marta, el coche puso rumbo adecuado hacia su casa.

–¿Tienes novio?

–No.

–¿No? ¿Y no hay ningún chico que te guste?

–No –negó con la cabeza deseando que llegaran.

–¿Y alguna vez te has besado con un chico?

Volvió a negar pensando que, efectivamente, Ricardo era un absoluto guarro, pues no se imaginaba con nadie más que con una amiga hablando de estas cosas y, desde luego, jamás con él.

–No.

–Yo puedo enseñarte. –La miró de reojo, con una sonrisa caída en los labios.

Marta le miró con asco.

El coche se detuvo en segunda fila ante el portal de la casa de los tíos de Marta.

–¿Te enseño? –Se incorporó hacia ella mientras el cuerpecillo de Marta se apretujaba más contra el respaldo y contra la ventana.

Ricardo puso una mano en la puerta de ella, evitando así que Marta abriera y saliera y arrinconándola contra el asiento.

–No seas tonta. Solo es un beso. No quiere decir nada.

–No, no, por favor.

La puerta de Marta se abrió en el momento en que ella cerraba los ojos y Dito abría los labios.

Al faltarle el punto de apoyo, este cayó hacia un lado.

Marta miró sorprendida hacia un Mángel que se erguía sobre ellos en pie.

–Sal de ahí –le dijo, cogiéndola de la mano y sosteniéndola en pie en la calle. Ayudó a erguirse al conductor, prácticamente echado en el asiento del copiloto y Marta pensó, sin comprender aún, que estaba siendo demasiado educado con alguien que no se lo merecía. Sin embargo, cambió de opinión en cuanto al incorporarle, Mángel le estampó el puño en la cara.

–No vuelvas a tocarla. Jamás –dijo con los dientes apretados por la rabia.

No dio tiempo a que Ricardo contestara. Cogió la mochila de Marta del

suelo de delante del asiento y envolviendo uno de los tirantes en su mano, cerró la puerta de un portazo y no le hizo más caso. Como si no existiera, como si nunca lo hubiera visto. Se dio la vuelta y encaró a Marta, su rostro todavía deformado por la rabia y la violencia contenidas.

—¿Estás bien?

Marta solo pudo asentir avergonzada. Él había visto. Había visto cómo ella no hacía nada.

—Pues vete a casa, corre.

Marta se giró, lágrimas cayendo por su rostro compungido.

Acostumbrada a no hacer ruido una vez entró, se quitó los zapatos y los portó en la mano mientras andaba de puntillas, todavía pensando que todo lo que había ocurrido era superior a ella. Por el pasillo de parqué antiguo y sobre la alfombra bajo la que crujía levemente la madera, vio la luz encendida por la rendija de la puerta de su madre y aquello la frenó en seco. No esperaba que hubiera nadie despierto hasta que recordó que los Bronzal habían venido a cenar, o sea que se acabarían de acostar todos. Se quedó dudando ante la puerta, los pensamientos confusos en su cabeza. La imagen de su madre, abrazándole y acariciándole el pelo como solía hacer tantas veces antes que su padre muriera la llenó y sintió tanta necesidad de consuelo que sin pensarlo entró.

Con la luz de la mesilla de noche encendida su madre desvió la vista del libro que estaba leyendo, ajena a todo, y se quitó el pinganillo de la oreja por el que escuchaba también la radio.

—¿Qué pasa hija?

Marta no lo pensó. Se arrojó sobre ella, su desesperación, el susto por lo pasado, la impotencia, convertidos en lágrimas e hipidos.

—¿Qué ha pasado hija? —repitió su madre ahora alarmada—. No me asustes. — Pero le acariciaba el pelo, tal y como Marta había deseado, y trataba de ver el rostro que la niña ocultaba persistentemente contra el regazo materno.

En el momento en que Marta iba a encontrar la voz para contar lo que había pasado, su tío, en pijama y con una bata de rayas encima, irrumpió en la habitación golpeando la puerta contra la pared al abrirla impetuosamente.

—Pero tú eres tonta niña, ¿o qué te pasa?

Marta se asombró. Todavía parcialmente inclinada sobre su madre, mientras le miró, atónita y asustada dirigirse hacia ella y comenzar a zarandearla.

—Pero ¿cómo me haces esto, hombre?

Marta había visto a su tío perder alguna que otra vez el control y sabía que no atendía a razones, pero aun así, como no sabía qué había pasado, osó preguntar:

–¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho?

La torta llegó sin aviso y sonó clara en la habitación e hizo que la madre de Marta se levantara de un salto de la cama y con la radio en una mano sujetase el brazo de su cuñado con la otra para evitar que diera otro golpe.

–¿Qué pasa, por Dios, Pepe? ¿Por qué le pegas?

–¡Tu hija es tonta! –Todavía agarraba haciendo presión en los brazos de Marta, a la que le ardía la cara como si la hubiera acercado a una llama.

–Le conseguimos Julia y yo un trabajo para que se saque un dinerillo y resulta que tiene un amigo que va y le ha roto la nariz de un puñetazo a Ricardito. Que sepas que está sangrando muchísimo y se va al hospital y ha pensado hasta ponernos una denuncia.

–¡Eso no es verdad! –interrumpió Marta chillando histérica y dolorida–. Es lo que te iba a contar, mamá.

–¿Quién es ese amigo, Marta, y qué ha pasado? –le preguntó su madre con la voz de fondo de su tío haciendo comentarios del tipo: “Te tratamos como a nuestra propia hija”, “te llevamos al mismo colegio que a ella”, “no vamos a consentir que te juntes con calaña”.

–Y de la peor –intervino una nueva voz. Alejandra apareció en la puerta apoyándose en el umbral, cruzándose de brazos sobre su bata rosa de topitos blancos y con unas zapatillas en forma de peluches de conejo que a Marta le parecían lo más y le encantaría tener en lugar de las suyas escocesas. La joven prima había pasado una noche infernal en la fiesta, el ansiado por todas Mángel ni siquiera había aparecido y Ricardito había intentado sin éxito ligar compartiendo con ella su frustración por la desastrosa noche.

–Estoy segura de que ha sido Mángel Segarra. Man-ge-li-to –añadió con retintín, envidiosa de que él hubiera preferido venir a ver a su prima que asistir a una fiesta donde iba a estar ella–. Un barriobajero que se está aprovechando de mogollón de niñas del colegio.

Su tía, indecisa, miró a su hija.

–¿Eres amiga de ese tal Mángel tú? ¿Se ha aprovechado también de ti?

–¡No! –Completamente desviada de lo que verdaderamente acababa de pasar, Marta sintió que tenía que defender a Mángel–. ¡No sé ni quién era! ¡No era amigo mío! Si yo creía que lo conocía él –mintió, asombrada de la

facilidad con que le estaba saliendo y a pesar del enfado de que alguien como Ricardo se saliese con la suya y quedase indemne. Nadie creería ahora que se estaba aprovechando de ella. Pero le importaba mucho más Mángel, Mángel que podría meterse en un lío o incluso ser denunciado encima de haberla salvado.

Y con un aplomo que estaba lejos de sentir, añadió dirigiéndose a su prima y aparentando más de sus adolescentes años:

–Sabes perfectamente que ni es de mi edad ni va conmigo. Que me acompañó –eludió intencionadamente el vocablo “trajo” para no sacar a relucir la moto, otra fuente de discusión sin duda– a casa una noche.

–Sé que te ha traído más veces.

–No sé porqué le odias. Quizá porque a ti no te ha hecho caso cuando parece que no es muy selectivo en general –puso el dedo en la llaga con la sabiduría y la malicia que solo otorga ser mujer. Pero era imperativo que la redujese si no quería que tanto Mángel (sobre todo Mángel era quien le preocupaba) como ella, saliesen muy mal parados de aquella horrible noche–. Pero como comprenderás, una chiquilla como yo sí que no puede interesarle lo más mínimo. Así que haz el favor de no mentir y si sabes quién nos ha atacado a Dito y a mí hoy, haz el favor de decirlo o déjanos hablar.

Consiguió atemperar los ánimos. Su tío no llegó a pedirle perdón por la bofetada que le había dado, su madre nunca se enteró de lo que pasó en realidad y Marta se acostó con una inmensa sensación de soledad. Mentiras por un lado, negaciones por el otro, teatro y, en el fondo, un dolor insoportable, un gran sentimiento de injusticia y miedo a que pudiesen implicar a Mángel o tomar medidas contra él, precisamente contra él, que a ella solo le había hecho el bien.

Al día siguiente vino la policía y Marta ya había contado tantas veces la historia falsa de lo que había sucedido que no le costó nada decir a los uniformados que no, no conocía de nada al chico que pegó a Ricardo Rodríguez de Sousa; no, no sabía por qué le había pegado; no, no dijo nada, solo le pegó y desapareció corriendo, y no, no robó nada y no, seguro, segurísimo que no era Manuel Segarra el joven que les atacó. Sí, sí sabía quién era Manuel Ángel Segarra porque lo había visto rondando por el colegio y no, no tenía ninguna relación con él y no, no era el mismo joven que les agredió.

No volvió a saber de Mángel ni a verle, pues él dejó incluso de aparecer

por el colegio. Marta había deseado encontrarle los primeros días, saber en qué había quedado todo, pero no tenía modo de averiguar ni a nadie a quien preguntar. Se dijo, además, que probablemente Mángel no quería tener nada más que ver con una pusilánime como ella que se dejaba aprovechar por un chico mayor sin poner ni media pega. Cómo lamentaba lo mal que lo había hecho, lo corta que había estado, y ya “a toro pasado” se le ocurrían, muchas veces hasta perdía el sueño por ello, la cantidad de cosas que podía haber dicho y hecho para evitar los avances indeseados de Dito y entre ellas, siempre, como la medida más adecuada y acorde a lo que estaba sucediendo, un puñetazo como ya había hecho Mángel en lugar de ella.

Y aunque le hubiera gustado verle, y aunque le echaba de menos, siempre le recordó con inmenso cariño y no olvidaba que, a fin de cuentas, había sido el primer chico en gustarle.

Corrió el rumor por el colegio de que lo habían encarcelado y el corazoncito de Marta volvió a latir con normalidad cuando nadie dijo nada de una pelea sino que había robado, cosa que no creyó y desechó sin darle más vueltas.

Cada vez que reponían en la televisión *Margarita se llama mi amor* y al igual que le sucedía a otras alumnas del colegio de su época, Marta recordaba con cariño a aquel chico ya prácticamente un hombre con quien compartió tantas y tan buenas conversaciones y del que se enamoró perdidamente y al que le deseaba lo mejor en la vida, no sin dejar de envidiar a la mujer con la que terminara compartiendo su vida.

La conversación con Marta en el tejado le había llevado a aquella noche horrible que siempre quería olvidar.

Había una fiesta en casa de una amiga de Raquel, la novia de Tomás, en una vivienda en El Viso. Ya sabía lo que podía encontrar allí. Como diría la canción de Mecano “muchacha mona pero ninguna sola”. Había dejado de sentirse agradecido y ligeramente intimidado porque las niñas bien le abrieran las puertas de sus casas y la curiosidad y el sentimiento de halago que habían aparecido al principio habían dado paso al aburrimiento. Además, Marta hacía de canguro esa noche y le gustaba esperarla. No le importaba tener que hacer tiempo sin saber a qué hora saldría. Solía leer en el soportal de la entrada al edificio de los Bronzal. Le encantaba leer y cada semana sacaba al menos dos

libros de la biblioteca del barrio. Siempre escogía uno con el solo criterio de que le apetecía y otro siguiendo una guía que había encontrado publicada en *El País Semanal* con las cien obras indispensables de la literatura que todo el mundo debe haber leído.

Unas le aburrían muchísimo y las acababa, porque siempre insistía, con cabezonería, en terminarlas, aunque fuera leyendo en diagonal, pero otras le habían asombrado por lo entretenidas que le habían parecido. Había añadido a ese gusto reseñas y críticas sobre ellas que había ido encontrando en libros sobre literatura y había podido comprenderlas y profundizarlas con total interés.

Tomás le recordó que iba a asistir a la fiesta y que entre la lista de invitados se encontraba Ricardo Rodríguez de Sousa, con quien Mángel tenía una deuda pendiente ya que no solo se dedicaba a contar mentiras sobre él (cosa que a Mángel le resbalaba) sino que sabía de buena tinta que, como el cobarde que era, le había rajado las llantas de la moto una noche que la había aparcado en la puerta de Green y había huido y desde entonces se las había apañado para no coincidir, seguramente porque ya le habría llegado que Mángel sabía que era él y que había jurado darle una paliza que no olvidaría.

Aun así, prefirió ir a por Marta. No le gustaba que se volviera sola y verla se había convertido en el mejor momento de la semana. Junto a Tomás, Marta era de las pocas amistades que consideraba verdaderas y beneficiosas para él.

La vio salir más tarde que nunca y subirse al coche del estúpido que le había rajado las ruedas. Contuvo las ganas de pegarle una paliza en ese mismo momento delante de ella. Asqueado vio cómo él le abría la puerta del BMW. “Niño de papá”, pensó despectivamente, sabiendo que acababa de cumplir los dieciocho y le habían regalado su primer coche. Algo en su cara, no solo que parecía querer ocultar que se conocían, sino algo más, así como el hecho de que nunca antes la hubieran llevado, le preocupó. ¿Se encontraría mal?

Sin nada mejor que hacer se dirigió hacia la casa de ella con ánimo de comprobar, cuando vio con sorpresa que el vehículo en el que iba Marta se giraba en dirección contraria. Sintió que una neblina roja le cubría los ojos como una venda cuando al volverlos a encontrar ante la puerta de la casa de los Sánchez de Prada descubrió que el miserable se cernía sobre ella. Se dio cuenta, de una manera inconsciente pero cierta, que, como le sucedía muchas veces, perdía el control. Solo la presencia de Marta y sus lágrimas de susto evitaron que continuara golpeando a aquel marrano en vez de matarlo. Pero

nada le habría gustado más que poner fin a la vida de ese cobarde.

Pero Marta, Martita, estaba de pie a su lado, temblorosa y con toda la apariencia de que iba a desmayarse de un momento a otro.

Apenado y preocupado, pero con la sangre hirviendo de rabia, no se le ocurrió nada mejor que mandarla a casa.

Llegó a la suya con cientos de imágenes de lo que hubiera podido pasar en ese coche si no llega a intervenir él.

No pudo evitar burlarse de que podía aparcar la moto en la puerta de su casa sabiendo que nadie la tocaría y, sin embargo, en el barrio pijo de las niñas *bien* un niño le había rajado las ruedas, abusado de una menor y unos idiotas habían golpeado a Marta el día que la conoció. Estaba demasiado crispado para darse cuenta de que el mal no sabía de clases sociales ni estatus económico.

Subió al tercer piso sin ascensor por la sombría pero limpia escalera en la que había más de una bombilla fundida.

Sus padres volvían a discutir. Sus gritos se oían antes de entrar. Le bastó mirar a su progenitor para darse cuenta de que estaba borracho y un segundo vistazo le dijo que no estaba en la fase de dormir la mona y dejarles a todos en paz, ni en la melancólica en la que se echaba la culpa hasta del hambre en el mundo y se decía que no era nadie, sino en la guerrera y discutidora, con ganas de pelea.

El rostro compungido de su madre le dio pena. A ella, él todavía le importaba y le dolían las cosas que le decía.

—¿Qué tal hijo? —La sonrisa de bienvenida de Manuela no llegó a los ojos.

Asintió, sin ganas de hablar, deseando encerrarse en la soledad de su pequeño dormitorio.

—Contesta a tu madre, maleducado, y saluda al entrar en casa.

Mángel lo miró evaluándolo y sintió asco cuando una vaharada de olor a whisky le llenó la nariz. Se dirigió de nuevo hacia su cuarto, donde la mierda de noche se le echaría encima.

—¡¿No me has oído?! —La voz de su padre cobró fuerza a pesar de la lengua pastosa y con cuerpo torpe y en toda su grandeza, se interpuso en el camino del joven—. ¡Saluda al entrar, joder, que esto no es una pensión!

Algo vio Mángel en su padre. Delante de él, apestando a alcohol, observó en sus ojos enrojecidos una provocación que no había visto antes. En su juventud, no supo descifrar el ánimo autodestructivo pero sí que se dio cuenta

de que buscaba camorra y su sangre, todavía alterada por lo sucedido con Marta, se alegró y se envalentonó con la ilusión de una buena pelea.

–Buenas noches, mamá –dijo dirigiendo a su madre un asentimiento de cabeza–. ¿Contento, viejo?

El puño le llegó a la mandíbula con la fuerza de un tren descarriado y le tiró al suelo. Antes de que su madre, llorosa y gritando, pudiera alcanzarle para ayudarle a levantarse, Mángel ya se había puesto en pie como un resorte y como un jugador de fútbol americano arremetió contra su padre placándole y consiguiendo empujarlo contra un aparador donde su madre había juntado un montón de porcelanas y fruslerías que solo a ella gustaban.

El estrépito contra el mueble y de varias piezas al caer y romperse pasó desapercibido a los dos hombres.

Ángel, aun con los reflejos adormecidos por la bebida, apoyándose en el mueble que acababan de empujar y que terminó por caerse, concentró toda su fuerza en el puño y volvió a lanzarlo contra el rostro soliviantado y jadeante de su hijo. No vio a tiempo que Manuela se interponía entre los dos y el derecho aterrizó en la nuca de ella, lanzándola contra Mángel, que fue quien evitó que ella cayera al suelo.

–¡Manuela, por Dios! –El susto de ver a su mujer golpeada cortó la borrachera a Ángel, pero no su torpeza.

–¡No la toques! ¡Mira lo que le has hecho! –le increpó Mángel rabioso y con una culpabilidad que se canalizó en más enfado contra su padre.

–Estoy bien, estoy bien –decía Manuela, que no acusaba el golpe y sin embargo, sí se sentía embargada de tristeza–. No me pasa nada –mentía mientras las lágrimas le impedían ver.

–¡Eres un bestia! –le dijo Mángel a su padre cada vez más asustado por la que se había liado y tratando de disparar balones fuera para sacar de sí mismo la congoja y el miedo que lo invadían–. Te pasas el día en el sofá bebiendo para luego montar el numerito y no hacer nada más.

Ángel se levantó, haciendo caso omiso de Manuela de que lo dejara correr, que no era el momento, y fue a darle a su hijo lo que antes no había podido.

–¡Adelante! –Mángel le ofreció la mandíbula–. Pero que sepas que la segunda te la devuelvo. Me da igual que seas mi padre.

Pero, para asombro del joven, cogiendo su chaqueta del colgador Ángel desapareció sin un portazo y con el ruido de sus pies bajando a toda prisa por la escalera. No supo en ese momento que jamás volvería su progenitor a

traspasar esa puerta.

La llegada de la policía a primera hora de la mañana siguiente acusándole de haber robado unas joyas en la casa donde la noche anterior se había celebrado la fiesta, y con lo que no sirvió de nada negar que ni siquiera había ido, fue el colofón de lo que Mángel llamaba para sí “una auténtica noche de mierda”.

Capítulo dieciocho

A Ricardo le gustaba cenar con una bandeja en la mesa de centro del cuarto de estar de la casa en la que aún vivía con su padre. A pesar de sus casi treinta años, no se le había pasado por la cabeza emanciparse. Desde que falleció su madre, menos de una década atrás, su padre y él vivían y trabajaban en relativa armonía. Su progenitor todavía seguía llevando el mando de la empresa que Ricardo esperaba impaciente y ardientemente recibir en su momento, y los dos se amoldaban a las comandas recibidas por la señora de la limpieza, que era la misma desde que el matrimonio comenzó su vida en común hacía treinta años.

Con la tele de fondo, una cerveza, el móvil, el iPad y el hueco de su sofá perfectamente delineado, Ricardo no se planteaba ninguna necesidad más desde que nació, marcado para ser el consentido hijo único de un matrimonio bien posicionado y adinerado que no había sabido descubrir, tras las falsas y buenas maneras del chico, un poso de maldad y egoísmo.

Su plan de vida, sin complicaciones, consistía profesionalmente en heredar la empresa y poder gobernar a su antojo y personalmente, en casarse y tener al menos un hijo varón (nada de trato igualitario si tenía niñas, por supuesto) al que dejarle él también la empresa.

Hacía tiempo que se había encaprichado de Marta. Desde niños. Al principio, sentirse atraído por aquella huérfana venida a menos que vivía de la caridad de sus tíos no le había sentado nada bien y para demostrarse a sí mismo que en realidad no significaba nada su inclinación por la delgaducha niña, la había tratado, siempre que había podido, con franco desprecio y hasta con rencor. ¡Dios, cómo le molestaba que ella le gustase tanto! ¡Precisamente ella!

Pero no había conseguido quitársela de la cabeza.

Había tenido otras novias y había gozado de algunas mujeres, incluso había pagado, en *Vive Madrid*, por alguna que otra lo más parecida a Marta, pero no había podido olvidarla ni renunciar a ella.

Había algo especial en esa muchacha, ahora mujer, que le miraba siempre

con ojos grandes y asustadizos, que le hacía querer abrazarla y convertirse en un caballero de brillante armadura que le llevase adonde ella necesitase, le solucionase sus problemas y le escondiese del mal del mundo.

Ahora, pensaba con desagrado, tendría que esperar a que el imbécil y presuntuoso de Manuel Segarra se hartase de ella para poder acceder a los trozos rotos de ella y no, no le convencía nada en absoluto ser el segundo plato de una insípida como Marta.

Bebió irritado un largo sorbo del botellín de Imperial Russian Stout. Tenía que haberse acostado con ella cuando eran adolescentes y seguro que se le habría quitado la obsesión que parecía tener.

Le molestaba de una manera tan insoportable como un dolor de muelas que ella se hiciese la altanera con él. Y, lo reconocía ahora mientras pasaban las imágenes del telediario delante de él, le había dado demasiado tiempo desde que se había mudado al costoso apartamento. Le había sentado tan mal que aun en sus circunstancias tan penosas ella siguiera eludiéndole que, llevado por la intención de castigarla, quizá se había demorado más de la cuenta.

Tenía que haberle hecho una propuesta de matrimonio y ella habría accedido agradecida como un perro con un hueso. Pero no. El estúpido de Manuel Segarra la había tenido que pedir salir y ella acceder como si fuera una gata en celo.

El nombre de su empresa en las noticias de Economía que estaba cotilleando en el iPad le hizo centrar sus pensamientos en lo que estaba leyendo.

La cerveza cayó sin ruido sobre la alfombra, derramando su líquido oscuro sin que Ricardo se percatase. Su cerebro acababa de asimilar la increíble noticia. ¡Segarrax les había absorbido!

—¡Papá! —llamó, levantándose con tal ímpetu que también la bandeja se cayó al suelo—. ¡Papá!

Contrariamente a lo que pensaba, su padre no se encontraba ya, como otras noches a esa hora, en su cama, sino que le llegó su voz desde el despacho, pegado al dormitorio.

Cuando entró, sin llamar y con evidente alteración, el empresario le hizo un signo de que aguardase mientras seguía una conversación telefónica.

Sin chaqueta, con la corbata colgando desabrochada, el rostro sudoroso y el pelo despeinado en todas direcciones, Rodríguez de Sousa tan solo afirmaba mientras preguntaba una y otra vez.

–Pero eso, ¿es legal?

Cuando colgó el móvil, un Android de última generación, Ricardo pudo ver que le temblaban las manos.

–Papá...

–Hemos perdido todo, hijo, toda la empresa.

–¿Cómo puede ser? ¡Eso es imposible!

Su padre no se molestó en explicarle. Se sentó, cansado y derrotado en la silla y, mesándose los cabellos, apoyó la cabeza en la mesa, como si solo el esfuerzo de mantenerla erguida fuera demasiado para él.

–No puede ser, papá. Tenemos cláusulas y leyes. No puede ser cierto.

–Lo es, hijo, lo es. Y lo que es peor, como todo lo nuestro está a nombre de la empresa, lo hemos perdido todo: los coches, el chalé en Costa Ballena, el barco, el apartamento en Altea, las acciones de banca...

–¿Esta casa?

El padre asintió.

–¡Todo! Teníamos todo a nombre de la empresa! –insistió molesto de que su hijo no entendiera–. Ahora mismo, nos queda el paro, hijo, nada más.

Se había acostumbrado a los fines de semana en la Torre Espacio. El silencio era absoluto en el edificio cuando se dirigía al ascensor en la planta baja y solo el hecho de recordar que había una veintena de encargados de seguridad le daba algo de tranquilidad en una situación en la que lo más probable es que tuviera miedo si supiera que estaba sola del todo.

Acababa de comprobar en el móvil que había recibido el pago de la nómina. Automáticamente, como hacía siempre al cobrar, había tratado de realizar la transferencia a la cuenta habitual. Su orgullo estaba por encima de lo que Mángel había hecho. Las deudas se pagaban. Sin embargo, un mensaje le había informado una y otra vez que comprobase la numeración, dado que la cuenta no existía.

No dejaba de darle vueltas a todo. Estaba absolutamente embargada por la tristeza. Aunque no había querido reconocerlo, el hecho de que Mángel se hubiera quedado con su deuda había puesto de manifiesto una realidad que, en el fondo, muy en el fondo, sí, pero estaba ahí: su alma romántica había anhelado que el empresario la hubiera coaccionado para ser su novia oficial a cambio de no despedirla, porque quería estar con ella, como una solución

estúpida para poder seguir viéndola. En su ingenuidad, había esperado que intentando hacerse el duro y no desvelando sus verdaderos sentimientos, Mángel había escondido su cariño y simpatía hacia ella tras la amenaza y la coacción.

Ahora la ilusión –porque, se reconoció a sí misma, no había sido más que una ilusión infantil y absurda– se había diluido, dejándole un extraño poso de desaliento.

¿Se había enamorado de un hombre que la despreciaba? ¿De un hombre capaz de fingir simpatía hacia ella y de ocultarle una venganza que solo él saboreaba día tras día tras día?

Cobraron sentido en su cabeza ahora las interminables y tediosas tareas que le mandaba Claudia, el empeño desde el principio de Mángel en que ella supiera que su interés por ella era nulo.

Se ruborizó al recordar las veces en las que él le había besado y ella se había dejado llevar por la pasión mientras que para él, ahora lo veía claro, no era más que una mujer más a mano, un cuerpo como el de otra cualquiera, nada especial.

¡Qué tonta había sido y cómo se había engañado!

Consideró la posibilidad de explicarle de nuevo que ella había mentado aquella horrible noche, tantos años atrás y luego a la policía, solo por él. Pero en su interior sabía que eso era ya lo de menos.

Mángel había hecho ya su juicio y su sentencia y ella había salido condenada. Tendría que verle al menos una vez más para despedirse y pedirle perdón, porque así es como le habían educado, no porque pensara que Mángel iba a absolverla.

Una última conversación, se dijo derrotada y apenada, y daría por cumplida su penitencia.

Se pegó un susto de muerte cuando al llegar el ascensor a su planta, donde ella esperaba, se lo encontró de frente.

–¿Te ibas?

Sí, pensó ella, a buscar nueva casa, otro trabajo y lamerme las heridas.

–Permíteme unos minutos, quiero hablar contigo.

La cogió de la mano, con firmeza, y la guio sin darle tiempo a pensar en más, a través de toda la planta, hacia la puerta de mantenimiento que guiaba a la azotea.

–Yo también quería hablar contigo, Mángel. –Consiguió decir Marta antes

de que él, con un simple empujón con la palma abierta de la mano, que a ella le costaba normalmente toda la fuerza de su cuerpo, abriera el paso al exterior.

–Mángel yo, yo quería decirte... antes de irme...

–¿Antes de irte?

– ...que siento todo un montón. Que no puedo imaginar cómo te sentiste cuando te diste cuenta de que yo te había vendido y de verdad, no te puedes imaginar lo que me duele que hayas estado tanto tiempo pensando mal de mí e incluso a lo mejor odiándome –dijo esto último bajando la voz, incapaz de dar forma al pensamiento de que él pudiera sentir malos sentimientos hacia ella.

Extrañamente, Mángel la miraba sonriendo y había ternura en sus ojos cuando le cogió un mechón suelto de pelo que el viento sacudía contra su cara y se lo colocó detrás de la oreja.

–Me ha sido imposible odiarte.

Aquello cortó de cuajo la diatriba de Marta.

–¿En serio? –Y una sonrisa escapó de sus labios–. Sin embargo, no haberme preguntado nunca al respecto... lo podíamos haber aclarado hace tanto...

Mángel negó con la cabeza.

–Es difícil de explicar. –Y como si se le ocurriera de repente, le preguntó–: mira, ¿sabes qué es todo esto? –Señaló el armatoste de hierros que rodeaba los aparatos acondicionados y de climatización.

Marta se encogió de hombros, negando con la cabeza.

–De las cuatro torres, esta iba a ser la más alta. Más alta aún que la Torre de Cristal. Solo por un metro. La Torre de Cristal mide doscientos cuarenta y nueve metros, y esta ahora mismo, doscientos treinta. Sin embargo, aquí se iba a haber levantado un apéndice de veinte metros, decorativo, que iba a convertirla en la más alta de las cuatro. –Se encogió de hombros–. No quise que el arquitecto siguiera adelante.

–¿Por qué?

Mángel la miró.

–Es lo que estoy tratando de explicarte. Yo quería comprar la torre más alta, igual que deseaba desesperadamente ser rico y demostrarme a mí y al mundo que podía salir de donde vengo y tener todo lo que deseaba y no volver a envidiar la casa de nadie y las vidas de nadie. Cuando comenzaron a construirlas, quise la más alta, quería la satisfacción de comprar lo más. Y, sin embargo, cuando llegó el momento, no dejé que añadieran el resto. –Negó con la cabeza–. Hay ciertas cosas en la vida que uno necesita saber solo para sí

mismo. No le hace falta que lo sepan los demás. Al fin soy uno de los hombres más ricos de este país y poseo la torre más alta de España. Con saberlo yo, me basta. No hace falta que me lo reconozca nadie. –La miró buscando su entendimiento–. No sé si puedes entenderlo.

Marta asintió:

–Conmigo querías darte tú la satisfacción personal de tenerme en tus manos. No era necesario siquiera que yo supiera que te estabas vengando. Te bastaba con saberlo tú. –Aquello, pensó Marta, no disminuía su dolor, pero sí que podía comprenderle a él.

–Sin embargo –admitió él mirándola–, dejó de ser una venganza a medida que pasaba tiempo contigo. Me he llegado a enfadar conmigo mismo cuando me daba cuenta de que me haces reír o me lo pasaba bien contigo y estábamos a gusto.

El calor calmó el corazón dolorido de Marta.

–La otra noche, cuando vi que te dolía enterarte de todo, me dio rabia. ¡Si apenas me había podido vengar! –Se rio de sí mismo–. Y antes de que me diera cuenta, noto que, en algún momento, sin darme cuenta, te había perdonado. No sentía odio hacia ti, ni rabia, ni ganas de verte de rodillas pidiendo perdón o dándome explicaciones. Había dejado todo aquello atrás.

Marta no podía hablar y por eso pudo verle considerar la conversación y escucharle añadir:

–Me sentí muy traicionado cuando la policía me dijo que tu testimonio no coincidía con el mío. Al principio llegué incluso a pensar que me mentían para ver si así conseguían que yo declarara en mi contra. No me lo esperaba de ti y me sentí tan engañado. Tuve ganas de matarte, de hacerte sentir un poco lo mal que me sentía yo.

–No lo sabía. Nunca lo supe.

Él le acarició la melena otra vez.

–Ya no importa.

–A mí sí, Mángel. Es lo que trato de decirte. Me alegro de que me perdones sin saberlo todo, pero me gustaría que comprendieras qué pasó.

–No me importa el pasado –y atrayéndola hacia sí, comenzó a besarla en los labios–, no me importa ya.

Y ambos se sumergieron en un beso profundo y entregado, sin barreras. Mángel la rodeó con sus brazos y la atrajo contra él mientras se llenaba de ella con la boca entera. Por un momento se sintió como un hombre en el

desierto al que le ofrecen agua y nunca tiene suficiente. El placer le incendió como una mecha mientras Marta, igualmente ciega para nada más que él, enganchaba sus dedos en su corto cabello intentando atraerle aún más hacia ella, lo imposible.

En aquella azotea, en lo más alto de casi la más alta torre, se encontraron por fin como lo que eran: un hombre y una mujer desesperados de amor el uno por el otro y libres ya de las sombras del pasado.

Capítulo diecinueve

Mángel había recogido a Marta el domingo por la mañana con la moto y habían cruzado la Castellana de punta a punta hasta el barrio de Almagro. A la altura de Colón, en la calle Monte Esquinza, se pararon ante una cancela de hierro que abrió sus puertas electrónicamente a un camino de arena roja bordeado de setos en flor y que dirigía a un antiguo palacete de dos plantas, blanco immaculado y con ventanas de rejas negras.

Un hombre de mediana estatura, del que los cabellos blancos daban testimonio de sus más de cincuenta años, les esperaba en la entrada del edificio antes incluso de que llegaran a las puertas de acceso.

–Buenos días, don Manuel –saludó con respeto, vestido con una impecable camisa y un traje chaqueta azul marino.

Mángel solo hizo una inclinación de cabeza mientras le pasaba los cascos que habían usado en el trayecto y arrastraba a Marta de la mano al interior.

La luz caía a un impresionante vestíbulo por un techo acristalado esmerilado de colores con diseños de formas geométricas en azules claros, amarillos apagados, blancos y rojos suaves. A la derecha, una escalera ascendía en curva con una barandilla de hierro con peldaños del mismo mármol blanco Macael que el suelo.

Un bargueño de frente abierto con el que, al llamar la atención de Marta, Mángel se entretuvo enseñándole los cajones secretos, lucía bajo un impresionante cuadro de Gregorio Prieto, un autorretrato en el que el pintor aparecía junto a su madre y se veía al fondo su Valdepeñas natal.

–Guau –consiguió decir Marta, a la que le costó desviar la vista de allí para fijarse en el resto de mobiliario, un tresillo tapizado con motivos de caza y una impresionante lámpara forjada.

–Toda la casa la he decorado con ayuda de mi madre, que le encantan estas cosas. Ven, te la enseñaré.

Desfilaron por las ocho habitaciones, los dormitorios con sus camas de matrimonio, algunas de ellas con dosel, otras, como la de Mángel, más sencillas, los lujosos cuartos de baño con inmejorables materias primas e

impecables, con más de un jacuzzi y enormes duchas con masaje, pasando por dos salones y un comedor de enormes medidas donde el buen gusto y la elegancia se daban la mano, hasta que la llevó a un cuarto de estar biblioteca, tan agradable con sus sofás *chippendale* en piel marrón, sus grandes sillones orejeros con todo tipo de perros marrones estampados en sus telas y sus mesas bajas francesas.

–¡Me encanta! –dijo Marta por centésima vez, como había dicho cada vez que entraba en una nueva estancia mientras admiraba la librería de madera y escayola, los libros viejos y usados que ocupaban toda una pared.

–Pues aquí nos quedamos. –Y asomando la nariz al exterior aprovechó para pedir a Domingo–: tráenos el aperitivo.

Por unos amplios ventanales con visillos hasta el suelo se podía ver un amplio jardín que, enmarcado con las rejas, daba el aspecto de un cuadro estacional.

–No sé porqué –dijo Marta– pero cuando imaginaba tu casa siempre te imaginaba en algo mucho más pequeño y más impersonal.

Mángel la miró con curiosidad.

–¿A qué te refieres?

Marta se encogió de hombros, incómoda por haber hablado.

–No sé. A fin de cuentas eres un hombre y los hombres como que pasáis de todas estas cosas de la decoración y de hacer hogar. Estoy sorprendida, la verdad.

Mángel se rio, aunque estaba algo molesto. ¿De verdad se pensaba ella que él se iba a conformar con vivir en un buen piso amueblado de forma arbitraria y meramente utilitaria.

Pero Marta se paseaba curiosa ante las estanterías y pasó de *Misericordia*, de Benito Pérez Galdós, a *Impaciencia del corazón*, de Stefan Zweig, por *El club Pickwick*, de Dickens, hasta una biografía de Lady Di o un anecdotario del 11 S en inglés.

En un bureau antiguo descansaban sin impresionarse por la antigüedad del mueble que los sostenían un iPod y un altavoz de última generación.

–Me encanta tu casa –consiguió decir finalmente.

Él se encogió de hombros. Incómodo por un lado, no sabiendo cómo aceptar el cumplido, pero orgulloso por el otro.

–Está fenomenal situada, en pleno cogollo de Madrid.

–Monte Esquinza es además una calle muy ilustre –dijo él, quien se

avergonzaba de reconocer que el discurso de su asesor inmobiliario, alabando la finca y contando, entre otras anécdotas, que allí habían vivido personalidades tan relevantes como el presidente Raimundo Fernández Villaverde o el jurista José Ponce de León y Encina, le había ganado aun antes de ver el edificio.

–Es una calle maravillosa y señorial. No tiene un edificio feo –corroboró Marta, que miraba con aprobación a su alrededor. Había paseado muchas veces por el barrio de Almagro e incluso había colaborado durante un par de años yendo a dar de comer en el asilo de ancianos administrado por las Hermanitas de los Pobres.

–Es perfecta.

Mángel valoraba lo que tenía. Había conseguido salir de su Vallecas natal y entre su madre y una decoradora habían llenado el antiguo palacete de antigüedades y obras de arte combinadas acertadamente con todas las novedades para llevar una vida cómoda. A pesar de que podía haberse sentido como en un museo, era su hogar y la habitación en la que se encontraban en ese momento, junto a su dormitorio, donde más le gustaba estar.

Domingo entró con un carrito lleno de refrescos, hielo, limón en rodajas en una bandejita de plata y con unas pinzas de plata para servirlo, sandwichitos chiquitines a la plancha de jamón y queso derretido colocados como abanicos en un plato de porcelana junto a unos canapés de mayonesa y taquitos de jamón serrano, paté con mermelada y quesos surtidos y a Marta se le hizo la boca agua.

Mángel se rio ante el apetito de la joven. Le gustaba verla disfrutar. Se volcó en servirle y actuar como un buen anfitrión.

Su invitada comenzó a sentirse ligeramente incómoda a medida que la mañana avanzaba y Mángel la miraba como no le había visto mirarla nunca antes. Se preguntó si quizá, el hecho de haber aclarado su relativa inocencia, al menos de intención, había roto alguna barrera invisible entre ellos, porque notaba que por primera vez se encontraban sus ojos con una honestidad total.

–Esta casa te pega –le dijo él mientras aceptaba el pan de pasas en el que Marta había untado el paté.

–Sí, claro –puso ella los ojos en blanco– y el Palacio Real también.

Halagado por la comparativa, el anfitrión siguió.

–Te puedo imaginar perfectamente sentada en una esquina del sofá haciendo manitas conmigo, que estaría sentado a tu lado. Yo leería *Tiempos difíciles* y

tú... –sonrió con malicia– ¿cómo se llamaba? –hizo el gesto de tratar de recordar, aunque Marta sabía que no se olvidaba nunca de nada– ¡*La fuente enterrada*, de Carmen de Icaza!

Marta sonrió con él. Le gustaba que recordase las cosas que le había contado cuando se conocieron y ella le había dicho que esa era su novela favorita.

–Por la noche tendríamos una cena en casa.

–¿Ah, si?

–¡Claro! Hay que corresponder a las invitaciones de nuestros amigos. Vendrán Silvia y Javier y quizá Tomás y Raquel.

–Pues si tenemos gente a cenar, no voy a estar aquí sentada tranquilamente.

–¡Claro que sí! –volvió a decir él–; ¿no ves que lo has encargado todo? Domingo se ocupará de organizarlo según tus instrucciones y tú lo único que tienes que hacer es comprarte el vestido que más te guste.

–Entonces ¿no voy a cocinar?

Él se encogió de hombros como si no fuera importante.

–No, a menos que quieras hacerlo. Pero imagino que prefieres quedarte conmigo acurrucada en el sofá... donde puede llegar a pasar algo más que estar entre fogones.

Y con las mismas, la tumbó de un rápido movimiento y se echó sobre ella, poniendo cuidado de no aplastarla, sosteniéndose con sus brazos, para besarla en la boca.

La intimidad les rodeaba. El silencio en la casa era absoluto y los dos cuerpos se reconocieron mientras las manos tocaban, buscaban temblorosas y se llenaban del otro. El letargo de los primeros besos se fue convirtiendo en un impaciente ardor y parando un momento, Mángel apoyó su frente en la de Marta. Sabía que se la podía comer allí mismo de un solo bocado. Suspiró. El cuerpecillo debajo de él estaba entregado. Abrió los ojos, se separó un poco estirando sus antebrazos y la miró.

Llegó el turno de Marta de tratar de mostrar indiferencia a pesar de que el corazón le iba a mil por hora. El deseo insatisfecho le hizo hablar brusca:

–En cualquier caso da igual. Sabes que va en contra de mis principios irme a vivir con nadie.

–Yo no estoy hablando de que te vengas a vivir aquí, Marta. Estoy hablando de que te vengas a vivir aquí casada conmigo. Estoy hablando de que nos casemos.

Y permaneció mirándola, muy de cerca, atento a cada cambio de humor en su bello rostro.

Marta se rio. No podía tomarse aquella conversación en serio. Dolería demasiado.

Molesto consigo mismo por lo mal que lo había hecho y con ella, se incorporó de nuevo.

La sonrisa de Marta se congeló en la cara mientras se volvía a sentar.

—¿No crees que podrías ser feliz aquí? —le preguntó él.

Marta sabía que sí, pero ¿lo sería él con ella?

—El matrimonio es un compromiso muy serio.

Él asintió.

—Y para toda la vida —le confirmó.

—Y con exclusividad —le matizó ella.

—No se me pasa por la cabeza compartir lo que es mío.

Era obvio que no se había referido a él.

—Y hay que cuidar al otro. Incluso cuando no tengas ganas.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que sea infiel y que no me preocupe suficiente de ti?

Marta le miró, sus ojos llenos de esperanza.

—¿No me crees capaz de cumplir con las promesas que conllevan los votos?

Marta escrutó al hombre en el que se había convertido aquel muchacho del que se quedó prendada.

—Sí, sí te creo.

Sin saber cómo, habían acabado nuevamente pegados, Marta en los brazos de él.

—Confía en mí, Martita —le dijo con cariño mientras le acariciaba la cabeza—. Siempre, siempre, siempre, cuidaré de ti y de tus sentimientos. —Y se entregó a un beso profundo en el que expresaba todo su deseo y su propia necesidad.

Cuando Marta pensaba en Vallecas, prejuicios de niñata del barrio de Salamanca no podía por menos que admitir, se imaginaba un barrio triste, oscuro, de casas viejas semiderruidas de pisos pequeños y con goteras, nada que ver con los modernos edificios, muchos de ellos complejos residenciales, que habían ido sustituyendo a los antiguos y rodeando las amplias bocas de

metro y centrales de autobuses.

Firmente agarrada a la cintura de Mángel sobre la moto se dirigieron por una calle ancha hacia una finca unifamiliar donde una puerta metálica se abrió dando paso a un garaje en el que descansaba un flamante Mercedes Clase S Cabrio y un Renault Koleos junto a los que aparcaron la moto.

Con la familiaridad de quien entra en su casa, Mángel se dirigió por unas escaleras internas que nacían en un enorme sótano completamente vacío y ascendían llegando a una amplia cocina iluminada por el sol que entraba a raudales por las ventanas.

El suelo, de un azul brillante, sostenía una isla central llena de bandejas de plata plenas de exquisiteces. Los armarios, algunos de ellos con cristales, del mismo azul que el suelo, se extendían en dos alturas por la pared en forma de “u” con una encimera de mármol blanco.

Las ventanas, a un lado de la cocina, mostraban un jardín con flores y en la repisa, tres macetas con lavanda, perejil y albahaca. Un laurel crecía en un macetero grande en la esquina.

–¡Mamá! –dijo Mángel mientras robaba de una de las bandejas un palillo con un tomate cherry, una bolita de mozzarella y la untaba en salsa pesto. – ¡Mamá! –volvió a gritar abriendo una puerta del mismo azul que la pared y que pasaba desapercibida a los ojos y que daba paso a un amplio comedor con una mesa elegantemente vestida para cuatro comensales.

–Vente. –No olvidó a Marta, a quien rodeó con un brazo por los hombros.

–¿Mamá? –repitió dirigiéndose a un enorme salón y saliendo al recibidor al que llegaban también los que Marta supuso eran los dueños de la casa.

El padre de Mángel, la viva imagen de su hijo con pelo encanecido, pero igual constitución y los mismos ojos, saludó afectuoso a Marta sin decir nada pero con una gran sonrisa, mientras la madre, con una melenita ondulada morena, una túnica vaporosa blanca sobre unos pantalones rojos, le besaba las dos mejillas y llenaba el silencio con verborrea y alegría.

–¡Qué ganas de conocerte, Marta! –dijo con sinceridad.

Marta la miró, inquisitiva, ¿qué le habría dicho Mángel de ella? ¿Había oído los rumores de que su hijo estaba saliendo con una mujer con la que ahora decía que quería casarse? Cuando le había dicho que su madre les había invitado a comer, y ante la cara sorprendida de Marta, le había comentado con naturalidad que su madre tenía derecho a conocer a su futura nuera.

Marta contempló a la pareja que tenía delante mientras se sentaba en un sofá

ancho de un grandísimo salón, tomaba discretamente sorbos del champán seco que les había servido una joven camarera y se decía a sí misma, incrédula, que aquellos dos desconocidos iban a ser sus suegros.

Entre conversaciones sobre la empresa, el nuevo gobierno madrileño, el panorama político español, Marta se vio sutilmente preguntada y hablando con más comodidad de la que se pensó al principio, sobre su padre, la vida con sus tíos, el momento en que conoció a Mángel, los cuidados a su madre antes de que falleciera y sus deseos truncados de haber estudiado filología inglesa y haber sido profesora y escritora.

–No sabía que querías haber estudiado filología inglesa –tomó parte en la conversación Mángel que, al igual que su padre, bebía una coca cola. Con la manga de la camisa blanca de rayas claras azules remangada hasta los antebrazos y los vaqueros descoloridos, no parecía en absoluto uno de los principales empresarios españoles, pero tampoco el chico del taller.

Marta se encogió de hombros.

–Siempre me ha gustado mucho todo lo inglés: su cultura, su literatura, sus parajes... pensé que estudiar algo que te gusta facilita las cosas.

Mángel la miraba confirmando una vez más lo diferentes que eran. En el aspecto profesional, él no se había permitido las perspectivas soñadoras de Marta jamás. Nunca se había preguntado a qué le apetecía dedicarse en la vida. Durante el colegio había estudiado porque no le costaba esfuerzo y había sacado unas notas decentes a pesar de hacer más pellas que asistencias.

Y luego toda su obsesión había sido hacer dinero, hacer dinero e invertir lo que ganaba viviendo muy austeramente y gastando únicamente para su madre.

El trabajo era para él, trabajo. Si quería divertirse o sentirse realizado, había otras cosas en la vida, como coches, motos, los libros, el fútbol o viajar.

–¿Has ido muchas veces a Reino Unido? –le preguntó siguiendo con su línea de pensamiento.

Vio sorprendido cómo Marta se ruborizaba.

–Nunca. Ya sé que suena absurdo que me declare una amante de lo inglés sin haber estado nunca allí... –Se encogió de hombros.

–En absoluto, querida –intervino Manuela–. Yo nunca antes había tenido un *tallboy*, pero toda la vida me ha encantado admirarlos en las revistas y en las páginas de internet de muebles. Hoy en día, con internet puedes ver Inglaterra entera. ¿No es Google Earth casi como si estuvieras allí? –Y sonrió con complicidad a su invitada aliviando, a medida que pasaba la velada, sus dudas

acerca de la elección de su hijo y tranquilizándose al darse cuenta de que no era la esnob que había esperado.

Como solo quedaba una cosa que resolver pidió a Marta que le acompañara a la cocina para preparar café.

–Ha sido una comida estupenda. Estaba todo excepcional –le aseguró Marta a su anfitriona mientras padre e hijo las miraron desaparecer, tal y como Manuela quería, esperando que a solas un rato cerrasen algo la brecha de tantos años.

La sonrisa de la dueña de la casa se ensanchó clara y cristalina mientras los dos hombres se daban cuenta de que era la primera vez que se quedaban a solas.

–¿No creerás que he preparado todo esto, verdad?

Marta la miró.

–¿No?

Manuela negó con satisfacción.

–Ha sido todo con una empresa de catering maravillosa a la que siempre recurro cuando tengo invitados. No solo nunca fallan sino que son modernas, de un gusto exquisito, absolutamente sofisticadas y con unos sabores excepcionales. Claudia me facilitó hace tiempo el teléfono. Se llaman Eatgirl Company.

Marta asintió. Había oído hablar de las selectas cocineras, tan selectas como su clientela, que habían hecho de su afición por la cocina una de las empresas gastronómicas más punteras en España. No en vano aparecían en todas las revistas, trabajaban para los principales eventos de la *jet* y se decía que su tarta de almendras había vuelto loco al rey emérito don Juan Carlos.

–No sabía que también atendían pequeñas *soirées*.

–De hecho es lo que más les gusta hacer y lo que trabajan más a gusto y como a mí ya me conocen... todavía tengo la suerte de que no me han dicho nunca que no. –Manola pensó en aquel momento agradecida en las importantísimas lecciones de protocolo en la mesa y decoración que le habían dado–. Me han salvado la vida en incontables ocasiones.

–Lo que no sepa Claudia –dijo Marta admirando siempre a la pluscuamperfecta ayudante de Mángel, sin saber cómo seguir con la conversación.

Como si lo hubiera notado, Manuela decidió dejarse de tonterías.

–Mira, Marta, no te voy a engañar. Sé que Mángel ha estado con otras

mujeres antes. No –añadió al ver que su interlocutora iba a abrir la boca–, él no me lo ha dicho nunca, pero una oye cosas y no es tonta. Sin embargo, es la primera vez que me presenta a una mujer y aun así no ha dejado de sorprenderme que hayáis decidido tan de repente que os caséis. Quiero pensar que él lo tiene claro. Me ha tranquilizado escuchar hoy que os conocéis desde hace años. La mujer que hay en mí no deja de lanzar las campanas al vuelo de alegría. Llevo tiempo deseando para él una buena mujer, una familia, hijos. Pensarás que soy de un pensamiento conservador, pero creo sinceramente que salvo personas muy concretas con misiones muy específicas en la vida, el resto encontramos la felicidad en pareja.

Marta pensaba lo mismo. Pero le pareció que corroborándolo quedaría como que le estaba dando simplemente la razón.

–Siempre supe que dada la posición que había alcanzado Mángel en el mundo empresarial, su mujer podría pertenecer a ese mundo y... te voy a ser sincera, me preocupaba mucho.

Los ojos de Marta se agrandaron.

–Cuando hoy me dijo que te traía, creí que si en Eatgirl Company no aceptaban servir la comida de hoy me veía muy capaz de coger una escopeta y amenazarlas para que lo hicieran. No podía permitir que mi hijo se avergonzara de mí.

–¿Avergonzarse? –Marta empezó a entender–. ¡Mángel la adora! Creo que no se da cuenta. –Con gesto humilde, Marta se señaló a sí misma con la palma de la mano en el pecho –. Soy yo la que no tengo nada que ofrecer. Ya me ha escuchado en la mesa. Ni familia, ni carrera profesional, ni dinero, ni posición...

Manuela negaba mientras la escuchaba.

–Todo eso no me importa. Has sido mucho mejor de lo que esperaba. ¿Te digo lo que me gusta de ti? He visto a una joven valiente, capaz de sacrificarse por las personas que ama, con la determinación suficiente para hacer lo que haga falta por salir hacia adelante, hermosa por dentro al igual que por fuera, y que lleva el alma en los ojos cada vez que mira a mi hijo y a la que se le suaviza el rostro cuando él le devuelve la mirada y se le ilumina la cara con una sonrisa.

Marta se ruborizó.

–No te avergüences de quererle. Un matrimonio –pensó en el suyo– no sale adelante sin mucho amor. –Se encogió de hombros aceptando la realidad–. A

veces ni todo el amor del mundo es suficiente. –Y quitando tristeza y pesimismo al ambiente, añadió–: Estoy segura de que tal como sois los dos, sabréis luchar por vuestra felicidad. Los dos sois demasiado cabezotas como para permitir os fracasar.

Mángel se quedó mirando la puerta por donde su madre y su prometida acababan de desaparecer hacia la cocina. Hoy era la primera vez que veía a su padre. Había traído con toda intención a Marta para que en lugar de tener que tratar con su padre, la novedad de presentar a Marta aliviase la tensión. La idea había dado resultado. Con una Marta tan nerviosa por causar buena impresión y su propia madre centrada en evaluar a la que iba a ser su nuera y a la que llevaba queriendo conocer toda la vida, el conflicto entre padre e hijo pasaba a segunda división.

Lo cierto es que superada la primera impresión de haberlos visto juntos, se alegraba muchísimo por ellos. No se fiaba de su padre, eso era cierto. Le daba miedo que volviera a desaparecer y le rompiera de nuevo el corazón a su madre. Pero había poco que él pudiera hacer al respecto excepto recoger los trozos rotos, como ya había tenido que hacer en el pasado.

Le había sorprendido su físico. Recordaba al hombre sonrojado, de barriga prominente y mirada vidriosa que había sido. Sin embargo, su físico actual tenía más que ver con un atleta entrado en años, un actor de Hollywood bien envejecido, que con el espectro de albañil que abandonó a su familia por una pelea con un adolescente malhumorado.

Y ahora, los dos en aquel comedor que en tan poco se parecía al que habían tenido, Mángel no quería reconocer que no sabía de qué hablar con aquel desconocido.

–Tu madre se ha llevado a Marta para dejarnos a los dos a solas.

Mángel le miró. Cogió la copa de vino de cristal tallado y le dio un largo trago hasta que la acabó.

–Hace tiempo que quiero pedirte perdón, hijo mío. –Su padre, al contrario que todos ese día, solo había bebido agua en la mesa y una tónica en el aperitivo–. Pero no es algo que los hombres sepamos hacer bien.

Incómodo, Mángel pensó de nuevo que no había necesidad de mover el barro.

–Si mamá está contenta, a mí me parece bien.

Pero su padre no estaba dispuesto a dar por zanjado el asunto.

–Tu madre también quiere que tú y yo hablemos.

La incomodidad de Mángel se convirtió en algo parecido al horror.

–Déjalo estar. Bien está lo que bien acaba.

–No, hijo. Si algo he aprendido de lo que me ha pasado es a no dejar correr las situaciones. Quiero decirte, tengo que decirte, que lamento el padre que he sido.

Mángel tuvo una imagen de su padre entrando por la puerta con una bicicleta rota, feliz y emocionado, contándole a su mujer que la había encontrado en un contenedor, que con unos parches en las pinchadas ruedas y soldando el manillar, estaría como nueva tras una capa de pintura. Mángel debía tener siete años y recordaba perfectamente la sensación de aprender a montar, con sus padres detrás dando un paseo mientras él conseguía sus primeros pedaleos sin caerse hasta lograr la liberación total con el dominio de la máquina.

Recordó su felicidad, la embriagadora sensación de triunfo y los cariñosos y enamorados rostros de sus progenitores.

Habían sido, recordó en ese momento, una familia unida, completamente, absurdamente felices.

–Los dos hicimos mal las cosas –reconoció el joven molesto. No le gustaba pensar en aquel adolescente enrabiado tratando de encontrar su sitio y anhelando al padre que había tenido de niño.

–No, hijo, por eso es tan necesario que lo hablemos. Tú no hiciste nada malo.

Mángel se negó a mirarlo mientras fingía doblar la servilleta con la que se había limpiado innecesariamente la comisura de los labios.

Pero su padre, sin duda con la experiencia que dan los psicólogos, las terapias y el hablar y hablar las cosas para poder entenderlas y llegar al fondo del asunto, no lo quería dejar escapar.

–Escúchame, hijo.

Era difícil esquivarlo cuando se empeñaba en ponerse a solo un paso de él, pensó Mángel de mal humor.

–Necesito que creas que eres un hijo excelente, que estoy muy orgulloso de ti, pero no porque hayas montado un imperio, que también, sino por el chico que ya eras y que todavía está aquí en esta mesa. Eres hermoso por dentro y por fuera, dispuesto siempre a trabajar en lo que hiciera falta para no ser

gravoso a tus padres, noble y leal, estupendo cuidando siempre de tu madre, y yo os defraudé.

Viendo que era inevitable, Mángel miró a su padre. No le recordaba en nada al hombre que había sido. Sus ojos, los mismos que tenía él, le miraban ahora sobrios con la gravedad que da la vida.

–Papá, no exageres. Yo era un adolescente rebelde y creyéndome mejor que nadie.

Su padre asintió.

–Eras un gallito aparentemente seguro de ti mismo, pero eso es lo normal a esa edad. Pero insisto, estoy muy orgulloso de ti y, aunque me cueste decirlo –había algo, al fin lo comprendía Mángel, que su padre estaba todo el rato tratando de explicar y al parecer había llegado a ello–: me molestabas. Te veía traer tu sueldo a tu madre, comprarte los libros del instituto en las librerías de segunda mano, veía las horas que echabas en el taller y aún sentía más profundamente mi poquedad. Y peor, sentía un mezquino placer en provocarte. Eras, eres, un hijo perfecto, y aquello solo acentuaba el desastre que era yo.

Mángel se encogió de hombros como si no importara.

–Conseguí echarte de tu propia casa. Tan buen hijo no debía ser.

–¡Lo eras! ¡Lo eras! –La emoción le embargó–. Por eso es tan necesario que tengamos esta conversación. Tú no me echaste, Mángel. –La gran palma de su mano descansó en la nuca de su hijo para enfrentarse mirándose ambos a los ojos–. Yo quería irme de allí. Solo necesitaba una excusa. Y buscaba provocarte para que me la sirvieras en bandeja y encima dejarte la culpa a ti. Ahora tengo que vivir con ello. Eras solo un muchacho y te dejé la responsabilidad de un hombre y toda la culpa. No te puedes imaginar cuánto sigo sintiendo todo y cómo me gustaría saber el modo de resarcirte.

–No es necesario. –Seguía incómodo y distintos sentimientos se enfrentaban en él. Pero sobre todo el caos en su interior, reinaba la necesidad de aparcar el tema–. Lo que acabas de hacer es suficiente.

Y supo que era verdad, porque dejó de sentir el peso de la culpa que también había llevado él durante tantos años.

–No sé, Ángel. Estoy muy contenta de que nos hayamos encontrado. –Manuela estaba tumbada en la cama junto a su marido, abrazados y con las sábanas enredadas entre sus cuerpos, la luz suave de la mesilla de noche dándoles un resplandor tenue amarillento–. Soy muy feliz de tenerte otra vez a

mi lado, de saber de ti. Te he echado miserablemente de menos todos estos años. Nos abandonaste. –Suspiró y tragó saliva, nerviosa–. Al poco de irte metieron a Mángel en la cárcel. –Las lágrimas por el dolor pasado comenzaron a correr libres por su bello rostro–. Me sentí tan sola. La maternidad no se ha inventado para llevarla a solas. Se requiere de una pareja. –Le miró con intención.

Él suspiró apesadumbrado mientras la abrazaba y acariciaba.

–He hecho muchas cosas mal en mi vida, pero de lo que más me arrepiento es de no haber vuelto antes.

Manuela alzó su rostro hacia él. No lo dijo, pero pensó: “A fin de cuentas, ni siquiera has sido tú quien ha vuelto, sino que nos encontramos casualmente”.

–¿Y qué si yo nunca llego a ir a El rincón de Ela, Ángel? –dijo al fin, porque era una espina que tenía ahí dentro.

Ángel volvió a suspirar y, como si el lugar correcto para ella fueran sus brazos, la atrajo, obligándola a pegarse otra vez a él.

–¿Acaso crees de verdad que entraste allí por casualidad?

Desatendiendo la presión que él ejercía para mantenerla contra él, Manuela volvió a mirarle, escrutando curiosa su rostro.

–¿Qué quieres decir? ¡Claro que fue casualmente! Con el cambio a la casa nueva pregunté por algún sitio de muebles.

Ángel la miró a los ojos y sonrió con ternura.

–Sabía que vendrías. –Y le besó rápido y cariñoso los labios abiertos por la sorpresa–. No sabía cuándo exactamente, pero sabía que irías.

–¿Cómo qué sabías que iba? ¿Quién? –La mente de Manuela daba vueltas a imaginarias posibilidades–. ¿Cómo es posible?

Ángel la soltó. Ahora parecía molesto.

–Se ve que ese cura tuyo al que yo tenía tanta manía porque se metía en todo no es tan imbécil como yo creía.

Manuela lo miró deambular incómodo mientras se despeinaba el pelo nervioso.

–¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros.

–Se las arregló de alguna manera para mandarte allí.

La mente de Manuela recorrió rápida sus últimas conversaciones con el

párroco. Efectivamente, él le había dicho que necesitaba nuevos muebles acordes al nuevo hogar y le había hablado de Ela.

–¿El padre Enrique? Pero, ¿cómo sabía que tú estabas allí?

–Hace tiempo que mantenemos una especie de amistad.

La mandíbula de Manuela podría haberse caído al suelo de lo abierta que tenía la boca por la sorpresa.

–No me mires así. Tú siempre has dicho que era muy buena persona.

–Y tú siempre has dicho que era un sacapelas y un vago. Por no decir que todos los curas son para ti pederastas, ladrones e hipócritas.

–A lo mejor estaba equivocado. –Levantó las cejas como si hubiera dicho algo sorprendente. Y en verdad lo era.

Manuela sonrió.

–Pero él nunca me ha dicho nada –dijo, sorprendida de que el cura no le hubiese comentado jamás a pesar de que más de una vez Manuela le había llorado sobre su frustrado matrimonio y lo que echaba de menos a su esposo.

–¿No se llama eso secreto sacerdotal?

Fue el turno de Manuela de subir las cejas.

–Se llamaría secreto sacerdotal –contestó Manuela haciendo caso omiso del término mal empleado– si te has confesado con él o pedido que no diga nada... Tú... ¿te has confesado? –preguntó incrédula.

–¡Mujer! ¿Me dejarás al menos un poco de aire? –Como estaba realmente incómodo, Manuela decidió que ya sabía bastante. Pero aun así... –. ¿Y si el Padre Enrique no llega a conseguir hacerme ir a Ela?

La incomodidad de Ángel era ya tan profunda que le obligó a levantarse de la cama.

–No pararás hasta saberlo todo, ¿verdad?

Llegó el momento a Manuela de enfadarse.

–Bueno. Estoy en mi derecho. Llevo más de quince años pensando qué será de ti, si estarías vivo o muerto, si habrías rehecho tu vida con otra mujer... y si resulta que hasta cuando te he encontrado casualmente ha sido porque has querido, tengo derecho a saberlo. Quiero saber por qué ahora sí, por qué antes no y si siempre has dado por hecho que en el momento que chasqueases los dedos yo iba a estar allí como resulta que así ha sido.

–No, no, no es eso. Yo... –suspiró, se sentó en la cama y le dio la espalda.

Manuela le contempló. Era como ver el cuerpo de un extraño y sin embargo seguía siendo él. Las canas, la piel más seca, el cuerpo más fuerte, más

musculoso y aun así más avejentado. Le quería tanto que le dolía mirarlo y le dolía reconocer los lunares que tan familiares le habían sido en un tiempo pasado.

–Aquella noche que me fui no fue por vosotros. –Se giró hacia ella–. Dios mío, Ela, vosotros erais lo mejor de mi vida. Hasta el chico. Sobre todo él –se corrigió–. Era un adolescente chulo y malhumorado buscando a un padre que nunca tuvo. –Se frotó la cara–. Me tuve que ir porque casi lo mato, Ela. Me asusté.

–No –le interrumpió ella, y se acercó a él. Quería, necesitaba tocarle–. Nunca hubieras llegado tan lejos.

Sin contestarle, Ángel se miró las manos.

–El caso es que yo creí que sí. Me fui asustado y más asqueado de mí de lo que ya lo estaba por aquel entonces. Ya era un desastre en todo: no tenía trabajo –se interrumpió para mirarla a los ojos–, soy alcohólico, llevo sobrio dos años, tres meses y dos semanas. He recaído más veces de las que quiero contar porque si las cuento, pierdo la esperanza y tiro la toalla. He sido mal esposo y mal padre.

Manuela se acercó a él. Tenía la imperiosa necesidad de tocarle, de hacerle sentir su cercanía, su comprensión.

Acababan de compartir la mayor intimidad física que podían compartir un hombre y una mujer y, sin embargo, ahora, en ese momento en que él dejaba de ser un hombre seguro de sí mismo e inaccesible, en ese instante en que se mostraba a ella, en que se abría, era un momento más irrepetible y se sentía más cerca de él, más en conexión, que antes.

–Os he fallado –continuó él en un tono neutro, ajeno al bullir de sentimientos en ella, sin tratar de justificarse y sin excusas–. Os he fallado en más sentidos de los que me gustaría admitir y admitirlo para mí me ha llevado también por un largo camino.

»Tengo recuerdos borrosos de aquellos primeros días tras haberme marchado, de dormir en soportales, en baños públicos, o en bancos en la calle, hasta bien entrada la mañana, cuando algún policía me echaba.

»Milagrosamente, no caí en las drogas –no quería acordarse ahora de lo cerca que había estado– quizá porque eran más caras que la botella de ginebra o de whisky del barato del súper.

»Toqué fondo y ahora que ya ha pasado todo no puedo más que dar gracias a Dios por ello. –La miró para comprobar que le había escuchado–. Recuerdo

que me enteré de que Mángel estaba en la cárcel y recuerdo que no me importó y hasta me alegré. Si no me teníais a mí con vosotros, no quería que vuestras vidas fueran bien –sonó tan rudo cuando lo dijo que no pudo menos que decir–: Lo siento.

Manuela negó con la cabeza.

–No fue tu culpa.

–Supongo que fue la mano de Dios la que me llevó a dormir la mona a la puerta de una iglesia. Aunque ni siquiera me di cuenta de dónde estaba cuando me tapé con dos cajas de cartón. Cuando empezaron a llegar los fieles, aproveché para pedir limosna –le miró avergonzado–. Es caer muy bajo, ya lo sé.

Ángel estaba contándole todo y Manuela lo único que quería era decirle que callara, que no soportaba más saber lo solo y abandonado que había estado. Pero no fue capaz de cortarle.

–De algún modo, el dichoso padre Enrique me reconoció. Entre la barba larga, los ojos rojos y la cara hinchada de alcohólico yo no se lo había puesto fácil, créeme. Me invitó a un café y yo se lo agradecí insultándole. –Recordó con horror que había llegado a propinarle un puñetazo, pero eso fue más adelante–. Y ya sabes cómo es de pesado. –Ahora sí, sonrió a su mujer–. A él le debo estar de vuelta. Me persiguió, me sermoneó, me encontró todas las veces que desaparecí, me dio infinitas duchas de agua fría hasta vestido y cuando estuve en lo más hondo, me llevó de la mano al centro de rehabilitación.

Volvió a mirar a su mujer. Cogió el hermoso y bondadoso rostro de ella entre las manos y siguió:

–Yo no quería verte, Ela. –Le enfrentó la mirada dulce. Le tocó la cara con las puntas de los dedos, casi reverencialmente–. Yo seguía sin tener nada que ofrecer y me avergonzaba, y me avergüenzo, de lo que he hecho. Así que imagino que el dichoso cura pensó que si Mahoma no iba a la montaña, tendría que ser la montaña la que fuera a Mahoma. Y te mandó a mi tienda. Y una vez que te vi..., una vez que te tuve allí, ¡Dios mío, Ela! –La abrazó, la sentó en su regazo y la besó por toda la cara mientras le hablaba–. Tuve que cerrar los puños para no tirarme al suelo a tus pies, a pedirte perdón como un loco. Tuve que recurrir a todo mi recién aprendido autocontrol para no besarte hasta que me perdonaras y olvidaras todo.

Manuela comenzó a responder a sus besos, su amor derramándose como la

miel a través de sus labios para intentar a través de la piel curar las heridas del alma de él. Su corazón sangraba por su marido y trataba de consolar al hombre en el que se había convertido.

Se entregaron el uno al otro tratando de calmar y suavizar los dolores del otro. Se consolaron con sus cuerpos, se besaron en todos lados, como una madre besa los lugares donde su hijo se ha hecho daño. Y se encontraron al mirarse y se reconocieron una vez más como marido y mujer, como compañeros de camino.

–Nunca más separados –murmuró Manuela mientras el placer le invadía.

–Nunca más, nunca más –murmuró él en íntima conexión física y psíquica con ella–. Pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos.

Capítulo veinte

Ricardo no podía más. Aquella misma mañana, su padre se había reunido con un amigo prestamista para ver si en aquella vorágine de desprestigio social, caída económica en bolsa, desaparición de todos sus bienes y, en definitiva, expolio que le había hecho el maldito Manuel Ángel Segarra, se podía sacar algo para vivir dignamente.

¡Dignamente! Se dijo indignado. Como si cualquiera pudiera vivir dignamente sin el barco, sin las vacaciones, sin el piso en el barrio de Salamanca...

Un bip de su móvil le hizo echar un vistazo.

“Se van a casar!”, le llegó de parte de Alejandra Sánchez de Prada.

No iba ni a contestarla. ¿Se imaginaba por un momento la idiota esa que le podían interesar ahora en algo los cotilleos de sus amistades? Pero, de repente, el corazón se le paró y dejó inconscientemente de respirar. ¿Sería posible?

“¿Quiénes?”, contestó nervioso, esperando que no fuera cierto.

“Tu amada Marta y Segarra”, y el texto vino acompañado del emoticono llorando.

La ira pudo con él. Toda la tensión y la rabia acumulados en los pasados días, más la sola idea de imaginar a Marta en brazos de su peor enemigo, desembocaron con fuerza en la mano que sostenía la mala noticia. Emanando agresividad arrojó el móvil con fuerza lo más lejos que pudo, haciéndolo chocar contra la pared y romperse abriéndose la carcasa. Luego, más calmado, trataría de volver a hacerlo funcionar sin éxito, para más enfadado todavía.

En su cabeza, como las burbujas de agua hirviendo a fuego cada vez más fuerte, iban bullendo ideas a cual más disparatada. El cuerpo de Segarra ensangrentado era una de sus favoritas y más reincidentes. La realidad era que no tenía cómo llevarlo a cabo.

Se le ocurrió que, con tiempo, podría convencer a Marta del error que cometía. Segarra les había interrumpido la última vez que había ido a hablar con ella, pero podría organizarlo para que nadie les interrumpiera.

Un plan comenzó a tomar forma en su mente. Tiempo a solas con ella era todo lo que necesitaba. Ni más más ni más menos. Y lo iba a conseguir.

Miró la hora en su reloj. Todavía le daba tiempo a llegar a la hora de salida en la Torre Espacio. Traspasar la puerta de la compañía no era difícil. Era tal la cantidad de gente que entraba y salía del edificio que sería fácil pasar desapercibido. Iba a ser más complicado llegar a Marta y permanecer con ella sin que nadie les interrumpiera.

Tenía un cuchillo que usaba para ir de caza y en un impulso lo cogió. No quería hacerle daño a Marta, ni mucho menos, pero serviría para tenerla donde quería mientras él le explicaba lo que tenía que decirle. Hubiera sido más convincente con la escopeta Fabbri superpuesta que se había comprado el año pasado, pero no solo el cuchillo permitía más cercanía, sino que la escopeta, a pesar de ser muy ligera gracias a que estaba hecha de titanio, ocupaba lo suficiente como para llamar la atención.

Vestido de oficina, con el pelo ligeramente echado sobre la cara, se unió a un trío igualmente uniformado como él con el traje chaqueta en oscuro, y entró en el edificio y con ellos hasta el ascensor. Tan listo que se creía Segarra y a pesar de todo su dineral todavía no había puesto en la entrada de su empresa controles adecuados. Pero no se iba a quejar. A él le venía muy bien.

Se bajó antes que sus compañeros de trayecto. Sabía que a más altos los pisos, más cámaras de seguridad. Dos carteles en el pasillo le señalaron en direcciones opuestas la cafetería, la guardería y una sala de maternidad y otra serie de pijadas que el tontaina de Segarra había puesto para salir en los periódicos.

Haciendo caso omiso, buscó la salida a las escaleras. Sabía adónde tenía que ir y solo esperaba no encontrarse con ningún vigilante por el camino. De una mesa cogió una carpeta con unos folios mecanografiados dentro. Así daría la sensación de estar llevando documentos a algún lado.

Comenzó la lenta ascensión. Todavía le impresionaba que un mindundi como Segarra hubiera llegado a fundar un empresón como el que había montado. La envidia, que no supo identificar más que como un profundo odio, le corroía mientras terminaba de llegar. Sabía que en las últimas plantas no solo estaba dirección, sino también las dependencias personales donde vivía todavía Marta.

Abrió con cuidado la puerta hacia el pasillo. La señalización para ir a los cuartos de baño le dio la idea de esconderse en uno de ellos. Miró con miedo

por si había cámaras, pero no encontró ninguna. Al fondo, una puerta acristalada daba a una enorme sala desde la que se veía trabajar personal ante los ordenadores.

Se desplazó hasta el cuarto de baño de hombres, se metió en uno de los cubículos y cerró con pestillo. Miró su reloj de pulsera, un Rolex que había ganado jugando al golf en Santander en el trofeo de la relojera suiza. En un par de horas no quedaría allí ni el Tato y él podría salir a buscar a su presa. Se tocó el cuchillo en el bolsillo interior de la chaqueta. Fue a sacar el móvil del colgador del cinturón donde solía llevarlo y se acordó de que ya no lo tenía, y lamentó haberse dejado llevar por el mal genio y haberlo destrozado. Le habría servido de distracción en esos momentos de larga espera. Dos horas encerrado en un cuarto de baño no eran lo mismo acompañado de la tecnología.

Se quedó allí sentado escuchando entrar de vez en cuando a alguien. Solo una vez le tocaron en la puerta y contestó un apagado “ocupado”. Fantaseó, sabiendo que no iba a pasar, pues Segarra tendría su cuarto de baño particular, que uno de ellos era Manuel Ángel. Entonces sí que emplearía el cuchillo que llevaba. Sin miedo alguno. Se haría justicia.

El ruido de la gente al despedirse y el silencio que siguió le recordaron a una de las mejores escenas del cine de Hitchcock, en la película *Marnie*. Le gustó la similitud. Y, como Marnie, él también pensaba salirse con la suya.

Cuando pasó un tiempo prudencial sin oír nada, se animó a salir.

Asomó la cabeza con cuidado. Pero no había nadie a la vista y siguió. Pasó por entre las mesas de los empleados y con cuidado otra vez, se desplazó hasta la sala de las secretarias. Reconoció la mesa de Marta porque tenía al lado del ordenador un tiesto rosado con una orquídea. A Marta le encantaban las flores.

Le molestó que aun siendo la novia de Manuel Ángel, más aún, su prometida según había dicho Alejandra, siguiera el empresario permitiéndole trabajar. Se recordó que Marta era muy cabezota y muy orgullosa y que no consentiría, como no lo había consentido con él, en ser una mantenida.

El despacho del dueño de la empresa estaba cerrado. Por ahí no iba a poder llegar a las dependencias privadas. Pero, estaba seguro, habría más maneras de llegar.

Estaba saliendo de nuevo al pasillo del ascensor cuando este sonó anunciando la llegada de la cabina a esa planta.

De un salto se metió detrás de un escritorio. A través de la rendija que formaba la mesa para dejar pasar los cables del ordenador pudo ver a Marta. Iba ajena a su presencia, vestida con una chaqueta tres cuartos roja y un pantalón pitillo negro. Tenía que seguirla. Era ahora o nunca.

Sin hacer ruido y procurando ir detrás, pero no lo suficientemente cerca para que ella le notara, la fue siguiendo hasta que se oyó una alarma pitar por toda la planta. Se paró en seco, al igual que ella, que todavía no le había visto.

Empujando las puertas de cristal, dos empleados de seguridad hicieron acto de presencia con las pistolas desenfundadas.

–¡Al suelo! –le gritaron apuntándole.

Ricardo, asustado, vio cómo Marta se giraba hacia él con los ojos agrandados por la impresión y sin terminar de entender qué sucedía. Sin importarle que le dispararan, sacó su cuchillo de la chaqueta y se abalanzó hacia ella.

–¡Salgan de aquí! –les chilló a los dos hombres–. ¡Salgan de aquí inmediatamente o le rajo el cuello! –volvió a chillar, con voz nerviosa, manos temblorosas y habiendo cogido a Marta como escudo con el cuchillo debajo de su barbilla.

El ruido era insoportable. Por encima del irritante sonido de la alarma, los dos guardias y Ricardo se gritaban órdenes nerviosas, mientras Marta se aferraba al brazo de Ricardo tratando de bajárselo, pero sin lograrlo.

En la central de seguridad, el agente al mando llamó al presidente informándole en frases breves de lo que estaba pasando. Mángel, que acababa de dejar a Marta en la entrada del edificio y se dirigía a su propia casa, dio un giro de ciento ochenta grados sin esperar a llegar a la rotonda de plaza de Castilla y sin importarle subirse a la acera, donde emprendió el regreso al parque empresarial de las Cuatro Torres con más miedo en el cuerpo del que había pasado nunca en su vida. Imágenes de Marta desangrada le impedían pensar con racionalidad mientras por el pinganillo ladraba órdenes de que se llamara a la policía, ambulancia y absolutamente todos los miembros de seguridad se dirigieran hacia la planta donde se encontraba Marta.

No había rezado cuando le metieron en la cárcel, no había rezado cada vez que se enfrentaba a un nuevo reto empresarial que suponía un gran salto para su compañía, no había rezado cuando su padre no había vuelto, no había rezado durante su juicio ni los primeros días preso, pero en aquel momento, sorteando a los pocos y sorprendidos viandantes y cruzando semáforos en rojo

sin importarle los pitidos de los malhumorados conductores, rezó a Dios que no pasara nada, pidió al Creador que mantuviera a Marta con vida hasta que él llegara.

A pesar de que los guardias no le obedecían, Ricardo siguió conduciendo a Marta por la planta huyendo hacia las escaleras.

–¡Que no me sigáis o la mato! –chillaba aterrado y comprendiendo que acababa de meterse en un embolado mucho más grande que nunca antes.

No entendía por qué los malditos *seguratas* no se quedaban atrás, tal y como les estaba diciendo.

Marta, por su parte, simulaba tropezarse cada dos por tres y le dificultaba el paso.

La golpeó con el mango del cuchillo en la sien.

–¿Quieres parar, joder? –le chilló también a ella sin importarle ya hacerla daño–. Solo he venido a hablar contigo. Díselo a ellos. –La tiró del pelo para poder mirarla a la cara. ¡Qué guapa era!, pensó. Incluso con lágrimas en los ojos, la mirada turbia y miedosa, seguía teniendo unos labios que eran un pecado y la cara de un ángel–. Díselo, Marta. –La estiró del mechón con furia–. Diles que nos dejen solos.

–Dejadnos solos. –Se oyó la temblorosa voz de Marta a pesar del insoportable sonido de la alarma.

–¡Y que paren ese ruido, joder!

En ese mismo instante, efectivamente, el silencio se hizo y los pasos de Ricardo arrastrando a Marta hacia la salida de emergencia se hicieron más largos y confiados.

–¡Vamos! Tiene que haber algún sitio en el que podamos estar a solas.

Y entonces a Marta se le ocurrió:

–La azotea –le sugirió volviendo el rostro como pudo para mirarlo–. En la azotea no hay nadie y solo hay una entrada –mintió, sabiendo que a simple vista era imposible que Ricardo se diera cuenta de la existencia del otro acceso.

–¿Por dónde? –le instó él sin paciencia, empujándola.

Tras pasaron la puerta que los separó definitivamente de los guardias y Ricardo se pasó su tiempo tratando de cerrarla del todo para que no pudieran seguirles. Al final, se dio por vencido y, cogiéndola del pelo nuevamente, la obligó a ir más deprisa hacia la superficie de la torre para que no les alcanzaran.

Con un miedo enorme a que la dejaran en verdad sola con él, Marta no pudo hacer otra cosa que obedecer a su raptor que, en aquel momento no solo no atendía a razones sino que la hacía daño y la empujaba con un descontrol total sobre el cuchillo con el que ya le había hecho un par de cortes en un brazo y en el hombro.

Salieron a la azotea y Ricardo se apoyó contra la puerta sin soltar a la joven. Miró a su alrededor y comprobó que, efectivamente, no parecía haber otro acceso más que por el que acababan de entrar.

Quitándose la corbata, pero abrazando a Marta de tal modo que la hacía daño, hizo un nudo en la puerta con la prenda para que no se pudiera abrir.

–¡Siéntate! –La obligó mientras él también se agachaba y, apoyando la espalda contra la entrada, la sentó a ella casi en su regazo–. ¡Tranquila, coño, que no te voy a hacer nada! ¡Parece que no me conoces! ¡No me mires con esa cara de susto! ¡Sabes de sobra que soy incapaz de hacerte daño!

Marta se abstuvo de señalar que le sangraban el antebrazo y el hombro y que le había atizado con el cuchillo haciéndole, estaba segura, un chichón en la sien, pues le ardía con cada pulsación, por no hablar de los tirones de pelo.

Con la manga de su chaqueta, Marta se limpió los mocos y las lágrimas sin importarle manchar aún más la ropa.

–Vamos a ver si podemos entendernos. ¡Joder! ¡Ha salido todo fatal!

El sonido de sirenas llegaba desde la calle a pesar de la altura, pero Ricardo no parecía darse cuenta de que eran todas por él.

Marta le miraba callada, con una gran cantidad de su pelo en la mano de él y el cuello en tensión por los tirones.

–Venía a hablar contigo, Marta, ¡coño! ¿Sabes lo que ha hecho tu querido Mangelito, no?

Marta asintió mientras sorbía. Sabía de la absorción de la compañía Sousa y había imaginado lo que había supuesto para Ricardo y su padre y, en verdad, lo había sentido, pero había sido un sentimiento un poco indiferente, ya que no había nada que ella hubiera podido hacer por evitarlo, no era capaz de empatizar con su conocido de la infancia y entendía que la vida empresarial se nutría de este tipo de acciones. Unas veces se ganaba y otras se perdía. Y todos los que formaban parte del entramado empresarial sabían las normas y a lo que jugaban.

–Bueno, pues no me irás a decir ahora que de verdad te vas a casar con él.

Los golpes en la puerta a sus espaldas impidieron que Marta contestara.

Ricardo se volvió hacia la puerta, donde pegó un manotazo.

–¡Dejadnos en paz, leches! –y estirando aún más del pelo a la joven, insistió–: ¡No te irás a casar con él! –El cuchillo con la punta bajo la barbilla pinchó carne blanda, de la que comenzó a manar sangre.

Marta lloraba, incapaz de decir tanto sí como no. Como en una visión surrealista, obtenía una imagen de lo que sucedía y mientras vivía todo aquello su cerebro, en paralelo, pensaba: “estoy sufriendo un episodio de violencia de género. Si me mata, saldré en los periódicos como una nueva víctima más. Así deberán sentirse esas mujeres que para mí, hasta ahora, no habían sido más que una cifra, un nuevo caso. Impedidas, asustadas, y sabiendo que se acercaba el fin”. Marta no se engañó. Ricardo era ahora mismo un loco y no dudaba por un instante que una palabra o una acción que le sentasen mal podían llevarle a un acto de violencia del que luego, a lo mejor, con más cordura, se arrepentiría pero que allí, en ese momento de ira y alteración, podría cobrarse su vida en un periquete.

A pesar de comprenderlo perfectamente, Marta sintió paz. Hiciera lo que hiciera, cualquier cosa podía dictar su fin. Estaba en manos de un loco ahora mismo. Pensó en Mángel y le entró congoja. Le quería. Quería haber vivido esa vida que le había ofrecido junto a él. Quería sentarse en ese sofá y hacer piececitos con él mientras veían la tele.

Las lágrimas cayeron con más fuerza. Miró a Ricardo. Su figura era un borrón ante ella a causa del llanto. Le odió. Toda la vida le había dado miedo y ahora solo quería ser ella la que le hiciera daño a él.

Su grito de guerra, salido de lo más hondo de su alma atormentada y vejada, fue tan intenso que por un momento no se oyó nada más: ni los golpes en la puerta, ni las voces, ni las sirenas, ni a los de seguridad que junto a Mángel se acercaban por otro acceso.

Se lanzó contra él con toda la fuerza de su joven cuerpo, veinte centímetros más bajo que él y con treinta kilos menos. Sin embargo, la sorpresa se puso de su parte y al menos consiguió que él cayera al suelo hacia un lado.

Rodaron por la superficie sucia, entre aparatos acondicionados y cables hasta que Ricardo, más fuerte, le soltó un puñetazo que hizo pensar a Marta que le había roto el pómulo. El dolor fue tan fuerte que sintió que le había dejado ciega y quizá por eso, sin que la joven viera de dónde venía, antes de que Ricardo pudiera volver a tocarla, alguien la separó de él y la cogió en brazos mientras dos guardias de seguridad le tumbaban a él en el suelo, le

quitaban el cuchillo y le esposaban las manos a la espalda.

Marta no entendía todavía qué había pasado cuando se dio cuenta de que Mángel la tenía abrazada sentada en su regazo, besándola por todas partes y palpando con sus manos todo su cuerpo para asegurarse de que estaba bien.

–Estoy bien, estoy bien.

–¡No! ¡Estás sangrando!

–No es nada, no es nada.

–¡Joder! ¡Sí que lo es! ¡Que venga un médico! –chilló a todo pulmón y con excitación mientras no dejaban de salir hombres por la puerta, abierta ahora, que conducía al interior.

–Solo son dos rasguños –le aseguraba Marta mientras él seguía alternando entre besarla y hacer comprobaciones.

Les separaron mientras los sanitarios la evaluaban y Mángel miró entonces a Ricardo, al que se iban a llevar ya hacia dentro, envuelto en una manta y esposado.

–¡Esperad!

Claudia se le acercó para interponerse.

–¡Déjalo estar, Manuel!

–¡Ni hablar! –y dirigiéndose al policía y sus hombres de seguridad, repitió–: ¡Esperad!

Marta se giró a mirar mientras el doctor le iluminaba las pupilas con una linterna y trataba de captar su atención.

Mángel se plantó ante Ricardo. Valoró que estaba esposado y que sería una cobardía por su parte pegarle, sabía que era capaz de molerle a palos aun si, por el contrario, el esposado fuera él, pero la imagen de Marta debajo de él sufriendo un puñetazo le hacía hervir la sangre. El placer que había sentido en las dos ocasiones de su vida en que le había roto la nariz yacían en el olvido. Quería satisfacción y la quería ya. Le miró a los ojos mientras Ricardo le mantenía la vista, todo su miedo plasmado en la cara.

–Hace no mucho, me metiste en la cárcel por un robo que habías hecho tú. Hoy la vida ha tornado los papeles. Yo salí y me convertí en lo que ves, permíteme que te diga que tú no vas a salir.

Ricardo le miró con suficiencia.

–¿Crees que me voy a pasar en la cárcel el resto de mi vida?

Mángel se encogió de hombros como si no le importase.

–Sé que no vas a volver a andar por la calle como un hombre libre. –Y

creyendo firmemente en lo que decía, añadió para que solo lo oyera él—: Hay más métodos además de los legales para vengarse. —Y se dio la vuelta.

—¿Estás amenazando con matarme? —chilló Ricardo con notas de histeria al ver cómo el gran empresario se alejaba—. ¡Me acaba de amenazar! ¡Van a matarme! ¡Ha dicho que no voy a salir con vida de la cárcel! —Y mirando a los dos agentes que le sujetaban los increpó—: ¡Tenéis que haberle oído amenazarme! ¡Es un delito!

—Yo no he oído nada —dijeron cada uno por su lado, tanto los guardias como los médicos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ha dicho que iba a matarme!

—Yo no sé nada de eso, pero sí sé que ha entrado usted aquí con un cuchillo y ha pegado unos buenos tajos a la señorita. No creo que viniese con muy buenas intenciones, ¿eh? Así que deje de gritar como si fuera el ofendido en esta función —le acalló definitivamente uno de los agentes.

Marta acababa de colgar el teléfono con la madre de Mángel, que había insistido en oír su voz y había asegurado que antes de media hora habría llegado allí para comprobar por sí misma y con sus propios ojos, tal y como había dicho, cómo se encontraba. Estaba sentada en el sofá preferido de Mángel, en su casa, la casa de su prometido, su futura casa, se dijo sintiendo que la idea le reconfortaba más que ninguna otra cosa.

Mángel estaba a su lado, su brazo alrededor de sus hombros. Entre Domingo y él se habían asegurado que se tomaba el ibuprofeno, que bebía el caldo, que se sentía cómoda; y ella había recibido las atenciones con gratitud y tan solo se había opuesto, ya que no, de ninguna manera, se iba a acostar a las nueve de la noche como un bebé y en viernes, a que la metieran en la cama.

Al final le habían tenido que dar puntos en una de las heridas del brazo y el pómulo se le había hinchado y amoratado y se negaba a mirarse en el espejo. No quería ni imaginar lo fea que estaría. La policía había consentido en tomar declaración al día siguiente para permitirle reponerse y Mángel se la había llevado de allí con una cara de susto que todavía conservaba.

—Tu madre dice que viene. —Su voz no delataba lo emocionada que se sentía porque Ela se preocupase realmente de ella, tanto como para dejarlo todo e ir a verla. No recordaba a nadie que lo hubiera hecho antes—. Parece que he ganado una suegra de las buenas.

Mángel la miró, contento de poder darle algo más que dinero. Su madre era una mujer estupenda.

–Me alegro de que os gustéis. Ella lleva años con la cantinela de que me tengo que casar y darle nietos.

Marta suspiró mientras la mano de Mángel, suave, le acariciaba el pelo.

–Pues parece que ya le vas a hacer caso.

Él se encogió de hombros y solo por eso Marta supo que le iba a decir algo que le costaba.

–No lo habría hecho si no llegas a aparecer tú.

Marta le miró.

–¿No crees que podrías casarte con otra?

–Sé que no podría casarme con nadie más. ¿Tú, sí?

Marta negó.

–No se me ocurre nadie más con quien querer compartir la vida, pero pensé que tú... –Cómo explicárselo—. No me malinterpretes, pero pensé que no estabas muy enamorado de mí.

–¿¡Qué!?

Marta se encogió de hombros y el gesto le llevó una corriente de dolor por todo el brazo. Aquello la salvó de que Mángel se enfadara con ella.

–No sé. Imaginaba que, por supuesto, te caía bien y me tenías cariño... pero... –a ver cómo se lo decía–, pero de una manera reemplazable.

Mángel había decidido que no la iba a regañar, hoy no, que había estado a punto de morir. Se negó a pensar de nuevo en el horrible episodio de la tarde y se centró en dejar claro a la mujer que tenía delante sus sentimientos. Quizá, podría ser, no había sido muy expresivo anteriormente.

–Marta, no te equivoques. Eres la primera y única mujer a la que le he pedido que se case conmigo. No he querido nunca a nadie como te quiero a ti.

Las lágrimas cayeron silenciosas por las mejillas de Marta y ni él ni ella se atrevieron a limpiarlas por temor a hacerle daño en el pómulo herido.

–No lo sabía –hipó la joven–. No me lo habías dicho.

–¿Y por qué crees que te he pedido que te cases conmigo?

No quiso volver a encogerse de hombros para no volver a sentir dolor, pero enarcó las cejas cuidadosamente.

–No sé. Ya te digo: por sentar la cabeza de una vez con alguien afin, con quien tener hijos, formar una familia... –Sorbió por la nariz de una manera muy poco femenina que sin embargo a él le pareció encantadora.

Mángel le negó.

–Me quiero casar contigo porque no puedo vivir sin ti, porque te quiero en mi vida, en mi casa, en mi cama, en mi día a día. Quiero acostarme contigo por las noches, hacerte el amor hasta que pierdas el sentido, despertarme a tu lado y organizar nuestra vida, tener hijos si tenemos esa suerte y acompañarnos para siempre en lo bueno y en lo malo porque ya no puedo imaginarme sin ti, sin tu compañía, sin tu mirada, sin tu sonrisa.

Ahora las lágrimas de Marta eran aún mayores. Había sido muy feliz cuando Mángel le había pedido que se casaran. Se había sentido “elegida” porque al fin y al cabo se lo había pedido a ella y no a otra, pero no sabía que lo hubiera hecho porque la amaba, sino porque le cuadraba en lo que él tenía pensado.

–¿Cómo puede ser?

Fue el turno de Mángel de encogerse de hombros.

–¿Cómo puede no ser? –la corrigió. Y añadió–: Quiero lo que he visto en mi casa.

Marta se le quedó mirando sin comprender. A fin de cuentas su padre les había abandonado a su madre y a él durante muchos años.

–Verás –le quiso explicar dándose cuenta de que no comprendía–, un día, cuando hacía ya tiempo que mi padre nos había dejado, escuché una conversación entre mi madre y una de sus íntimas amigas. No fue mi intención, pero casualmente oí el principio y reconozco que no fui capaz de marcharme sin conocer el final. –Todavía tocándole el pelo, siguió–: Charo le decía a mi madre que debería buscarse un ligue y quién sabe si incluso otro hombre con el que compartir la vida y que le ayudara a criarme. Mi madre, muy categórica, le dijo: “Yo ya tengo un hombre”. “No lo tienes, Ela”, le dijo Charo con cierta razón. Le habló de lo difícil que era estar sola y de que a lo mejor se estaba perdiendo una persona estupenda con la que compartir la vida y casarse otra vez. Mi madre volvió a contestarle: “Yo ya tengo marido”. –Mángel se levantó del sofá–. No quise seguir escuchando, pero me había impactado. Ahora que veo que mis padres han vuelto, puedo entender que la decisión de mi madre le salió bien, pero en aquel momento, no teníamos ni idea de si estaba vivo o muerto y aunque me producía cierto recelo que mi madre comenzase su vida con otro hombre, lo hubiera entendido perfectamente. Sin embargo, oírla decir, claro y alto y por dos veces, que ella ya estaba casada, me hizo comprender que para mi madre, su único hombre era mi padre. –Aprovechó para agacharse al lado de Marta–. Tú eres mi única

mujer y siempre lo serás. No puede haber otra para mí. Eres tú. Tú, Marta Sánchez de Prada. Da igual lo que nos depare el destino, las penas o las alegrías, las luchas y los sinsabores. Serán contigo. Contigo y con nadie más. Ya no puedo imaginarme la vida con nadie más. ¿Me he explicado ahora bien?

Marta solo pudo asentir mientras le abrazaba y le besaba. Las lágrimas se unieron en los labios de los dos. Se podía llorar de felicidad, tanto que dolía el alma de plenitud y alegría.

Epílogo

Marta había convencido a Mángel para acudir a una audición del Grupo Swan de música para ver si les gustaba para la boda. Le habían hablado fenomenal de los músicos profesionales que habían creado una empresa para eventos, bodas y demás con el logo de un cisne. Había visto vídeos de ellos en Youtube y se había quedado maravillada.

Claudia les había informado de que aquella mañana de sábado harían un “puertas abiertas” para personas interesadas y lo que Marta no se podía ni imaginar es que iba a haber tanta gente.

Con algo de ingenio y arrastrando a Mángel de mala gana, consiguió un par de sitios en la tercera fila.

–La música en las bodas es fundamental. Como en las películas.

–Como en la vida –le dijo él.

Ella asintió.

–Pues sí, como en la vida.

La marcha nupcial, de Wagner, espléndidamente tocada y cantada, les interrumpió y disfrutaron de un pequeño concierto que pasó de piezas tan dispares como *La vida es bella*, de Piovani; a la *Salve rociera*; o el *Hallelujah*, de Leonard Cohen. Los aplausos fueron atronadores después de cada actuación y al terminar el auditorio se esparció en agradable charla.

Mángel no se molestó en levantarse de la silla.

–¿Qué te han parecido? –consiguió decir por fin Marta.

–Me han gustado mucho. No me esperaba tanta profesionalidad. Son muy buenos.

Un joven alto, de muy buena presencia en su conservador traje de chaqueta, barba de tres días y tiernos ojos azules, se acercó educadísimo a saludarles.

–Perdonad que os moleste. ¿Por casualidad sois Mángel y Marta? –Al asentir ambos, se presentó como uno de los componentes del grupo—. Esta mañana nos han hecho una petición concreta para que os cantemos. –Hizo un gesto detrás de él, en el estrado, y los músicos volvieron a sentarse con sus instrumentos.

–¿Para nosotros? –preguntó Marta pensando que Claudia, que había hecho la confirmación de asistencia, sentiría predilección por alguna canción concreta y querría que la escucharan.

Asintiendo con la cabeza y marchando hacia el escenario, el grupo comenzó a tocar una marcha militar que tanto a Mángel como a Marta les era especialmente familiar. Pero para asombro de los dos, en lugar de la popular letra de la película *Margarita se llama mi amor*, lo que escucharon fue ni más ni menos que la letra que crearon las adolescentes de Jesús-María en aquella época ahora tan lejana: *Mangelito se llama mi amor, Mangelito Segarra Landó...*

Marta pensaba que no se podía ser más tonta que ella, que se estaba emocionando. ¡Cuánto habían pasado desde aquella ridícula canción! Mángel, a su lado, se sonrojaba incómodo. Seguro que interiormente maldecía probablemente a Claudia, que a saber cómo se había enterado. Marta le miró. No había verdad más grande que la de aquella canción: “Mangelito se llama mi amor”, se dijo, porque cuánto lo quería. Incluso ahí sentado, impecablemente vestido, molesto por la broma, violento por tener que pasar junto a ella por la cantidad de trámites y elecciones que suponen organizar una boda y dispuesto a hacerlo porque es lo que toca, como ha hecho siempre en la vida, lo que toca. Lo vio sonreír cuando la canción mencionó a su querida y vieja compañera de correrías, su Yamaha Dt 80, y entonces la miró a ella.

–¿Esto ha sido idea tuya?

–Pensé que había sido Claudia –negó Marta.

Mángel hizo un aspaviento con la cabeza.

–Me conoce lo suficiente para saber que solo por esto la despediría.

La respuesta a la incógnita llegó cuando la propia autora de la letra, Silvia, vino a sentarse a su lado mientras arrastraba a su marido con ella. La cara de pitorreo que traía, por no hablar de su presencia allí, explicaban claramente quién había sido la autora de la broma.

–¿Le ha molestado a Mángel? –le preguntó en un susurro a Marta, a la que tenía más cerca.

–Le ha hecho gracia –mintió a su amiga.

–¡Menos mal! Me enteré de que veníais y como resulta que uno de los miembros del grupo es mi primo, le pedí el favor. Le aseguré que no ibais a dejar de contratarles por esto.

–Me han encantado, no te preocupes –le aseguró Marta, que ya se había

imaginado en la iglesia de San Manuel y San Benito sonando el *Ave María* de Schubert.

–¿Y a Mángel?

Marta miró a su amor.

–¿Nos los vamos a quedar?

Mángel asintió.

–Excepto por esto, son los mejores que hemos visto. Si a ti te gustan, a mi también.

“Si a ti te gustan, a mi también” se quedó saboreando Marta las palabras mientras Silvia se reía a su lado. Y se dio cuenta de que así era Mángel, como esa frase. Implacable para muchas cosas, pero absolutamente flexible para la convivencia, y eso les iba a facilitar mucho la vida. Ninguno de los dos era especialmente maniático ni cabezota ni empeñado en salirse con la suya. Por sus trayectorias de vida habían sabido dar importancia a lo principal y no les haría infelices ceder ante las apetencias y gustos del otro, sino que lo harían, ambos, como cosa normal.

Se arrebujo junto a él a pesar de que la canción ya estaba terminando.

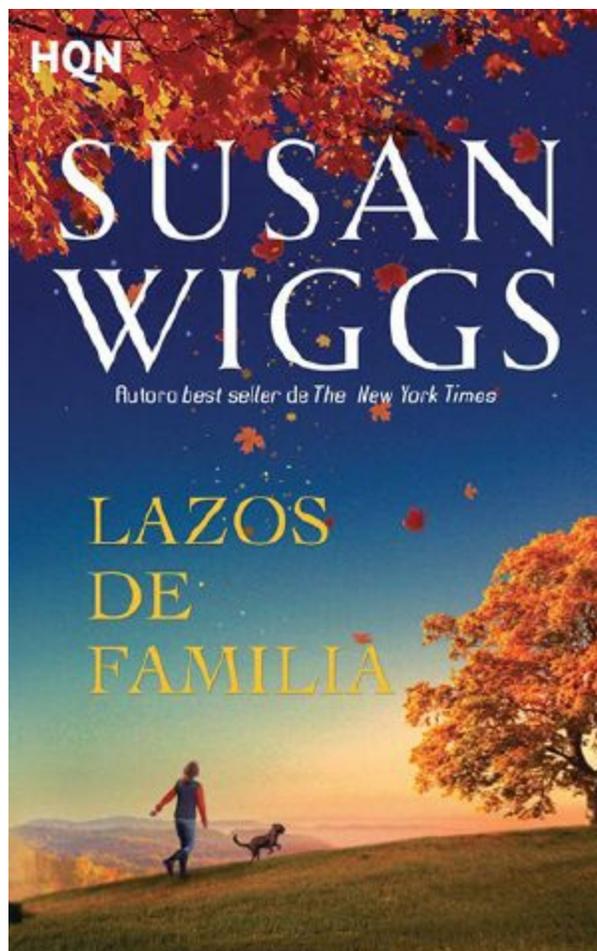
Mangelito, su Mángel, su amor, su caballero salvador, el príncipe de su vida que la había llevado a vivir a la más alta torre.

Agradecimientos

Grandísimo, enorme, que no me cabe en el pecho, mi agradecimiento a Jesús Rubio García-Noblejas, mi primo, una de las mejores personas que conozco, con la sensibilidad de los verdaderos artistas, padrazo, estupendo marido, con voz de ángel y al que cuanto más conozco más aprecio, admiro y lamento no tratar más. ¡Gracias! Por muchas cosas, no solo tu ayuda como lector cero. ¡Gracias!

Y como siempre, gracias a HarperCollins Ibérica y su sello HQÑ, sin quien esta novela no vería la luz. Gracias por volver a apostar por mí.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



HQN™

EL
AÑO
DEL
FRÍO

Jane Kelder

El año del frío

Kelder, Jane

9788491708612

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay ofensas que congelan el alma. Un largo e insólito año invernal, May Baker y Edgard Hambleton contraen matrimonio en cuestión de semanas por distintos motivos, entre los que no está incluido el amor. Ella debe acallar los rumores que la señalan desde que su prometido se ha casado con otra. Él, por su parte, está resuelto a llevar a cabo una venganza que le quema por dentro. Como el tiempo, la frialdad se extiende sobre ellos desde el día de su boda y, tal vez, ya sea tarde para la primavera.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Noche de bodas con el enemigo

Milburne, Melanie

9788491707165

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Para satisfacer su deseo, esbozó un plan: la haría su esposa, la seduciría y...Allegra Kallas detestaba a Draco Papandreou; pero, sobre todo, se reprochaba el deseo que en ella despertaba ese hombre arrogante que la había rechazado en el pasado. Por eso, se quedó horrorizada al descubrir que su padre estaba al borde de la ruina y que el único que podía evitarlo era el implacable griego...Por mucho que Allegra protestara, Draco sabía que esa mujer sentía el fuego de la pasión que les consumía a ambos y no le costó demasiado conseguir que lo reconociera.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Deseos ocultos del conde

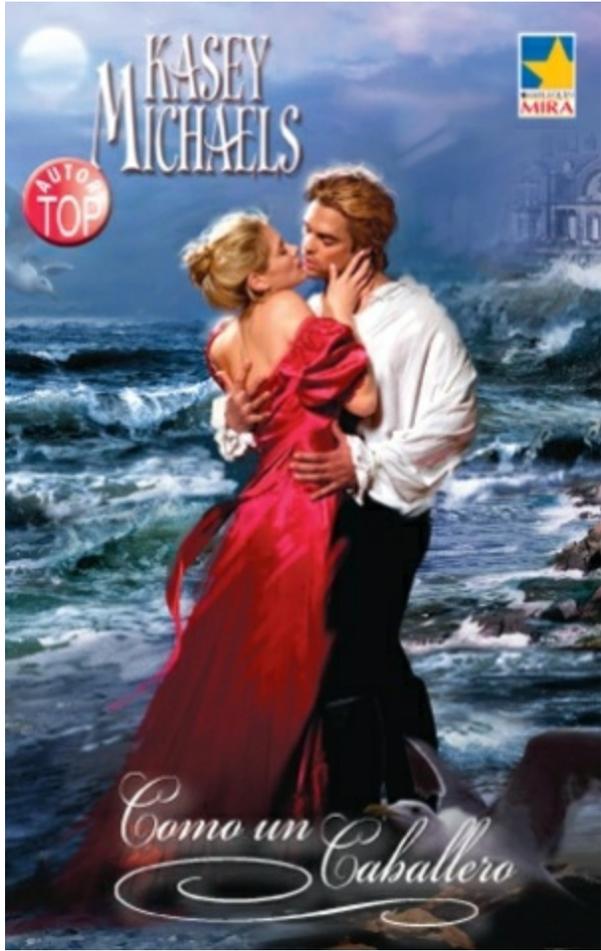
Heath, Lorraine
9788491707929
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una noche de verano, años atrás, Edward Alcott había cedido a la tentación de besar a lady Julia Kenney en un jardín oscuro. Después de que la dama se hubiera casado con el hermano gemelo de Edward, el conde de Greyling, esa pasión que ella había despertado en él debía permanecer entre las sombras del jardín. Sin embargo, cuando la tragedia les golpeó con fuerza, y para honrar el juramento hecho a su hermano moribundo, Edward debía fingir ser Greyling hasta que la condesa diera a luz a su bebé. Tras el regreso de su esposo, después de un viaje de dos meses de duración, Julia lo encontró cambiado. Más descarado, audaz, y mucho más travieso, aunque limitara sus encuentros a unos

simples besos. Cada día que pasaba, ella se sentía más enamorada de él. Para Edward, los rescoldos del deseo, que habían prendido aquella noche de hacía tantos años, recobraron vida con suma rapidez. Se moría por ser su esposo en toda su plenitud. Pero, si ella descubriera el engaño, lo despreciaría, y las leyes inglesas le impedían casarse con la viuda de su hermano. Aun así, sabía que debía arriesgarlo todo y revelar sus secretos si quería optar a recibirlo todo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Como un caballero

Michaels, Kasey

9788468716749

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Chance Becket llevaba sus treinta años de existencia tratando de olvidar. Para ello había ocultado su desagradable juventud casándose con una dama y consiguiendo un prestigioso empleo en el Ministerio de la Guerra. Pero ahora el viudo tendría que enfrentarse al pasado y volver a la costa de Romney Marsh... donde continuaban vivos los fantasmas de su infancia. Julia Carruthers estaba encantada de ser la nueva institutriz de la hija de Chance y escapar así de Londres. Pero la emoción del viaje hasta la misteriosa casa de su jefe no era nada comparada con la atracción que surgió inmediatamente entre ellos. Entonces Julia oyó algo que no debía haber oído, y comenzó a preguntarse si el repentino interés

de Chance hacia ella no estaría motivado por la necesidad de proteger los secretos de su familia...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Jazmin

EXCLUSIVAMENTE TUYA

ALLY BLAKE



Exclusivamente tuya

Blake, Ally

9788491707677

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Había vuelto para huir... no para enamorarse. James Dillon llevaba años dedicándose en cuerpo y alma al hijo que criaba solo. Pero cuando apareció en su vida aquella bella y elegante desconocida, no pudo ignorar la atracción instantánea que surgió entre ellos... ni la felicidad que se reflejaba en los ojos de su hijo cada vez que ella estaba cerca. Siena Capuletti no tenía intención de enamorarse. Pero cuanto más tiempo pasaba con el guapísimo James y con su adorable hijo, más cuenta se daba de que estaba a punto de entregarles su corazón. El problema era que los errores del pasado seguían obsesionándola...

[Cómpralo y empieza a leer](#)